



# TAUROLATRÍA Y TAUROMAQUIA



MARÍA TERESA AMARÉ TAFALLA

VIGO, 2024

## PORTADA

Cenefas: FREEPIK. *Imágenes de cenefas romanas. Página 2.* <https://www.freepik.es/fotos-vectores-gratis/cenefa-romana/2#uuid=592d0c4b-26de-4b94-830b-b1c74d7334c5>. Consultada el 29 de mayo de 2024.

Toro de Cnosos: MEISTERDRUCKE. *Fresco de toros de Cnosos (c. 1550-1450 a.C.).* <https://www.meisterdrucke.es/impresion-art%3%ADstica/Minoan/233538/Fresco-de-toros%2C-de-Knosos%2C-pintado-alrededor-de-1550-1450-aC.html>. Consultada el 29 de mayo de 2024.

Cabeza de toro: MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL. *Toros de Costitx.* <https://www.man.es/man/coleccion/catalogo-cronologico/protohistoria/toros-costitx.html>. Consultada el 29 de mayo de 2024.



Autora: María Teresa Amaré Tafalla.

Editora: María Pilar Amaré Tafalla.

ISBN: 978-84-09-63262-6.

Derechos de Copyright: Editora. Prohibida la venta. La información contenida en este documento puede ser reproducida total o parcialmente, siempre y cuando se mencione la fuente de origen.

**MARIA TERESA AMARÉ TAFALLA**

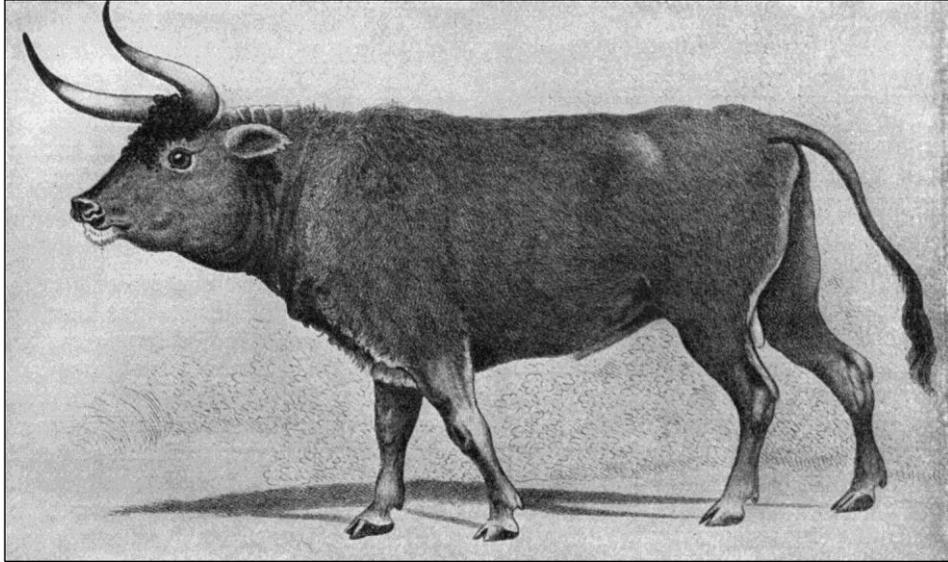


**TAUROLATRÍA Y TAUROMAQUIA**

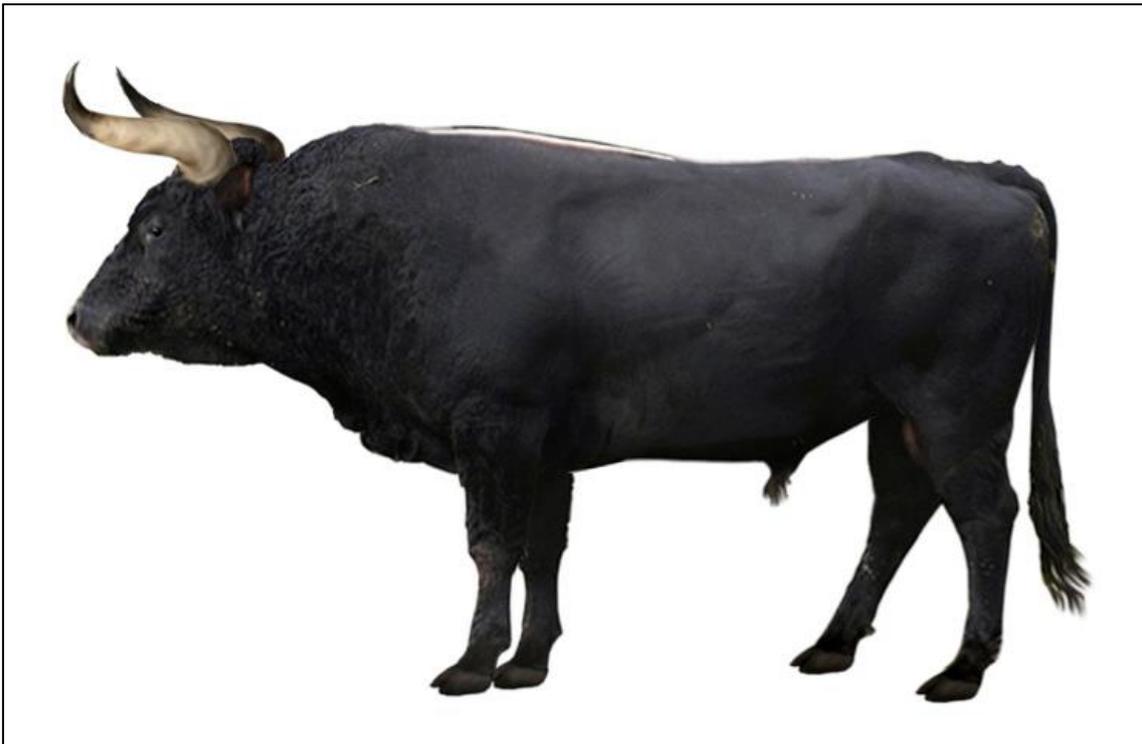


EDICIÓN DE MARÍA PILAR AMARÉ TAFALLA  
VIGO (ESPAÑA)

2024



Grabado anónimo encontrado por el zoólogo británico H. Smith en Augsburgo en un anticuario, a principios del siglo XIX. Al pie del grabado ponía *thur*, «toro» en polaco, último lugar donde vivieron uros en Europa<sup>1</sup>



Reconstrucción de un uro encontrado en Braunschweig<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> WIKIPEDIA. *Bos primigenius primigenius*. [https://es.wikipedia.org/wiki/Bos\\_primigenius\\_primigenius](https://es.wikipedia.org/wiki/Bos_primigenius_primigenius). Consultada el 30 de mayo de 2024.

<sup>2</sup> Ibidem

## **PRÓLOGO DE LA EDITORA**

María Teresa Amaré Tafalla, Maite, mi hermana pequeña, autora del libro que se presenta a continuación, nació en Zaragoza y falleció en León en 2010, a los 50 años de edad. Dotada desde niña de una forma de ser caracterizada por grandes dosis de coraje, tesón y carácter, fue una estudiante metódica, autoexigente y disciplinada, rasgos que mantuvo en su vida profesional. Maite cursó sus estudios universitarios de Filosofía y Letras durante la segunda mitad de la década de los setenta del siglo pasado en la Universidad de Zaragoza. Cautivada por la Arqueología, desde los primeros momentos se integró en la vida del Departamento homónimo, relación que mantuvo con intensidad hasta su temprano fallecimiento. Poco después de finalizar su carrera, recaló como profesora agregada en la Universidad de Córdoba, haciéndose cargo del yacimiento romano de Ategua, de enorme simbolismo que, durante varios años, se convertiría en laboratorio de formación y cantera de profesionales.

Integrada en el equipo de investigación liderado por Manuel Martín Bueno, su profesor y mentor de la Universidad zaragozana, Maite empezó a investigar sobre las lucernas romanas, campo en el que desarrolló buena parte de su trabajo profesional y en el que culminó su formación académica de alto nivel, elaborando una cuidada tesis doctoral pronto convertida en referencia internacional; fue el primer gran fruto de la línea de investigación que abrió, tan novedosa e importante en España. Trabajando con estos pequeños objetos, tan ricos en aspectos técnicos, funcionales, ideológicos y simbólicos, y excavando en los yacimientos de Ategua, Bilbilis o Asturica Augusta, fue incrementando sus conocimientos y experiencia hasta que, a principios de los años noventa, ganó una plaza de Profesora Titular de Arqueología en la Universidad de León. Desde entonces, allí desarrolló su docencia e investigación hasta el mismo día de su súbita despedida. Una vida intensa que la muerte truncó antes de tiempo, privándonos de los conocimientos de su etapa de madurez. Pese a todo, su inmensa obra puede ser conocida y aprovechada, en gran medida, por aquellos que le han sucedido o están interesados en sus investigaciones, consultando el más de medio centenar de trabajos que Maite ha legado a la posteridad en forma de artículos, libros o comunicaciones en congresos, siempre concisos, de carácter amable y duro al mismo tiempo, ejemplo de orden, precisión y franqueza aragonesa.

A pesar de que dedicó sus mayores esfuerzos al estudio de los vestigios dejados por el Imperio Romano en España, sin embargo, no desdeñó otros ámbitos de investigación; tal es el caso de esta monografía sobre tauroatría y tauromaquia. El origen de esta publicación se encuentra en un manuscrito encontrado tiempo después de su fallecimiento entre sus papeles, pareciéndole importante a la familia que se diera a conocer. Se desconoce la fecha en que fue escrito. En la presente edición, se ha respetado la estructura y capítulos del trabajo original, manteniéndose el estilo y la integridad del texto, la sintaxis, los índices y las figuras que lo acompañan; el trabajo se ha reescrito mecánicamente sin introducir otro cambio que una nueva paginación obligada por la nueva maquetación del original.

El lector del presente libro, como manifiesta su autora en la introducción, encontrará en él una extensa reflexión sobre la relación entre el hombre y el toro desde la Prehistoria hasta la actualidad, concluyendo con un análisis de la Fiesta en España. Con él, la autora informa rigurosamente sobre el significado del toro en las creencias, la cultura y la vida de

numerosas y diferentes comunidades humanas, basándose en las abundantes representaciones del animal a lo largo de los tiempos y en las referencias escritas existentes ya en épocas históricas. Constituye pues, un documento de consulta, que, seguramente, podrá ser de gran utilidad para quienes quieran indagar en la cultura, tradiciones, fiestas y festejos populares que tienen al toro como protagonista.

Sirva este escrito como homenaje póstumo a su persona.

María Pilar Amaré Tafalla  
Vigo, 2 de junio de 2024

## **AGRADECIMIENTOS**

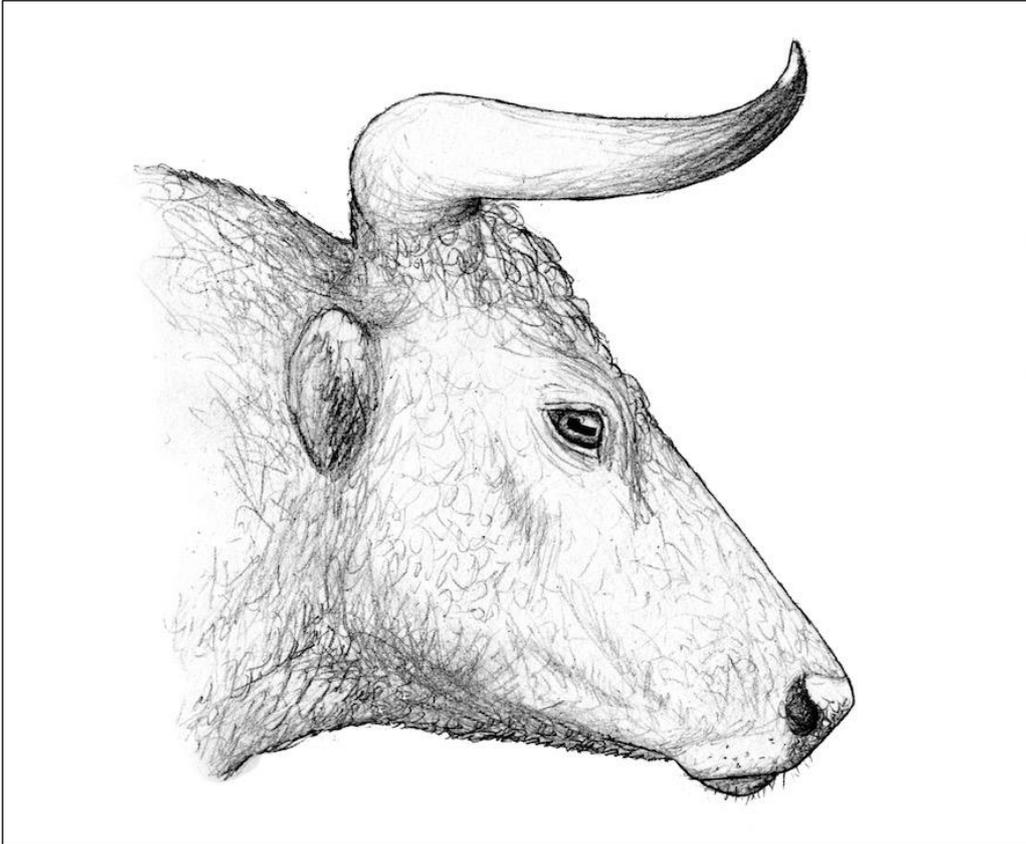
La editora quiere agradecer, en primer lugar, la especial dedicación de Enrique Orche García en la tarea de maquetar este libro.

Igualmente, se valora muy positivamente la ayuda prestada por María Pilar Orche Amaré, que preparó el original para poder trabajar sobre él y transcribirlo con mayor facilidad.

Mi reconocimiento a Julio César Amaré Tafalla por colaborar en la realización del prólogo.

Igualmente, agradezco a Manuel Martín Bueno y Desiderio Vaquerizo Gil sus aportaciones para enriquecer el citado proemio.

Por último, mis más expresivas gracias a Theopísti Dafni por su ayuda en la identificación y transcripción exacta de las palabras del griego antiguo que incluye el manuscrito original.



Reconstrucción de la cabeza de un uro<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> WIKIPEDIA. *Bos primigenius primigenius*. [https://es.wikipedia.org/wiki/Bos\\_primigenius\\_primigenius](https://es.wikipedia.org/wiki/Bos_primigenius_primigenius). Consultada el 30 de mayo de 2024.

# ÍNDICE

PRÓLOGO DE LA EDITORA

AGRADECIMIENTOS

TAUROLATRÍA Y TAUROMAQUIA

INTRODUCCIÓN	1
PREHISTORIA	5
ORIENTE Y OTRAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS	19
CRETA	29
MUNDO CLÁSICO, GRECIA Y ROMA	47
ESPAÑA	75
CONCLUSIONES	97
BIBLIOGRAFÍA	105
ÍNDICES	113
1: Autores, artistas y personajes históricos	115
2: Personajes mitológicos y religiosos	117
3: Nombres geográficos	120
4: Obras artísticas y literarias	123
5: Culturas, comunidades y sociedades	124
ÍNDICE GENERAL	127



TAUROLATRIA

Y

TAUROMAQUIA





**TAUROLATRÍA**

**Y**

**TAUROMAQUÍA**

**MARÍA TERESA AMARÉ TAFALLA**



# **INTRODUCCIÓN**



Taurolatría y tauromaquia son dos términos que, en principio, tienen en común la palabra “tauro” (del griego *ταῦρος* y del latín *taurus*) que nos pone ante un animal, el toro, cuya imagen y significado han marcado importantes y variados aspectos de numerosas comunidades en distintos tiempos y diferentes lugares.

Es la segunda palabra en la formación de estos vocablos la que les otorga su diferenciación semántica: *latría* (del griego *λατρεία*) nos implica adoración y culto, mientras que *maquia* (del griego *μάχη*) nos habla de lucha.

Pero, si bien la etimología expuesta nos induciría, y no sin razón, a pensar en dos acciones absoluta y sustancialmente diferentes, no es esa la realidad que se abre ante nuestros ojos cuando intentamos escudriñar en las sociedades para las que por una u otra razón el toro fue en su vida un elemento importante en la alimentación, en la religión, en la mitología, en el espectáculo, etc., entremezclándose estos aspectos en numerosas ocasiones; circunstancia aún más repetida cuando traducimos el término tauromaquia, palabra que propiamente comenzó a usarse en el siglo XVII por los escritores barrocos, siendo aplicada a las corridas caballerescas en las que los nobles armados y a caballo se enfrentaban con el toro en un combate a muerte, como lucha del toro, con el toro (acepción que, en opinión de Cahen, sería la clásica) y contra el toro en todas sus variantes y en todos sus fines y no, restrictivamente, como el arte de lidiarlo.

Entendida, pues, la tauromaquia en este amplio sentido, iremos recorriendo prácticamente todo el orbe terrestre desde los primeros indicios paleolíticos hasta nuestros días.

Así, nos trasladaremos desde las praderas europeas donde el hombre del Magdaleniense cazaba uros, que reproducía artísticamente en sus cuevas y en algunos objetos muebles, hasta las plazas de toros españolas y americanas, continente este último a donde se trasladó e implantó la costumbre de las corridas desde España tras el descubrimiento. El recorrido incluirá además la veneración a este animal y la mitología desarrollada en torno suyo en las sociedades orientales de Asia Menor, Mesopotamia, la India y Egipto principalmente, así como en la cultura grecolatina, con personajes tan destacables frecuentemente asociados a él como Herakles-Hércules, las cacerías y juegos que tuvieron lugar en la isla de Creta y las leyendas surgidas alrededor, los *munera*, que en forma de *venationes* apasionaron y divertieron a los ciudadanos romanos en anfiteatros y circos, los estímulos y prohibiciones de que fueron objeto las corridas y su desarrollo y evolución a partir de la Edad Media, como cuadros más detallada y colorísticamente pintados de esta galería tauromáquica.

La pretensión es, como sin dificultad el lector habrá podido extraer de lo anterior, trazar una historia de la tauromaquia partiendo de la importancia que tuvo el toro, y que desde el punto de vista mitológico y religioso todavía tiene para el hombre, importancia que llevó al ser humano durante milenios a encarnizados y arriesgados combates contra él, a su dignificación mitológica y religiosa, a su representación frecuentísima sobre los más variados objetos y con los más diversos fines y, en última instancia, cuando su relación con lo sobrenatural estaba ya perdida, o por lo menos

dormida en la conciencia humana, a convertirlo en protagonista principal de gran número de fiestas y juegos, algunos todavía conservados, en los que subyace la demostración del mayor poder del hombre frente a la bestia, en forma de destreza o de fuerza.

Se trata por lo tanto, de recapacitar sobre la historia del hombre y del toro, de la tauromaquia, historia que, como bien señaló J.R. Conrad en el prólogo de su obra "Le culte du taureau",

*es más que una historia del ruedo, pues el hombre raras veces ha sido capaz de observar calmada y objetivamente sin mezclar las fantasías de su imaginación. Es un animal frente al que cara a cara siempre se ha comportado de una manera subjetiva, y es por esto que la historia de sus enfrentamientos es apasionante, es la historia de sus más diversos sueños y de sus más profundas emociones.*

Y de reflexionar sobre por qué

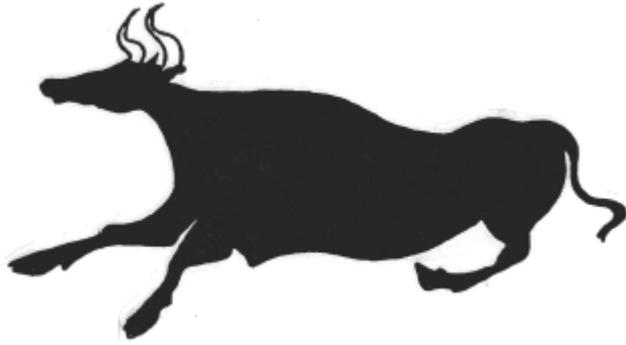
*el hombre lucha contra el toro en una guerra sin cuartel, matando o haciéndose matar, y no solamente sobre la arena de las plazas en el tumulto de las fiestas. Quinientos siglos de violencia y de muerte, de asaltos recíprocos y de encarnizadas batallas*

en palabras del mismo autor.

## **PREHISTORIA**



***El techo de Altamira, como las salas de Lascaux, es un refrigerador donde se ha conservado todo un arte de cuentos y de interpretación... todo está construido alrededor de un tema que no puede haber sido otra cosa que un mito, cuya interpretación pormenorizada seguramente no encontraremos nunca (A. Leroi-Gourhan, Las Raíces del Mundo).***



***Toro negro de Niaux***



Si existe alguna imagen que rápidamente se asoma a nuestra mente al recordar por algún motivo a nuestros antepasados paleolíticos es la de unos hombres de menor talla a la nuestra, encorvados, con abundante vello en sus cuerpos que cubren con pieles de animales, y unos rasgos físicos que le emparentarían con el mono, enfrentándose en combate singular y con rudimentarias armas de piedra a feroces y enormes bestias de distintas especies, ante las que cualquier partida de valientes y aguerridos cazadores actuales, portadores y usuarios de las armas más sofisticadas, no dudaría en eludir la lucha.

Otra escena que podría evocarse, de forma idealizada, es la de estos mismos hombres con un aspecto y una actitud menos brutal, pintando las paredes de las cuevas que les sirvieron de cobijo y santuario.

Ambas, instantáneas, si bien son parciales, no por ello son falsas o irreales; nos transmiten la idea de unos seres humanos, nuestros antecesores, en una actividad primordial de su vida, la caza, y en una vertiente espiritual, el arte.

Sobrevivir será el fin al que el hombre paleolítico dedique el mayor porcentaje de sus esfuerzos, tanto físicos como intelectuales; este propósito, la supervivencia, indefectiblemente conllevaba una serie de necesidades, entre las que debe destacarse sobre todo la alimentación.

Siendo desconocidas para él la agricultura y la ganadería, se abren ante sí solamente dos vías para la obtención de recursos: la recolección para los vegetales y la caza para los animales; esta última, se convierte así en una ocupación de primer rango en las sociedades de los albores de la Humanidad.

Los animales a cazar serán variados, dependiendo sobre todo del ecosistema de habitación, bisontes, mamuts, jabalíes, caballos, ciervos, etc., y uros, siendo estos últimos los que nos interesan en este caso, ya que el uro o toro salvaje, científicamente "bos primigenius", de gran tamaño, pelos hirsutos y cuernos curvados es, sin duda, el que podemos considerar como antepasado más antiguo de los actuales toros de lidia. Este animal, que subsistió en Europa Central durante toda la Edad Media, teniéndose noticia del último ejemplar en 1627, fecha en que fue cazado y muerto en Jaktarcwska, cerca de Varsovia, se adaptó muy bien al régimen mixto de bosque y pradera, característico de ambientes templados, convirtiéndose en pieza buscada y codiciada por los cazadores como fuente de alimento, pieles para vestido, tiendas, barcas y armas trabajando sus huesos y astas.

Pero la actividad cinegética de esta época no puede de ninguna manera reducirse al momento último en que se miden las fuerzas de los dos seres culminando en la muerte de la bestia, sino que, como ya se ha dicho, los esfuerzos dedicados por el hombre no solamente fueron físicos, sino también intelectuales, mediante la mejora de las técnicas de fabricación de armas y de la estrategia de lucha observando las costumbres de estos adversarios para conocer y aprovechar sus momentos de mayor debilidad, y a través de la formación y organización de cuadrillas de atención, entretenimiento, acercamiento, acoso y despiste.

Se producen, pues, en estos momentos, las primeras batallas entre hombre y toro, o lo que es lo mismo, nace así la tauromaquia; los protagonistas son este hombre en los primeros estadios de su desarrollo físico e intelectual y el gran uro salvaje de notable fiereza; el escenario, las praderas y bosques europeos; el motivo y el fin, matar para no morir.

Pero también, hemos esbozado al principio otro cuadro, más espiritual, el del hombre-artista que dio color y vida, iluminó y decoró las paredes de las cuevas y algunos de los objetos que empleaba: nos encontramos ante el complejísimo mundo del arte del Paleolítico Superior.

El arte parietal se extendió desde la zona del río Lena, en Siberia, hasta el Atlántico, en un periodo cronológico que puede llevarse desde aproximadamente el año 30.000 hasta el 10.000, alcanzando su apogeo desde el punto de vista estético en los últimos cinco mil años. En sus variedades de pintura, sobre todo, grabado y relieve, desarrolló tres temas: signos, antropomorfos y fauna, destacando este último con animales variados de un soberbio naturalismo, entre ellos el uro, representado magníficamente en conjuntos como los de Lascaux y Niaux.



***Toro negro de Lascaux***

Si para algunos investigadores su significado es tan simple como el arte por el arte o como la expresión de una realidad de cazadores, ciertos indicios hacen creer a una gran mayoría que el arte rupestre es el resultado de una serie de creencias y ritos.

La selección cuidada del lugar en que se sitúan estas obras en emplazamientos oscuros y difícilmente accesibles, las más de las veces casi impracticables, como revueltas, pasos, estrecheces, entradas de fisuras, divertículos y alcobas, la presencia de armas y heridas en los animales, su asociación con signos de muy diversa naturaleza, algunos de ellos hoy todavía inexplicables, y con antropomorfos que se asemejan a hombres disfrazados de bestias, y la representación de partes defectuosas que pueden tener alguna motivación y no ser simplemente consecuencia de un defecto artístico, nos inclinan a pensar en un proceso mental más complejo que haría que estas pinturas hiciesen de intermediarias en una relación entre fuerzas

inmateriales y el pintor o la comunidad a la que pertenece; abundando en esto, habría que añadir que artistas, como por ejemplo el de Altamira, los cuales tuvieron que ser especialistas e invertir mucho tiempo en su obra, tiempo que por lo tanto no pudieron dedicar a asegurar su subsistencia, tendrían que ser alimentados por el grupo humano para el que trabajaron.

Sobre estos supuestos han surgido y se han desarrollado gran número de teorías interpretativas que ven en estas figuraciones algo mágico -religioso.

Dejando a un lado algunas defectuosamente cimentadas como la de la dualidad sexual o la de tipo socio-estructuralista, que traducen los diferentes animales en representaciones de sexo masculino o femenino, en el primer caso, o de grupos sociales, tribales o clánicos en el segundo, nos detendremos en la que podríamos denominar *práctica* y en la de *santuario*.

Sería un arte *práctico* en tanto en cuanto correspondería a una magia de caza en sus vertientes simpática o de atracción, en un intento de poseer al animal por su representación, y negra o de destrucción, que mediante los animales heridos o con partes defectuosas haría víctimas fáciles; quizás también una magia de fecundidad que perseguiría la no extinción de la especie.

La cueva sería un *santuario*, un todo en el cada figura aparece en un lugar determinado; en palabras de A. Leroi-Gourhan

*no consiste en representaciones anecdóticas. Las imágenes se presentan como un cuadro donde hay un centro y una periferia con sentido; los bovinos, el bisonte y el uro, ocupan una posición privilegiada en la región central del dispositivo. En el centro está el gran rumiante, que según las épocas y las regiones es el bisonte, el más común, o el uro o toro salvaje, menos corriente, pero que es el principal de los bovinos de Lascaux.*

Aceptando estas teorías, que por las evidencias ya reflejadas no parecen descabelladas, el mundo tauromáquico en el Paleolítico Superior se duplica con esta nueva vertiente mágica en la que el animal no es combatido con fuerza, destreza y armas, sino con sortilegios.

Nuestros antepasados de hace varios milenios combatieron con el uro en las praderas y bosques en encarnizadas luchas de resultado incierto en las que debió repetirse con asiduidad el derramamiento de la sangre no del toro, sino de su oponente. Para estos enfrentamientos el hombre se preparó concienzudamente dentro de sus posibilidades intentando que sus armas fueran cada vez más mortales y estudiando la vida y costumbres de los animales como un naturalista; pero llevado por su capacidad mental, intentó algo más en su búsqueda para ser siempre vencedor, de salir victorioso frente al peligroso enemigo, y es así como recurrió a la magia creyendo en la existencia de un lazo muy fuerte entre lo representado y la representación.

El intentar, sin embargo, en el momento actual explicar la estructura significativa en que se inserta este arte y conocer sus profundas motivaciones ofrece una gran dificultad.



***Grabado sobre hueso. Torre (Guipúzcoa). Magdaleniense final***

Podemos hablar de *cuevas-santuario*, con paneles y distribución de las figuras dentro de ellos no arbitraria, de elección premeditada de lugares oscuros y poco accesibles, tal vez buscando algo misterioso, de presencia de signos muy variados de difícil clasificación semántica asociados, de hombres disfrazados como animales (antropomorfos), de objetos muebles no de carácter utilitario sino ritual o cultural, como los llamados comúnmente *bastones de mando*, en definitiva, de irrefutables pruebas arqueológicas que nos permiten asegurar que el hombre del Paleolítico Superior es algo más que un cazador que, además de cazar pinta, graba y esculpe los seres que captura y mata, pero nada podemos decir en base a estos registros sobre si se creó en torno al toro algún ciclo mítico o existió un culto a él, más o menos organizado, dentro de estas comunidades prehistóricas, nada con respecto a los actos culturales o ceremoniales que exigía esta magia de caza, de propiciación, nada que le relacione con otros sentimientos religiosos como la veneración de los antepasados y nada en cuanto a la existencia o no de un sistema de creencia y organización totémico, de no poner en juego el peligroso recurso de la etnología comparada.

La comparación de estas sociedades prehistóricas con los primitivos actuales, siempre arriesgada por la extrapolación de mentalidades y condicionantes que lleva consigo, aporta como ideas aplicables a estas comunidades la existencia de tótems tribales o clánicos, la celebración de prácticas ceremoniales, danzas rituales y competiciones agonísticas y la figura del hechicero, brujo o chamán; de todos modos, en el estado actual de nuestros conocimientos, nada de esto puede afirmarse con absoluta certeza.

Tras esta etapa, dominada por el hombre cazador que busca ante todo sobrevivir, en la que el ser humano se nos presenta como un depredador diferenciado de sus congéneres del reino animal por algunos atisbos espirituales cuyo reflejo es el arte y la estructura de significado que subyace en él, y tras el denominado periodo mesolítico o epipaleolítico, en el que los protagonistas son las mismas gentes y culturas del Paleolítico Superior adaptadas a un nuevo ambiente, entramos en una de las etapas culturales que más destacadamente ha marcado la evolución de la Humanidad, el Neolítico.

En el Neolítico, momento en el que se comienza a fabricar cerámica, surge el urbanismo, se ponen los primeros pilares de la estructura social, etc., pero sobre todo

hacen su aparición dos nuevos modelos económicos, la agricultura y la ganadería, motores de todos los sustanciales cambios que conforman esta nueva forma de vida.

La tradicionalmente llamada *revolución neolítica*, cuya esencia puede resumirse en las palabras de M. Almagro que a continuación transcribimos:

*Ahora, tras el invento de la producción artificial de alimentos, el hombre asegura su subsistencia. Puede organizar, reservar y aumentar la producción, con lo cual nacen sociedades humanas más extensas y más estables. Minorías rectoras organizarán el Estado y la sociedad. Ellas pueden cultivar la vida intelectual y la reflexión, y los saberes serán ahora profesión y dedicación de los grupos humanos más inteligentes, que rigen y hacen avanzar la cultura de manera extraordinaria. Frente a los cientos de miles de años del Paleolítico, el Neolítico se inició sólo hace unos cortos milenios y en ellos la Humanidad ha recorrido todo su rápido ascenso a la posesión de los infinitos bienes de su cultura...*

significará con respecto al tema que nos ocupa, importantes innovaciones.

El hombre neolítico no dejará de cazar, pero el conocimiento y desarrollo de la ganadería le abrirá los ojos paulatinamente al *misterio* de la fecundidad, la reproducción y la multiplicación de las especies y el mayor tiempo libre que le concederán sus nuevas actividades y las ventajas inherentes a ello desarrollarán su espíritu.

Entrando ya en el terreno que nos ocupa, ante todo hay que decir que, pese a los cambios climáticos, el toro salvaje subsistió y estos antepasados nuestros siguieron acechándole, persiguiendo, hiriendo y dando muerte en combates que solamente diferirán de los paleolíticos en el empleo de un nuevo armamento más evolucionado en el que el arco y las flechas serán primordiales.

La expresión artística de estas cacerías encontrará su mejor exponente en el arte rupestre levantino español, cuyos inicios habría que llevar según algunos investigadores al Mesolítico.



***Pareja de toros pintados en blanco. Albarracín***

Si bien se constatan diferencias sustanciales con el arte parietal cuaternario, así la elección como soporte de covachos o abrigos al aire libre, el traslado del protagonismo del animal al hombre, la representación de escenas muy complicadas con gran número de figuras íntimamente relacionadas entre sí y la variedad de temas,

venatorios, guerreros, agrícolas, ganaderos, principalmente, sin embargo, una idea mágica, similar a la de sus antecesores, aunque sin duda más elaborada, parece poder rastrearse tras estas instantáneas.

El hombre, como hemos dicho, es el protagonista y las escenas de caza muy frecuentes y con diversos animales, ciervos, cabras, jabalíes y toros salvajes, animal este último que no pierde su importancia y que en algunas zonas como las serranías de Albarracín y de Cuenca es el más frecuente, suponiéndose que correspondan estas representaciones a un arte de tribus retardatarias y aisladas en las que no han entrado los avances neolíticos.

El toro se pinta sólo o en manada sin registrarse presencia humana, por ejemplo, en la Cocinilla del Obispo, en Albarracín, como objeto venatorio, así en el Prado del Navazo o en el barranco de Las Olivanas, también en Albarracín, herido en la caza como en El Cingle, La Araña y La Vacada, muerto en la lucha, con un flechazo en el anca y otro en lo alto del cuello, en el abrigo de Cueva Remigia del barranco de La Gasulla, donde también encontramos una escena en la que el animal resulta victorioso, pese a estar atravesado por varias flechas, y corre tras un cazador que huye delante de él con un arco en las manos.



**Escena pintada en rojo. Cueva Remigia**

Otras figuraciones reproducen sobre estas paredes figuras humanas disfrazadas o enmascaradas con cabezas de toros.

Quedan, pues, estas pinturas del Levante español como máximo exponente de una actividad cinegética del hombre durante los milenios que restaban de Prehistoria, o lo que es lo mismo, durante el Mesolítico o Epipaleolítico y el Neolítico. Queda, pues, la prueba fehaciente de que estas gentes siguieron combatiendo contra los toros salvajes; retomando de nuevo las palabras de M. Almagro para los abrigos y covachos de las serranías de Albarracín y de Cuenca:

*en el ambiente de estos lugares del rodeneo se concibe esta figura del cazador echado en el suelo con un arco presto, pues los peñascos y los pasillos estrechos entre las rocas debían permitir acercarse a los peligrosos toros, que son los animales más representados en estos abrigos. En los pequeños prados abiertos entre las rocas, mientras pacían estas peligrosas bestias, los cazadores debían de poderse acercar a ellas sigilosamente para herirlas sin peligro. A ello se debería el que precisamente en estos lugares aparezcan siempre tales pinturas.*

Queda, pues, la evidencia de la práctica de la tauromaquia en lo que bien podíamos denominar su modalidad más primitiva, en estas sociedades.

Más dificultad ofrece, en cambio, desentrañar su significado, el poder leer más allá de lo que está pintado en las paredes.

Se podrían repetir las teorías expuestas para el arte paleolítico del arte por el arte o de expresión de la realidad de la sociedad a la que pertenecían estos pintores, pero el simplismo de ambas, nuevamente no se adapta a la repetición y confluencia de una serie de factores entre los que podemos destacar la reiteración de una localización precisa, que se acentúa con las muy frecuentes superposiciones de obras a lo largo del tiempo, y que nos lleva a pensar en una finalidad en la elección del sitio, la mezcla de escenas con temas diversos, las figuraciones de danzas de fecundidad con personajes itifálicos, la presencia de seres humanos disfrazados de animales y la perduración de la idea de emplazamiento sagrado que prueban las inscripciones de época ibérica y romana de Cogul.



*Toro rojo de Ladruñán*

Todo ello nos empuja nuevamente a manejar la hipótesis de que estos abrigos debieron ser santuarios o lugares de culto donde se realizarían ceremonias o cumplimiento de ritos, con carácter religioso o social, lo cual no excluye que algunas escenas de guerra encuentren su explicación también en un historicismo conmemorativo.



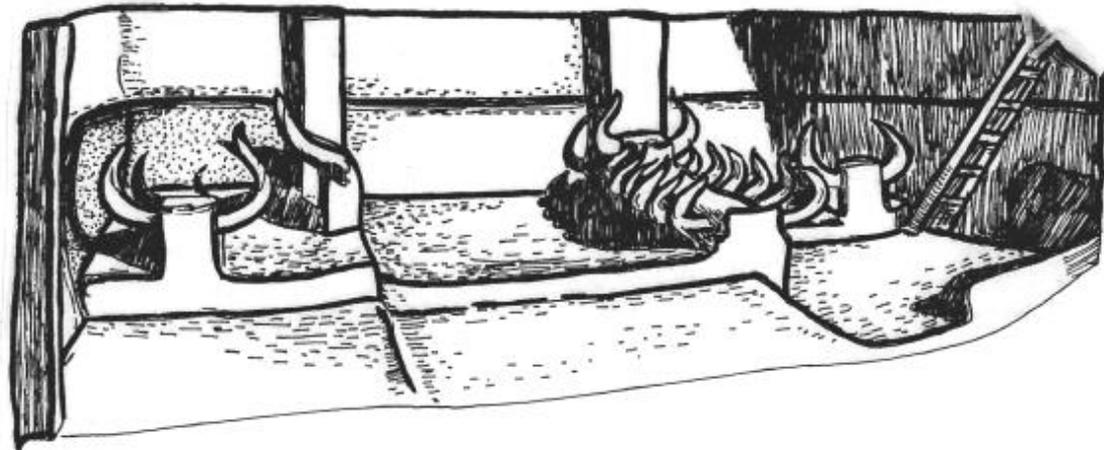
*Toro rojo de Selva Pascuala*

Desde este punto de vista, el valor de estas pinturas sería mágico, de magia simpática y de destrucción como entre los hombres paleolíticos, pero también, como se ha dicho algo más atrás, en un intento de dominar por sortilegios un suceso natural, la reproducción de los animales, que la ganadería había descubierto en su importancia a estas gentes que estaban despertando a una nueva sociedad y a una nueva economía.

Por otro lado, a muchos kilómetros de allí, en Anatolia, en un estadio cultural neolítico, la veneración al toro se hace patente en los lugares de culto de Çatal Hüyük.

Las *capillas* de este emplazamiento minorasiático están llenas por doquier de representaciones de toros, en esculturas y en relieves y pinturas murales, siendo muchas veces solamente las cabezas del animal y los bucranios los figurantes, o incluso

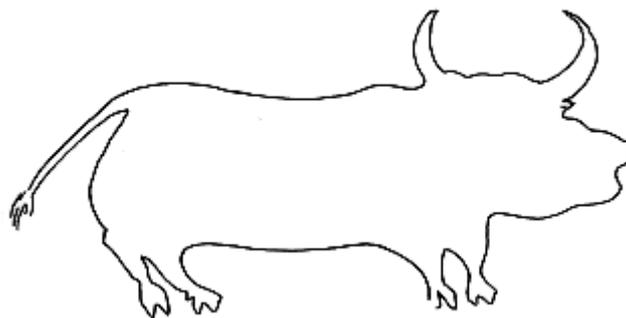
simplemente sus cuernos, que constituyen los prototipos de los *cuernos de consagración* tan abundantes en el mundo minoico, tema sobre el cual nos detendremos en un capítulo posterior.



***Reconstrucción de una capilla de Çatal Hüyük según Mellaart***

El toro parece ser para estas gentes que adoran, a juzgar por los restos conservados, una diosa-madre, en sus aspectos de mujer joven, madre pariendo, que a veces da a luz una cabeza de bóvido, y anciana, y un dios masculino, compañero de ésta, joven o viejo y barbudo, y a menudo representado sobre este animal, la representación del dios macho, por lo tanto el símbolo y la encarnación de la virilidad, la fertilidad, la potencia generadora y la fuerza.

Entre las diferentes figuraciones que tienen como centro el toro destaca una composición mural pintada en la que el centro es un gran toro rojo, al que rodean pequeñas figuras humanas, la cual, en opinión de Mellaart, debe interpretarse como una instantánea de una fiesta de caza o de ejercicios deportivos semejantes a los del ámbito cretense, que inspiraron gran número de obras de arte en esta cultura.



***Toro pintado en rojo. Çatal Hüyük***

Çatal Hüyük nos sitúa, pues, ante una tauromaquia que posiblemente es algo más que una caza y ante un sentimiento de algo sobrenatural frente al toro; no es ya solamente la idea mágica de la posesión de alguien o algo por su imagen y en consecuencia la posibilidad de actuar para o contra él, es algo más, la idea de una

divinidad y de un símbolo, la creencia en un dios y la trasposición de sus atributos en el toro, el caso más antiguo registrado de taurolatría.

En los milenios que recorre la Prehistoria encontramos fuertes lazos de unión entre el hombre y el toro, ligazón que queda bien expresada en el arte de las gentes que vivieron en este tiempo y que reviste diversos aspectos tauromáquicos y taurólatras.

Durante el Paleolítico y el Mesolítico, cuando nuestros antepasados son sobre todo cazadores que buscan sobrevivir a cualquier precio, el toro es uno de los variados animales con que se enfrenta persiguiendo obtener sobre todo alimentos y pieles. Son tauromaquias prácticas, combates entre el hombre y el uro, que salvaje y libre pastaba en las praderas, en las que estas gentes luchan con el único fin de seguir viviendo, poniendo en ello todos sus recursos físicos e intelectuales, recurriendo no solamente a la estrategia, la fuerza, la destreza y las armas, sino también a la magia, en busca de ayuda para conseguir la victoria.

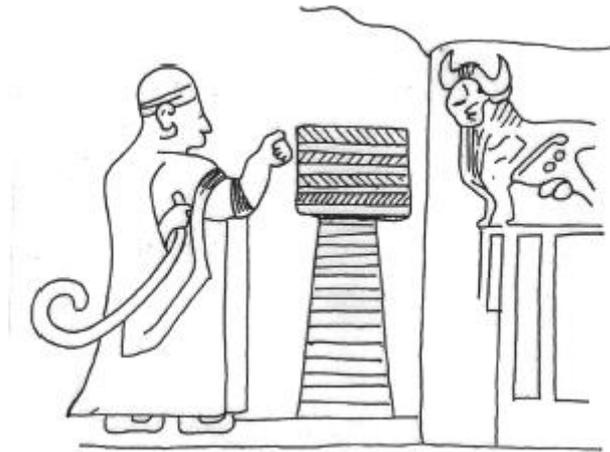
En el Neolítico el panorama de estos momentos anteriores sigue siendo un importante punto de referencia por su continuidad; pero, aparecen también elementos nuevos de carácter espiritual: la búsqueda de la fecundidad, descubierta gracias a la actividad ganadera, a través de la magia, y la asociación a la divinidad masculina, con todas sus connotaciones de virilidad y fuerza, del toro, asociación que derivará en la veneración y culto del animal, la taurolatría, y posiblemente, en la práctica de fiestas de caza, danzas y competiciones gimnásticas de las que es el centro.



## **ORIENTE Y OTRAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS**



***... Enkidu, mi amigo, que cazaba el onagro y la pantera en las montañas y en las estepas!. Después de que todo lo logramos, después de que escalamos la montaña; después de que vencimos y dimos muerte al toro celeste...". (Poema de Gilgamesh, Muerte de Endiku)***



***Grabado rupestre de Halaya Hüyük***



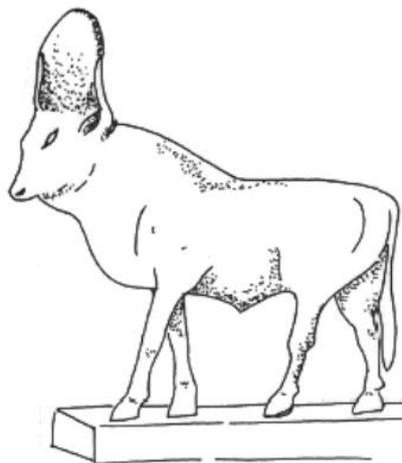
En tan sólo unos segundos, al pasar las páginas que separan el capítulo anterior de éste, hemos traspasado uno de los umbrales más importantes de la Humanidad, el que separa la Prehistoria de la Historia.

Entramos así en toda una serie de nuevas formas de vida con una sociedad organizada política y económicamente y con una fructífera evolución intelectual, que se reflejan en una espiral de causas y efectos entre los que podemos señalar la creación de complejos ciclos míticos, la aparición y progresiva importancia de castas guerreras y sacerdotales, la elaboración de normas de uso social, el desarrollo del urbanismo, la explotación y trabajo de nuevas materias primas, el metal principalmente, y la invención de la escritura, detalle éste que tradicionalmente se ha considerado capital para situar la frontera entre Prehistoria e Historia, residiendo su importancia para el historiador actual en el cúmulo de datos nuevos que, sobre piedra, metal, papiro, pergamino, tela, papel, o cualquier otro soporte, nos transmite.

Acompañados de hombres y toros recorreremos Oriente, deteniéndonos en Egipto, Mesopotamia y la India, como ejemplos más ilustrativos del tema, pero sin olvidar la trascendencia, sobre todo de orden religioso, que tuvo este animal también en otras civilizaciones como la hitita o la fenicia.

Finalmente, con la intención de hacer patente que no se trata exclusivamente de un fenómeno oriental, nos detendremos brevemente en el mundo occidental.

Comenzando por el país del Nilo, pueden apuntarse como rasgos destacados que configuran la imagen de este animal en la mentalidad de los antiguos egipcios, la existencia de dioses-toro como Apis, Mnevis y Bukhis, toros sagrados, narraciones en las que es el protagonista mágico de la historia y ritos oscuros en los que interviene.



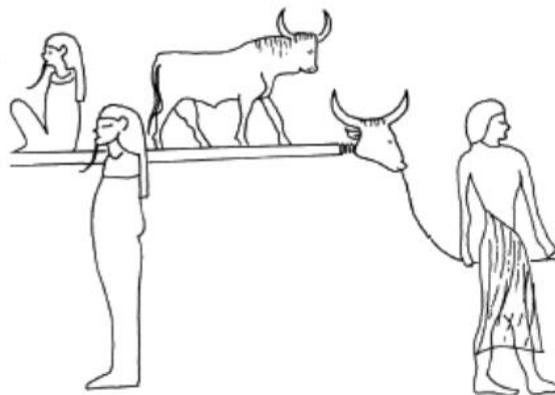
***Escultura representando al buey Apis***

La aparición del toro en la esfera mágico-religiosa de este pueblo encuentra su base en la idea de que lo divino puede manifestarse en los animales y en el papel extraordinariamente importante que el ganado desempeña en la conciencia de los egipcios, lo cual condujo por un lado a la veneración religiosa y por otro a la

producción espontánea de imágenes y símiles relacionados con el ganado siempre que necesitaban un lenguaje figurativo para expresar adecuadamente una observación desacostumbrada

Asociado desde el Neolítico a los principios de potencia generativa y fuerza, sentido en el que deben interpretarse las manifestaciones más antiguas y las que perduraron en las clases populares, existen leyendas como la de *Los dos hermanos*, en la que Bata encarna al toro y por ende la fecundidad, y algunos ritos, como la procesión del dios itifálico Min, dios de la virilidad fecundante en el dominio humano y animal, presidida por el rey, la reina y un gran toro blanco, pronto el toro y la vaca conquistaron a través del sincretismo aspectos de la teología solar, incluyéndose también a partir de aquí en el ciclo funerario, lo cual da lugar a una mitología compleja, en la que, por ejemplo, el sol se convierte en un gran toro, jefe, macho dominante y depositario de la fertilidad viril, el cielo en una vaca y el sol naciente en un becerro.

Asimismo, los toros pueden ser los representantes terrenales de sus respectivos dioses y los heraldos entre dioses y hombres en ambas direcciones, el apelativo *toro* es muy común: *Toro del Oeste* y *Toro de Abidos* para Osiris, *Toro de Nabt* para Set; el rey aparece con frecuencia como un fuerte toro en los documentos y textos, la palabra *jefe* o *dueño* evoca la imagen de un toro con su manada, etc.



**Libro de los Muertos. Finales de la XVIIIª dinastía**

En Mesopotamia, donde sus figuraciones, sea cual sea la época histórica que analicemos y el pueblo dominante en ese momento -sumerios, acadios, asirios, babilonios-, son extraordinariamente comunes, destacando por su significación los toros androcéfalos y los barbados, tema muy repetido en la escultura y en los más variados objetos, como los proporcionados por el cementerio real de Ur, si bien se constata la existencia, al igual que en la civilización anteriormente analizada, de la idea del toro como vivo depósito de potencia generativa, este animal está más frecuentemente asociado a la de vigor y fortaleza, circunstancia ésta que habría que poner en relación con el hecho de ser el buey la fundamental fuente de trabajo en estas tierras.

Posteriormente, al igual que en Egipto, se adscribe al mundo celeste, sobre todo como heraldo de las divinidades de esta esfera.

Las relaciones buey-cuernos-fuerza, toro-mugido-trueno-fenómenos naturales hacen de los cuernos el atributo de la divinidad; así, las frecuentes representaciones en las que los diversos reyes aparecen llevando sobre su cabeza tiaras con cuernos hacen alusión a reyes divinizados y así, el toro es el animal de Iskur y Adad, dioses del rayo con un doble valor de destrucción y abundancia.



***Toro androcéfalo con tiara de cuernos. Sumer***

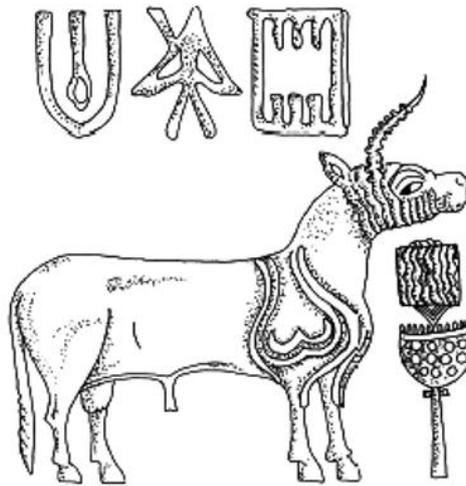
Siguiendo nuestro camino hacia el Este, llegamos a la India, el país de las vacas sagradas, donde un hombre puede morir de hambre antes de consumir la carne de este animal, que, además, le rodea por todas partes, y donde las creencias que le tienen por eje pueden contarse por millares y rigen en gran medida su vida personal y social.

En este lugar del mundo, la dignificación del toro (no queremos entrar por razones de delimitación del tema de estudio en el ganado bovino en general) puede llevarse a tiempos muy remotos, como fehacientemente demuestran los hallazgos de Mohenjo-Daro y Harappa, con representaciones de uros y del *bos indicus*. Interesan especialmente los sellos, sobre los que se encuentran frecuentemente grabados uros con un objeto en forma de jaula bajo el hocico, objeto cuya función desconocemos y que es interpretado por algunos autores como un receptáculo con valor religioso, asociado de algún modo a elementos relacionados con la fertilidad, y seres en los que se mezclan rasgos humanos y taurinos.

Posteriormente, tras la entrada y dominio del país por los arios, el toro sigue manteniéndose en su puesto y aparecen en él algunos nuevos aspectos. Los himnos del Rig-Veda son muy ilustrativos a este respecto; en ellos se hace alusión a dioses-toro y a su mitología, así a Parjanya, Dyaus, Indra y Agni, como benefactores dioses de la potencia y de la procreación vegetal, animal y humana, y a Rudra, como destructor, y se habla de sacrificios de toros.

Pero, tal vez, el detalle más espectacular es la perduración de los dioses-toro en el hinduismo actual en las figuras de Siva, que engloba los aspectos benéfico y maléfico, y de Visnú, encarnado principalmente por Krishna, cuya vida, aventuras,

sentimientos e ideas se narran en el Mahabharata, y de tradiciones mágico-rituales como trabajar el campo con toros no castrados y las carreras de toros a la luz de la luna llena.



**Sello de Mohenjo-Daro**

Como colofón a este paisaje taurólatra oriental, mencionaremos que participan de esta mentalidad otras culturas como la semita, asentada en Fenicia, donde por citar tan sólo un ejemplo, las gentes de un cierto rango son caracterizadas como toros o vacas, y la hitita, en cuya mitología Teschub, dios de la tempestad y de la guerra, es simbolizado por un toro, y en la que algunos sellos en los que la representación repetida es una mujer desnuda con una guirnalda que parece saltar sobre un toro, deben relacionarse con la magia de fecundidad, llevándonos quizás a la esfera del juego.



**Sello hitita**

Reuniendo todos estos datos en una conclusión, ésta sería la omnipresencia de este animal en el mundo religioso oriental, revistiendo diversas facetas que podemos concretar en las de objeto de culto como potencia animal en sí misma, encarnación de la divinidad y símbolo de ésta, sobre todo por degradación del aspecto anterior siguiendo una vía antropomórfica, protagonista de la magia de la religiosidad popular por su potencia generativa y víctima de sacrificios.

La taurolatría en el Oriente antiguo es, por lo tanto, una constante, un fenómeno muy repetido.

Más difícil es, en cambio, hablar y ofrecer datos sobre el tema gemelo que nos ocupa, la tauromaquia; ningún texto, ninguna figuración, hecha la excepción de los mencionados sellos de los hititas, de interpretación dudosa, nos ilustran luchas o juegos en los que interviniera el toro, aunque, entrando en el terreno de la mera suposición, podemos aventurarnos a indicar la posibilidad, más o menos incierta, de la existencia de detalles tauromáquicos en algunos ritos y ceremonias cuya celebración conocemos, pero no su fundamento y desarrollo.

Pero no solamente en el área levantina se registran indicios de esta relación hombres-toros, sino que ésta se produce también en Occidente, en el área céltica, como nos transmiten la figura y representaciones de Tarvos Trigaranus y algunos ciclos épicos.

En un punto tan alejado de las áreas geográficas ya comentadas como es Irlanda, el ciclo épico del Ulster es muy significativo. En él se describen luchas por la posesión de un toro, una tauromaquia mítica y la diosa de la guerra, Morrigan, *en forma de una becerra blanca de orejas rojas, rodeada por cincuenta becerros y en forma de una ternera roja sin cuernos*, y el toro se considera como encarnación de la virilidad y su apelativo se aplica al hombre valiente, al guerrero, y al que ocupa el primer puesto en la sociedad.

Para el celtólogo Weisweiler podría hablarse en este ciclo de *pueblo del toro, cultura del toro y cosmología orientada tras el ternero* y concluir que

*reinado del toro, nobleza del toro, milicia del toro y caballeros del toro nos dan el derecho a señalar, no sólo la economía y cultura, sino también la religión de Irlanda del Norte, como determinadas por el toro.*

Así pues, en una extensísima área geográfica con puntos tan distantes como la India y las Islas Británicas, se constatan una serie de fenómenos mágico-religiosos, relacionados con la potencia y la virilidad, que tienen un elemento en común, la fijación de su centro de atención en el toro.

La taurolatría queda, de esta manera, ampliamente demostrada en el seno de numerosas comunidades antiguas, con condicionantes y características de vida muy diferentes y alejados entre sí, y también la tauromaquia, aunque de un modo menos explícito y claro, en la segura continuidad de la caza de los salvajes uros, en rituales de oscuras ceremonias en los que se menciona el toro, en algunas epopeyas míticas como el mencionado ciclo irlandés con luchas de estos animales, y en ciertas representaciones como las que adornan sellos minorasiáticos de época hitita, en los que parece encontrarse una nueva faceta, la del juego, aunque quizás no como algo simplemente lúdico, sino integrado en la magia de la fertilidad.



## **CRETA**



*Así tal vez en sus últimos días de grandeza los minoicos estuvieran obsesionados por el toro. Quizás juraron por éste, temeraria o frívolamente según la naturaleza de los juramentos. Puede que el saltador de toros, si no era más que un hermoso ídolo de las damas cortesanas, era más el equivalente de San Jorge para el pueblo llano. Tal vez, incluso, El Toro sonara en los oídos minoicos como la Bomba suena en los nuestros. (H.E.L. Mellersh, Minoan Crete).*



*Sello minoico*



La llegada a Creta levanta el telón del espectáculo tauromáquico. Por primera vez se documentan abundantes juegos entre hombres, mujeres y toros.

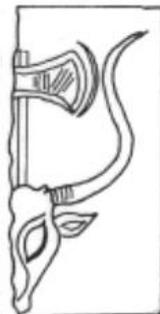
Esta isla mediterránea y su ligazón con el toro han sido frecuente tema en casi incontables páginas de tratados o estudios de arqueología, historia antigua, historia de las religiones, historia del arte, tauromaquia, que tomando como punto de referencia los frescos de Cnossos, los vasos de Vafio, las estatuillas y sellos minoicos, etc., han intentado desentrañar el significado y desarrollo de las muchas veces llamadas *corridos*, desde el descubrimiento de esta cultura por sir A. Evans.

Pero, aún hoy, no se puede hablar de un éxito total en estas tentativas y las interpretaciones del fenómeno son muy variadas y más o menos discutidas y encontradas entre sí.



***Figurilla de bronce***

Nuestro objetivo aquí no es dar la solución definitiva al problema apuntado, sino que nuestro discurso girará sobre dos ejes: las leyendas mitológicas, que hacen de Creta escenario de algunos episodios entre dioses o héroes y toros, y las representaciones sobre objetos de todo tipo que reproducen la utilización y función de este animal en la vida minoica; la constante es el toro y su papel desempeñado en esta sociedad. Nos detendremos también en las conclusiones que pueden extraerse de estos dos apartados y en exponer las teorías formuladas al respecto.



***Sello cretense***

Los autores clásicos nos han transmitido numerosas leyendas en las que personajes pertenecientes al mundo de la mitología son protagonistas de numerosos avatares, en muchos de los cuales el toro es, si no el actor principal, papel reservado a dioses y héroes, sí el principal actor secundario.

Muchas de estas leyendas serán comentadas en el capítulo siguiente, deteniéndonos ahora solamente en aquéllas para las que se da como lugar de suceso esta porción de tierra.

El relato mítico más importante, compuesto de varias leyendas concatenadas entre sí, que marca la estrecha ligazón entre Creta y el toro, puede muy bien narrarse de la siguiente manera:

Zeus, padre y señor de todos los dioses del Olimpo, tras conocer a la tiria Europa, hija, según unas versiones, de Fénix y, según otras, de Agenor, queda prendado de sus encantos y, enamorado de ella, la sorprende en Tiro o Sidón, metamorfoseado en toro, y la rapta llevándola a la isla de Creta, siguiendo a unos, o a Beocia, a las cercanías de Tebas, ciudad que debe sus orígenes a Cadmos, hermano de la heroína, siguiendo a otros. Para Acusilaos y otros autores no es el dios, en forma de este animal, el artífice del acto, sino que Zeus envía al toro cretense para que le lleve a su amante, que es conducida por éste sólo o en compañía de Hermes.

De la unión de Zeus y Europa nacen Rhadamante y Minos, el mítico rey al que la cultura de esta isla debe su nombre.



***Europa sobre el toro. Relieve de un vaso de terra sigillata***

En la segunda leyenda, Minos, el hijo de Zeus y Europa, falta a su juramento de ofrecer en sacrificio a Poseidón el toro de excepcional belleza que el dios había hecho surgir de las aguas, lo conserva entre su ganado y lo sustituye por otra víctima. Furioso por ello, el señor del mar inspira en Pasiphae, la esposa de Minos e hija del Sol, una pasión monstruosa y antinatural por el animal. Ésta pide ayuda a Dédalo, artesano de ascendencia divina, quien le construye un artilugio que le permitía tener relaciones sexuales con la bestia.

Fruto de esta unión es el Minotauro, con cuerpo humano y cabeza de toro, al que Minos encierra en el laberinto, construído también por Dédalo para albergar al monstruo.

El tercer episodio relata cómo los atenienses, súbditos del rey cretense, tenían que proporcionar como tributo anual siete jóvenes y siete doncellas para alimentar a Minotauro, hasta que un día Teseo, hijo de Egeo, rey de los atenienses, voluntario para formar parte del sangriento tributo exigido por Minos, llega a Creta, donde Ariadna, hija del rey de la isla, llevada de su amor por él, le ayuda dándole una brillante corona que le permite tener luz en las tinieblas y un ovillo de hilo que le ayude a encontrar el regreso.

De este modo, el héroe ateniense mata a Minotauro. Tras su victoria, huye con Ariadna al continente.



***Copa de Apolodoro. Muerte de Minotauro a manos de Teseo***

Otro episodio que relaciona a Teseo con el toro es en la leyenda cronológicamente anterior a ésta; cuenta cómo doma y captura viva la bestia que asolaba Marathon, llevándola a Atenas, donde la sacrifica a Apolo Delphinios.



***Didracma de Selinunte (h. 450 a.C.). Tipo de Hércules y el toro cretense***

El toro cretense aparece también como personaje en el ciclo de los trabajos de Herakles.

En el séptimo trabajo de los mandados por Euristeo a Herakles, el héroe debe capturar vivo el toro dado por Poseidón a Minos, que el dios había vuelto furioso para

castigar al rey, que había faltado a su juramento. Herakles lo atrapa en una red y, cargándolo sobre sus espaldas, atraviesa el mar, llegando a Tirinto, donde lo pone en libertad; el animal, furioso, recorre el Peloponeso y va a Marathon, donde será domado y capturado por Teseo, como ya hemos relatado.

Estas reseñas mitológicas y su frecuentísima y continua repetición entre los literatos y artistas -de ello son buena muestra las cerámicas pintadas griegas- en todo el mundo clásico grecorromano, son buen ejemplo de la clara asociación entre Creta y el toro.

De los personajes mencionados en estas leyendas: Zeus, Europa, Poseidón, Minos, Pasiphae, Dédalo, Minotauro, Teseo, Ariadna y Herakles, nos interesan sobre todo Zeus, Europa, Pasiphae, Minotauro, Teseo y Herakles, ya que las restantes simplemente son figuras que se encuentran en un plano secundario como complemento de las anteriores dando coherencia a la acción.

Sin entrar en otras significaciones que encierran estos mitos, interesa sobre todo resaltar dos aspectos: el toro como depositario de la virilidad, la potencia fecundadora, en los episodios de Zeus y Europa y del animal dado por Poseidón y Pasiphae, y el toro como fuerza y ferocidad en los de Teseo, Minotauro y Herakles, con las consiguientes tauromaquias míticas que hemos relatado de la pluma de los escritores grecolatinos y los pinceles, buriles, moldes, cinceles, ... de los artistas clásicos.

Asimismo, la asociación Creta, toro y reproducción queda reflejada en otra divinidad, Rea Cibeles.

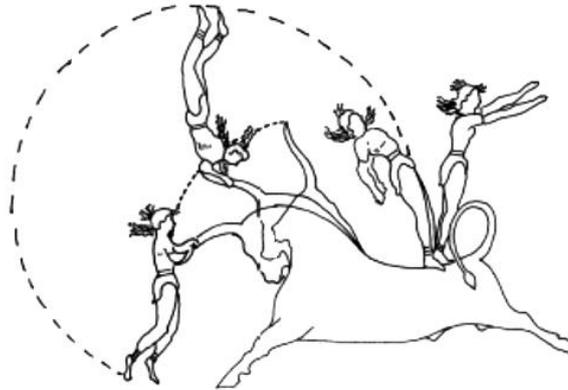
La hija de Urano y Gea, madre de los dioses olímpicos, símbolo del poder procreativo de la naturaleza, tuvo unos de sus más antiguos sitios de adoración en Creta, donde en una cueva, cerca de la ciudad de Licto, o de lo contrario, en los montes Dirce o Ida, da a luz a Zeus y lo esconde del poder de Cronos. En los festivales a ella dedicados tenía lugar el *taurobolium*, ceremonia en la que los participantes eran bautizados con sangre de toro con el objeto de quedar purificados y poder renacer.

En el capítulo siguiente encontraremos de nuevo a este animal, bajo múltiples aspectos y asociado a gran número de personajes: Zeus/Júpiter, Hera/Juno, Hermes/Mercurio, Helios/Sol, Poseidón/Neptuno, Odiseo/Ulises, Herakles/Hércules y otros, como elemento destacado e importante de las mitologías griega y romana.

Pero, si de la mano de Teseo, Minotauro y Herakles nos hemos introducido en el mundo tauromáquico cretense, éste es un mundo mítico y de leyenda. En el real, en el humano, lo haremos acompañados de los acróbatas que los artistas minoicos representaron abundantemente sobre los más variados soportes.

Desde que sir A. Evans descubrió en la década de los años veinte del siglo XX la civilización minoica, el tema de los juegos tauromáquicos aquí practicados ha atraído profundamente a gran número de investigadores.

Con seguridad, solamente podemos hablar de la realización de saltos acrobáticos sobre el toro por jóvenes de ambos sexos y una cadena de preguntas, cuyos eslabones no tienen respuesta segura, sino hipótesis, va formando el collar del toro cretense en la esfera que ahora nos ocupa.



*Fases en la ejecución de un salto. Esquema de Evans*

¿Son espectáculos públicos de índole deportiva o ceremonias rituales?

¿Los hombres y mujeres que participan son artistas gimnastas o sacerdotes?

¿El toro es indultado o por el contrario sacrificado como colofón del acto?

¿El animal es totalmente salvaje o previamente, en el periodo de tiempo que media entre su captura y su puesta en escena, ha sido en mayor o menor medida domesticado?

¿Nacieron estos juegos de antiguas costumbres campesinas?

¿Se celebraban en lugares contruidos expresamente para este fin o acondicionados para ello o en los emplazamientos naturales donde vivían estas bestias?

¿Las leyendas míticas relatadas en las páginas anteriores surgieron en este momento o son elaboraciones posteriores sobre recuerdos difusos de creencias y acciones del ámbito prehelénico?

No hay contestación para estos interrogantes, afirmativa o negativa, que pueda ser considerada como la verdadera sin lugar a dudas.

De este modo, los cuadros de significación y desarrollo que pueden pintarse inspirados en este tema diferirán de acuerdo con la respuesta escogida en la paleta y el pincel utilizado para su ejecución.

Bastará que, a modo de ilustración, describamos varias formas de entender estos juegos tauromáquicos, reviviendo escenas, recreando personajes, siguiendo unas pautas más propias de la novela que de la historia.

Podemos imaginar el devoto que, venido de cualquier lugar de la isla, asiste en Cnossos a una ceremonia ritual en la que personas de ambos sexos, integrantes de un ministerio sagrado o consagradas a una divinidad de la fertilidad, simbolizada por el toro o el toro mismo, compiten en un espacio dependiente de un santuario con el animal, previamente domesticado, haciendo valer su destreza y su fuerza, para que, una vez finalizados los ritos, el sacerdote de mayor rango sacrifique la bestia en honor del dios o con el fin de hacer valer la potencia mágica de su sangre.

Tal vez la *Parisiense* o una de las *Damas en azul*, representadas en los frescos palaciegos, es una mujer de la corte que se acicala durante horas para presenciar desde su palco el espectáculo preferido de esta sociedad y aplaudir a sus héroes y heroínas, ídolos del momento, cuya fama corre de boca en boca y de los que envidia su agilidad y valor, así como su fortuna y prestigio.

O por qué no sacamos del olvido las figuras del arriesgado cazador en terrenos salvajes y agrestes como el monte Ida y del mayoral que se cuida de las reses en la llanura, cuyas difíciles labores les obligan a enfrentarse al uro con todo tipo de medios y ardidés, en los que conviven la fuerza y la astucia.

Sobre estas diversas elaboraciones y otras más que podrían hacerse, los estudiosos, basándose en los documentos figurados conservados, han realizado distintas interpretaciones, orientadas sobre todo a intentar establecer el carácter sacral o lúdico de estos juegos.

Veamos brevemente algunas de estas opiniones:



**Sello minoico. Sacerdote sacrificando un toro**

El primer excavador de Cnossos, Evans, al publicar los materiales fruto de sus trabajos, extrajo como conclusión, influido en gran medida por las corridas de toros españolas, que se trataba de un espectáculo público de carácter cortesano e índole deportiva, que consistía en la realización de saltos acrobáticos sobre el toro por jóvenes de ambos sexos y que se celebraría en una especie de teatro; apunta también la idea de su posible derivación de una costumbre campesina y la probabilidad de que

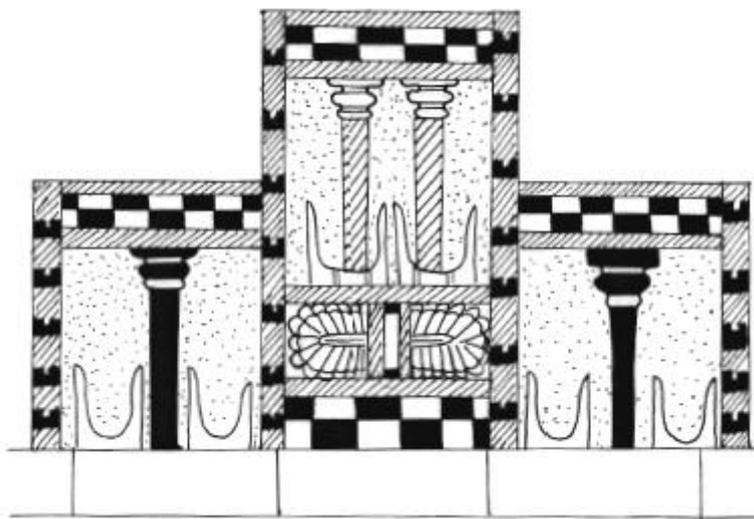
tuviera, al menos en un principio, algún carácter religioso y ritual y terminarán con el sacrificio del animal.

Nilsson, estudioso de las religiones antiguas, niega la existencia del culto al toro en Creta y habla de un deporte secular y profano extraordinariamente popular.

Otras ideas son las de Malten, para quien el ritual sacrificial se convierte en juego; Picard, autor que reconoce al toro como auxiliar y símbolo dentro de la religión cretense y señala la inexistencia de pruebas que permitan afirmar el carácter ritual de estos juegos; Persson, que inscribe estas escenas en festivales de primavera relacionados con la fecundidad que representaría el toro como símbolo del dios masculino; y Álvarez de Miranda, el cual presenta el problema no en la esfera del culto verdadero y propio, sino en el estrato difuso y multiforme del instinto mágico, de la magia generativa.

La verdad es que el estado actual de nuestros conocimientos no nos permite decantarnos con firmeza por ninguno de los criterios expuestos.

Ciertos datos, como el exagerado tamaño del animal y sus cuernos en las representaciones, los toros itifálicos, la abundancia de vasos de libaciones que tienen como forma su cabeza, los *cuernos de consagración*, los mitos griegos posteriores, etc., parecen otorgar un valor sagrado al toro pero otros documentos como el vaso de esteatita de Hagia Triada, en el que en su decoración se combina el juego del toro con ejercicios puramente atléticos de lucha y pugilato, se lo niegan.



***Edículo sagrado con cuernos de consagración. Fresco de Cnosos***

Otro tema de controversia suscitado gira en torno al sacrificio o no del toro como final de las acrobacias.

Con respecto a este punto, solamente se puede decir que en Creta existieron sacrificios de este animal como lo demuestra el esqueleto encontrado en una tumba de Arkhanes, a unos diez kilómetros de Cnosos, fechada por los arqueólogos poco

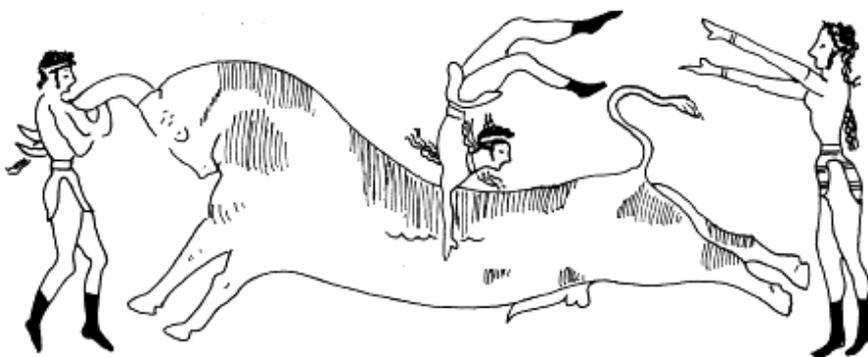
después del año 1400 antes de la Era, y nos ilustran el sello publicado por Evans y en el sarcófago de Hagia Triada, por poner tan sólo unos ejemplos; pero, en ningún caso, podemos, por el momento, asociarlos a las tauromaquias comentadas como culminación del ciclo.

Quizás la solución a este problema de significado deba buscarse en el transcurso del tiempo, que pudo muy bien convertir una tarea ganadera en un rito y, posteriormente, el rito en un espectáculo laico y deportivo, y en la variedad de contextos socio-económicos entre los pobladores de la isla, origen de un desfase temporal en el proceso anteriormente señalado.



***Sarcófago de Hagia Triada***

Si hasta el momento nos hemos ocupado de la mitología que el mundo grecorromano desarrolló en torno al toro y a Creta y del significado de unos juegos tauromáquicos que tuvieron lugar en la isla durante el periodo minoico, de los cuales solamente hemos dicho que consistían en la realización de saltos acrobáticos sobre el toro realizados por jóvenes de ambos sexos, hora es ya de extendernos con detalle en su forma de ejecución, en la medida que nos permiten los documentos que se han conservado.

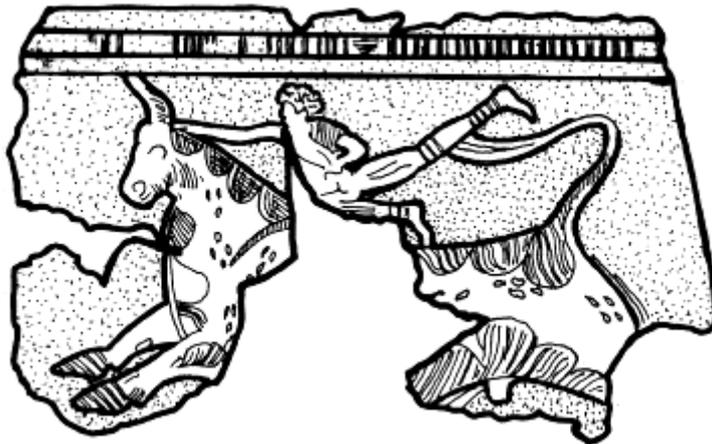


***"Fresco del torero". Cnossos***

Los distintos ejercicios ilustrados son al menos de cuatro tipos:

Sin duda, la representación más conocida es la del famoso *fresco del torero* de Cnossos, datable hacia el año 1500 a. C. y del cual todavía se duda si se pinta una sola escena o una serie en el tiempo.

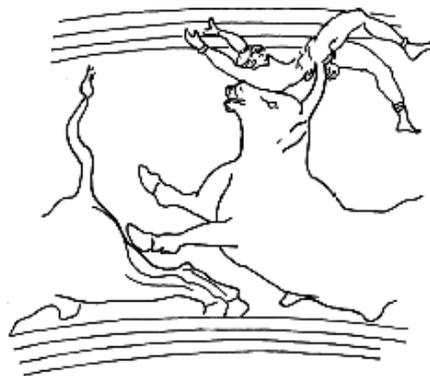
El tipo figurado en este fresco podría resumirse como el salto del hombre sobre la espalda del animal tras haberse impulsado con su levantamiento de cabeza, después de asirse el acróbata a los cuernos.



**Fresco de Tirinto**

En estos saltos el *torero* espera la embestida del animal y cogiéndose, con rapidez y de un salto, a uno o a los dos cuernos del toro, es levantado por el alzamiento de cabeza que efectúa éste para desembarazarse de su adversario; este impulso le permite situarse sobre la grupa del animal y, haciendo alguna pirueta sobre el lomo, puente o voltereta, desciende al suelo, donde es posiblemente esperado por un compañero.

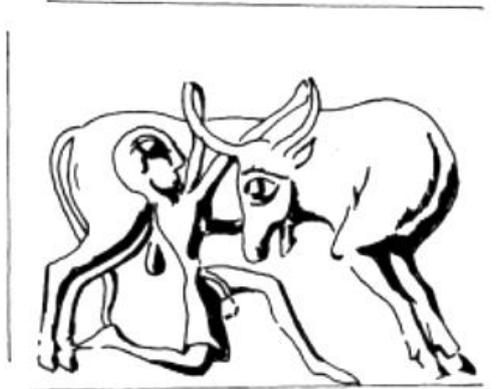
Algunas representaciones son manifiesto de acrobacias más sencillas, como los saltos laterales conseguidos corriendo al lado del animal, así el representado en un fresco de Tirinto, o más complicados y arriesgados, por ejemplo, el que aparece sobre el ya citado vaso de Hagia Triada.



**Vaso de Hagia Triada**

En esta obra de arte de la glíptica, el gimnasta, una vez que ha saltado sobre la bestia, suelta los cuernos y, sosteniéndose en ellos por los muslos, se tumba sobre el morro y, quedando con las piernas al aire y los brazos extendidos, espera el momento en que el toro le lance hacia atrás, recibiendo de esta manera el impulso necesario para saltar.

Otro ejercicio, más de fuerza que de destreza, si bien la habilidad no está totalmente ausente, consistía en, teniendo al toro fuertemente sujeto por los cuernos, echar todo el peso sobre su cabeza y con un poderoso esfuerzo hacerlo caer a tierra o, quizás, incluso matarlo mediante la torsión de su cuello.



***Sello de Phaistos***

Estos juegos cronológicamente, pueden situarse, como demuestran los toros de barro cocido con hombres asidos a sus cuernos de Kumasa y de Porti, desde finales del tercer milenio o principios del segundo antes de la Era, hasta finalizar la civilización minoica.

Además de la figura del saltador de toros, bien como persona consagrada al culto, bien como protagonista de un espectáculo, hemos recreado otros dos personajes, el cazador de uros y el mayoral que cuida de ellos.

Estos hombres y las faenas de su dedicación están, al parecer, magníficamente representados en las tazas de oro de Vaphio que, aunque halladas en el continente, en el área micénica parecen ser obra de un taller cretense.

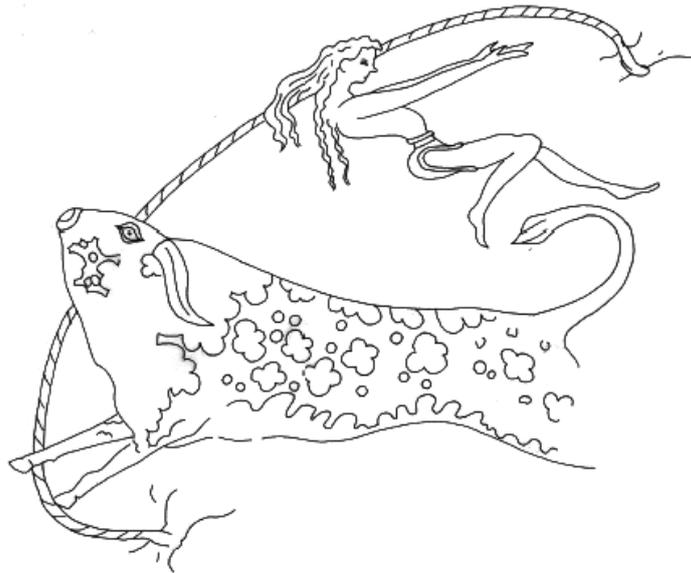


***Caza con red. Taza de Vaphio***

En estos dos maravillosos ejemplares de la orfebrería antigua se figuran otros aspectos de la tauromaquia: uno de ellos, la captura en la montaña entre rocas y árboles del toro salvaje con la ayuda de una red, en la que ha caído uno de los animales, mientras otro escapa y un tercero embiste a los cazadores, arrojando a tierra a uno de ellos y obligando a saltar para evitar la acometida a una joven sobre su lomo

apoyándose en los cuernos, acrobacia que ya hemos visto en los gimnastas; en el otro, el bóvido es cazado a lazo por una de sus patas posteriores, al mismo tiempo que se desarrollan pacíficas escenas de llanura o de engaño con una vaca doméstica.

Otro documento, una placa de cristal de la sala del trono del palacio de Cnossos, suele considerarse también como una ilustración de caza, en la que el método empleado es una cuerda tendida delante del animal para hacerle tropezar y caer en su carrera.



**Placa de cristal. Salón del trono de Cnossos**

El acróbata, que al mismo tiempo salta sobre él en este grabado, induce a algunos autores a incluir la escena entre las inspiradas en los juegos.

Todos estos juegos, y tal vez ritos, del toro, si bien alcanzan su mayor expresión en esta isla egea, no fueron exclusivos del mundo minoico, estando atestiguada su práctica en otros lugares, así en la Grecia continental, en el mundo micénico.

Baste citar como ejemplos de esta *cultura del toro* en el ámbito prehelénico los frescos de Tirinto, los vasos de Vaphio y los términos *Ἡρα* y *ἠρωῆς* cuyos significados primitivos son, en opinión de Van Windekens *ternera* y *toro joven* respectivamente, abundando en el primero el apelativo *βοῶπις ποτνια*, *con ojos de vaca*, que suele asociar Homero a esta diosa.

Mención aparte merece Chipre, donde el culto al toro o el empleo de éste como símbolo de la divinidad se atestigua en los santuarios de Ayia Irini, con figuras que reproducen toros y sacerdotes llevando una máscara en forma de la cabeza de este animal; Meniko, en el que se han encontrado estatuillas de este bóvido en número importante; y Enkomi, lugar sagrado donde numerosos cráneos de toros y bueyes se esparcen por el suelo y las representaciones del dios son seres humanos tocados con un casco con cuernos, símbolo que se asocia con seguridad a la idea de fertilidad.

También es chipriota un *rhyton*, hallado en Kition, en cuya zona media se representa una captura de toro con dos grupos de cazadores, escena asimilable a las comentadas en las tazas de Vaphio.



***Escena de caza del rhyton en fayenza de Kition. Siglo XIII a. C.***

Creta, esa pequeña porción de tierra enclavada entre las aguas del Mediterráneo, nos ha abierto los ojos a un nuevo aspecto de la tauromaquia, el juego que quizás ya existió entre las sociedades comentadas en el capítulo anterior y que tal vez representan los sellos minorasiáticos que en él describíamos.

Nuestra intención no ha sido (y entendemos que, si hubiéramos situado aquí nuestra meta, las limitaciones de todo tipo nos habrían dejado en el camino lejos de ella) desvanecer las dudas y encender una luz en las oscuras tinieblas de la mentalidad cretense, tan sólo hemos formulado las preguntas y hemos contestado a ellas con diversas posibilidades, más o menos verídicas, hijas muchas veces no de nuestro ingenio, sino del de otros autores, científicos como Evans o novelistas como Renault.

Así muchos interrogantes se abren y entre ellos destaca en mayúsculas su carácter, su significado: ¿laico y deportivo o sagrado y ritual? Esta cuestión, como hemos visto, arrastra tras de sí otras de también difícil respuesta.

Sí que creemos que ha quedado clara la idea de la existencia de dos mundos, el de la taurolatría y el de la tauromaquia, unidos entre sí por un complejo nudo que el tiempo debió ir enredando y desatando al mismo tiempo, dando nacimiento, por ejemplo, a las leyendas míticas que hemos narrado al introducir estas páginas.

Otro interesante tema de debate que se suscita es cuál fue el futuro de esta costumbre: ¿desaparición con la civilización que, habiendo sido su creadora o no, la llevó a la fama y transmitió a la posteridad su ejecución, o perduró de alguna manera siendo el origen de posteriores juegos como los tesálicos?

La tauromaquia minoico-micénica se nos ha mostrado en todo su esplendor con los vivos colores de los frescos, los finos grabados de los sellos y los cuidados relieves de la orfebrería, pero, como un hábil mago, ha desvelado las consecuencias y ocultado las causas y hoy, envuelta en un manto de enigmas, nos trae a la memoria el pensamiento de J. Rof:

*Allí estaban los toros en el campo desdeñosos, con la conciencia de una estirpe mágica. Que se burla de mitólogos, de psicólogos de las profundidades, de antropólogos, de todo lo que termina en lógica, en razón. El toro, irracionalidad pura. Y por lo tanto, clave escondida de lo que es en la razón su entraña*

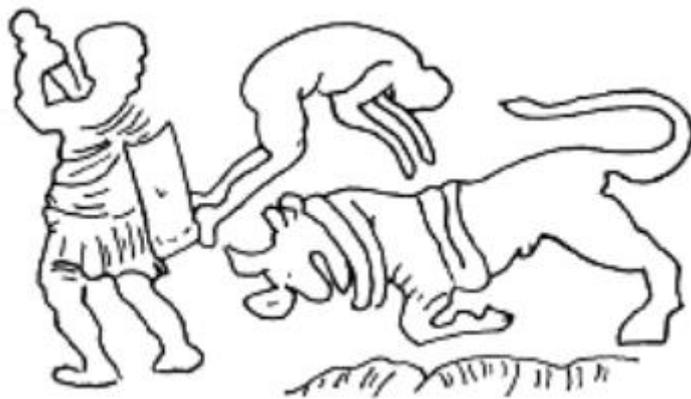
y la desaparecida Atlántida, isla real o imaginaria que se hundió en el mar como la vecina Thera (Santorini), donde, a decir de Platón, se cazaban y capturaban los toros bravos con ayuda de cuerdas.



## **MUNDO CLÁSICO: GRECIA Y ROMA**



***Penteo a Dionysos: Tú me apareces con el aire de un toro que va delante de mí y creo ver dos cuernos que han nacido sobre tu cabeza. ¿Eres en realidad un animal salvaje? En efecto, tienes forma de toro. (Eurípides, Las Bacantes).***



***Escena de una venatio. Relieve en terra sigillata***



Dos civilizaciones más cercanas a nosotros que las que han merecido nuestra atención hasta el momento, próximas no sólo en el tiempo y en el espacio, sino también en la cultura, de las que en gran medida somos herederos, conforman el mundo clásico.

Grecia y Roma, sobre todo, con todos los territorios que fueron parte de sus imperios, actuaron a modo de crisol donde se fundieron elementos autóctonos y foráneos de tipo religioso, social, económico, artístico, etc.

Esta conjunción de pueblos, formas de vida, ideas y modos de expresión dio como resultado una compleja mezcla que, hábilmente compensada y modelada por estas gentes, se convirtió en la gran obra clásica.

Estudiar la tauroatría y la tauromaquia en estas sociedades presenta en principio la dificultad inherente a la confluencia de diversas raíces, como la prehelénica y la etrusca, y aportaciones varias, principalmente orientales.

Nuevamente, como Teseo, nos encontramos en un laberinto, donde los pasadizos que pretenden evitar nuestra salida son las tradiciones de distinto signo contempladas. Nuestra corona luminosa y nuestro hilo de Ariadna serán los apartados, el tratamiento de los temas por bloques separados, de cuya posterior interrelación extraeremos los aspectos dominantes en la relación entre hombres y toros en estos años y lugares.

La primera división que, por razones de claridad en la exposición, nos vemos impulsados a realizar es la que marca las diferencias entre el mundo mítico-religioso y el mundo profano-lúdico, aunque creemos necesario anotar que la frontera de separación entre ambos contextos no siempre es, sobre todo en los tiempos remotos, lo suficientemente clara y estable.

El mundo mítico-religioso de la cultura grecorromana presenta una gran variedad que se refleja, por ejemplo, con perfección en este párrafo que J. Guillén dedica a Roma:

*Llega con todo ello la época de un sincretismo religioso en que subsisten en la misma ciudad los cultos más variados y en ocasiones opuestos entre sí. Con lo cual, el panteón romano viene a ser un inmenso museo donde se han recogido todas las piezas conocidas en todos los pueblos dominados.*

El toro seguirá siendo protagonista de la religiosidad popular en ritos mágicos, asociados principalmente a la idea de fecundidad, y objeto de culto, aunque generalmente la fase en que la divinidad es encarnada por el animal ha sido superada por el antropomorfismo y el toro es ya solamente símbolo de ella.

Este bóvido será también una de las víctimas preferidas para el sacrificio, sobre todo en las religiones místicas de origen oriental.

Comenzaremos, de la misma manera que lo hicimos en el capítulo anterior dedicado a la cultura minoica, por relatar brevemente aquellos episodios más importantes en que dioses y héroes, de un modo u otro, se asocian al toro, no haciendo divisiones entre la mitología griega y la romana por las razones anteriormente aducidas.

De Zeus/Júpiter hemos reseñado ya el episodio del rapto de Europa con el metamorfismo del dios en el animal. Conviene ahora añadir algo sobre el Júpiter Dolichenus, divinidad asiática cuyo culto se extendió por Occidente en el siglo II de la Era.

La característica que debemos señalar es su representación de pie sobre un toro, tipo propio de la mitología figurada de Oriente.



***Estela votiva anatólica con representación de Júpiter Dolichenus***

Hera/Juno simboliza los aspectos femeninos de la naturaleza y su nombre, como ya se ha dicho, debería, en opinión de Van Windekens, traducirse como *vaca* o *ternera*, traducción que, según este mismo filólogo, debe atribuirse al nombre Juno, del latín *junix*, *vaca joven* o *ternera*, pero no como resultado de la influencia del término griego, sino como herencia de una cultura preitálica inscrita en la *cultura mediterránea del toro*.

Del *Heraion* micénico dicen las fuentes escritas antiguas que estaba rodeado de praderas donde pastaban vacas consagradas a la diosa y las excavaciones arqueológicas efectuadas por Schliemann sacaron a la luz numerosas figuritas de terracota representando el animal favorito y, sin duda, simbólico de esta divinidad.

Núcleo destacado es el de los dioses solares, todos ellos relacionados, de un modo u otro, con los toros.

Helios/Sol/Apolo, dioses muchas veces asimilados, poseen cuantiosos ganados y en muchos lugares del mundo clásico se guardaban cabezas a ellos consagradas.



***Buey del Sol. Crátera corintia de figuras negras***

Episodios dignos de narrar son la condena de Apolo, por haber matado a los cíclopes, a pasar nueve años al servicio de un mortal, cuidando entonces los bueyes de Laomedonte; el robo de los bueyes inmortales, que guarda el dios, por el pequeño Hermes/Mercurio, quien descubierto, finalmente devuelve los animales y se reconcilia con su hermano; o el que le relaciona con Odiseo/Ulises (Homero, Odisea, Canto XII), cuando el Sol pide a los dioses vengar cruelmente el robo del que ha sido objeto por parte del héroe homérico y sus compañeros en la isla de Thrinacia, donde pasta su ganado, formado por siete grupos de cincuenta bueyes, blancos y con cuernos de oro y siete de cincuenta terneras.

También, los doce toros blancos de Augeas le están consagrados y, a veces, las reses de Gerión, de las que posteriormente hablaremos, son consideradas su propiedad.



***Rapto de los bueyes del Sol por Hermes. Cerámica griega de figuras negras***

La figura de Artemisa/Diana con frecuencia presenta un epíteto añadido, *Tauropolos*.

La diosa cazadora como Taúrica se relaciona con la leyenda de su emigración de la Taúride, nombre muy elocuente a este respecto, montada en un toro, considerado esta vez como elemento húmedo que da la fecundidad.

Poseidón/Neptuno, señor del mar ante todo, pero también divinidad bienhechora y fecundante en la tierra, no solamente es el dador del animal que, en su unión con Pasiphae, engendrará a Minotauro; es también el que provoca la muerte de Hipólito, ayudándose de este animal.



***Diana Tauropolos. Lámpara romana conservada en el Museo Británico***

Narremos brevemente esta leyenda: Hipólito, hijo de Teseo (nuevamente el vencedor del monstruo cretense mitad, hombre mitad toro) y de la amazona Atiope, como desdeñara el amor de su madrastra, Fedra, es calumniado por ésta, que le acusa de haber atentado contra su honor ante su esposo, quien acude a su padre, Poseidón, para que venga la ofensa inferida. El dios, mientras Hipólito conduce su carro por la orilla del mar, hace surgir de las aguas un toro que, espantando a los caballos, es causa de la muerte del joven al ser despedido del carro. Devuelto a la vida por Diana se convertirá en favorito de esta diosa.

El toro será una de las víctimas preferidas de Poseidón/Neptuno y muchos de los combates y carreras de estos animales conocidos en la antigüedad le son consagrados; así, probablemente en su honor, se celebraban los *taurokathapsia* y *taurotheria* de Larissa, en Éfeso; los jóvenes que hacían la libación de vino en la fiesta del dios se llamaban *tauroi*, los *tauretia*, a él dedicados, dan el nombre de *taureon* a uno de los meses del año en diferentes ciudades de Asia Menor, etc.



***Eros sobre monstruo marino mitad toro mitad pez.  
Relieve en un vaso de terra sigillata***

Pero, si existe algún dios que mantenga durante mucho tiempo una relación muy estrecha con el toro, éste es con toda seguridad Dionysos/Baco, entre cuyos símbolos este animal ocupa un lugar muy importante.

Es su emblema, expresando una triple idea de potencia y fuerza, animal generativo y personificación del principio húmedo, es montura del dios, es una de las formas bajo la que le gusta manifestarse; de ahí las representaciones campanas de Baco Hebon con cuerpo y cuernos de toro y cara humana barbada, y es uno de los animales que más frecuentemente se le sacrifica.



***Dionysos sobre el toro. Vaso griego de figuras negras.***

El señor del vino y de la alegría no es la única divinidad que aparece plásticamente figurada como un ser que condensa en sí los atributos humanos y taurinos, sino que un número importante de dioses-río, Gela, Aqueloo y otros, tomaron también esta forma.



***Lucha de Herakles y Aqueloo. Pintura de una vasija griega***

Deteniéndonos solamente en Aqueloo, hijo para unos de Océano y de Tetis y para otros de Helios y de Gea, el episodio que aquí interesa relatar es su lucha con Herakles/Hércules por obtener la mano de Deyanira, combate en el que, para enfrentarse a su adversario, toma la forma de una serpiente, la de un toro, y la de un hombre con cabeza de toro; vencido por el héroe, le es arrancado un cuerno que es consagrado por Hércules a las ninfas, quienes lo llenan de frutos y flores convirtiéndose en el *cuerno de la abundancia*.

Finalmente, otro dios recaba nuestra atención, Mithra, divinidad de origen oriental que se trasladó a Grecia y Roma.

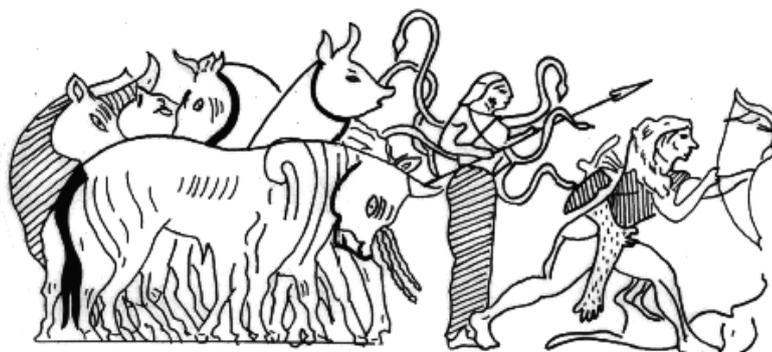


***Copa de Lanuvium con episodios de la caza y sacrificio del toro por Mithra***

Una de las fábulas más importantes, que se explica por la importancia que el mazdeísmo atribuyó al toro, el primero de los seres vivos creados por Ahura-Mazda, le asocia a este animal: Mithra doma al toro salvaje, pero, recibiendo del Sol la orden de matar a su prisionero, lo sacrifica con su cuchillo, naciendo del cuerpo de la víctima todas las especies vegetales. El malvado Ahriman envía al escorpión y a la serpiente con la orden de devorar los testículos y beber la sangre del animal, pero, al no haber logrado totalmente el objetivo, su semen producirá todas las especies de animales y su alma guardada por el perro, fiel compañero del dios, será divinizada y convertida en guardiana de los ganados.

Pero el toro no solamente se asocia a dioses y diosas, sino también a muchos de los héroes que pueblan la mitología grecorromana.

El más importante, a tenor de los textos y obras artísticas conservados y de los episodios taurómacos en que se ve envuelto, es Heracles/Hércules.



***Robo de los bueyes de Gerión por Hércules. Pintura de un vaso griego***

El héroe de la piel de león y de la *clava*, que victoriosamente se ha impuesto al toro cretense y a Aqueloo, será también, en el ciclo de los doce trabajos realizados durante la servidumbre bajo Euristeo, el ladrón de los bueyes de Gerión, monstruo de

tres cabezas, hijo de Crisaor y de la ninfa del Océano Calirroo que, propiedad de Helios, pastaban en la isla de Eritrea -parte de éstos le serán robados por Caco, siendo recuperados por Hércules, que mata al gigante con su maza-, y el encargado de limpiar el establo de Augeas, hijo del Sol y rey de Elis, poseedor de innumerables cabezas de ganado, entre ellas, doce toros blancos como cisnes consagrados a su padre, lo que conseguirá derivando el curso del río Alfeo.

Tampoco debemos olvidar a Jasón y los toros de Aetes. La leyenda conservada relata lo siguiente:

Jasón reclama el trono de Iolias a su tío Pelias, quien promete cedérselo si conquista el vellocino de oro. Se inicia la expedición de los Argonautas y entre los avatares que tienen lugar conviene destacar para nuestro propósito el acaecido en la Cólquida, donde Aetes accede a entregárselo si logra uncir a un arado dos toros con pezuñas de bronce que arrojaban fuego por el hocico, regalo de Hephaistos/Vulcano, arar con ellos el campo de Ares/Marte, sembrarlo con dientes de dragón y vencer a los gigantes con la armadura que debía producir tan extraña simiente.

El hijo de Aesón conseguirá superar la prueba con la ayuda de la hechicera Medea, hija del rey, que le proporciona un ungüento para protegerse del fuego de los toros y darle la fuerza suficiente para dominarlos, advirtiéndole que arrojase una piedra entre la simiente que debía producir los gigantes, los que luego se matarían entre sí.



***Jasón y uno de los toros de la Cólquida. Vasija griega de figuras rojas***

Todo esto, unido a las leyendas ya narradas al ocuparnos de la civilización cretense, retomadas y desarrolladas por la cultura clásica, nos sitúa ante una religión en la que el toro, o el buey en otras muchas ocasiones -analizando los textos se comprueba a veces una cierta confusión entre el auténtico significado de estos vocablos y su empleo-, es un elemento de primer orden.

Pasando por alto ahora los sacrificios y las fiestas de consagración y ritos culturales, en los que es víctima y protagonista respectivamente, vamos a detenernos en las conclusiones que pueden extraerse de lo comentado en las páginas anteriores.

Ante todo se manifiesta la permanencia de la idea del toro como principio fecundante, contexto en el que podrían muy bien incluirse las figuras de

Dionysos/Baco, que toma la forma de este animal, y de todos los dioses-río como Aqueloo, así como el animal sacrificado por Mithra, origen de todas las especies vegetales y animales, y de la del toro como potencia y fuerza en el Júpiter *Dolichenus* y en el enfrentamiento entre Jasón y los toros de Aetes.

La frecuente asociación de este animal al Sol, o lo que es lo mismo, su inclusión en la esfera celeste, quizás deba interpretarse en una creencia que, como en la mitología védica, los considera genios del fuego, sentido en el que entonces se incluirían también los toros dados por Hephaistos al rey de la Cólquida, aunque, dada la frecuencia de leyendas en las que el núcleo central de la narración es el rapto del ganado, tal vez simbolizen la luz, siendo este tema una alegoría del día y la noche, de la desaparición y renacimiento diarios del Sol; en estos términos, Aristóteles traduce el ganado del dios en la isla de Thrinacia como los trescientos cincuenta días y las trescientas cincuenta noches del año lunar.

El toro está, pues, abundantemente representado en su relación con todo el panteón grecorromano. Pocos dioses y héroes no tienen algo que les una a él en algún momento de su vida; muchas veces cambian los personajes y el escenario, pero la trama argumental sigue siendo la misma, las arcaicas ideas de potencia y fuerza, muchas veces expresadas en una naturaleza feroz y salvaje, otras ocasiones otorgadas por la divinidad, y las de virilidad y fecundidad, reflejadas ahora sobre todo en el mundo animal y vegetal.

Estos, que bien podríamos denominar *pensamientos naturales*, se mantienen como testigos de un fondo de primitivas creencias, al mismo tiempo que se renuevan con las aportaciones orientales.



***Rapto de Europa. Relieve de un vaso de terra sigillata***

Pero también un cambio importante se produce con el transcurrir de los años y está ya formando parte de este complejo mundo desde momentos muy tempranos: el paso del toro a un plano más secundario viéndose relegado por la *humanidad* de los dioses; dato interesante a este respecto es el cambio experimentado (con Acusilaos y otros autores) en la leyenda del rapto de Europa, no siendo Zeus/Júpiter el artífice de la acción, sino el toro cretense por él enviado.

Otra renovación será la ya comentada inclusión del toro en la esfera celeste, fenómeno que habíamos visto producirse también en el Egipto faraónico y en otras sociedades orientales.

De esta manera, la taurolatría, entendida en su estricto sentido, está prácticamente ausente en las comunidades griega y romana de época clásica, ya que el toro no encarna al dios sino que lo simboliza. Quizás pervivió por algún tiempo, más o menos dilatado, aunque más dentro de la magia que de la religión, entre el pueblo llano, al que los autores y artistas contemporáneos suyos apenas dedicaron su atención, circunstancia ésta que es el origen de nuestra pobreza de datos sobre estas gentes.

La tauromaquia, como enfrentamiento entre el hombre -en realidad dios o héroe-, y el toro sí estuvo representada por personajes como Mithra, Herakles/Hércules y Jasón.

El mundo religioso clásico no solamente empleó el toro como personaje de sus relatos míticos, sino que también muy frecuentemente este animal se vio inmerso en ceremonias rituales de todo tipo, principalmente como víctima de sacrificios.

Los términos *tauria*, *taurocholia*, *tauropolia*, *taurophonia* y *taurokathapsia*, griegos son todos nombres de diversas fiestas celebradas en honor de distintas divinidades con algo en común que queda claramente patentizado en la raíz de los términos que las evocan, el toro.

Brevemente, a continuación expondremos lo que de ellas sabemos, que no es mucho, para extraer posteriormente las conclusiones pertinentes al tema que interesa este libro.

Los *tauria* eran fiestas celebradas en honor de Poseidón, dios en cuyo culto el toro tiene una gran importancia, en las que los jóvenes escanciadores recibían el nombre de *tauroi*, identificándose con el animal compañero del dios y, sin duda, en la concepción original, con el dios mismo. Tenemos noticias de la celebración de *tauria* en Éfeso.

En honor de Artemisa *tauropolos* son, según Hesiquio, otras dos fiestas de las que apenas tenemos referencias, los *taurocholia* de Cizico y los *tauropolia*, cuyo lugar de celebración desconocemos.

Como ya habíamos anunciado, apenas tenemos datos sobre estos juegos y ceremonias, tan sólo la mención a la divinidad que se honraba y la ciudad en que tenían lugar, y no en todas las ocasiones; así, los *taurophonia*, que se celebraban en Anaphe, en las Cícladas, y en Mylasa; en Caria, cuyo carácter religioso está demostrado por las inscripciones, no sabemos a qué dios o diosa estaban dedicados.

Más información tenemos sobre los *taurokathapsia*, competiciones agonísticas de las que nos ocuparemos en el bloque del mundo profano-lúdico, pese a que en sus orígenes, como también comentaremos, pudieron tener un carácter cultural.

Del ámbito romano se nos conservan referencias de los *taurii ludi*.

Tres autores son la fuente de nuestros conocimientos sobre estos *taurii ludi*, juegos celebrados en Roma: Servio, que nos transmite su ordenación *e libris fatalibus*; Festo, informante de su dedicación a los *dii inferi*, dioses infernales de la vida subterránea, de los muertos, y Tito Livio, historiador romano que menciona la celebración de unos con una duración de dos días en el año 563 (186 de la Era).



*Relieve de Esmirna representando un taurokathapsion*

Conocemos, pues, algunos nombres -*tauria*, *taurocholia*, *tauropolia*, *taurophonia*, *taurokathapsia* y *taurii ludi*-, claramente significativos al respecto, algunas dedicaciones -a Poseidón, a Artemisa *Tauropolos* y a los *dii inferi*-, dioses cuya relación con este animal ha sido ya comentada, y algunos lugares -Éfeso, Cizico, Anaphe, Mylasa y Roma-, donde se celebraban fiestas de carácter religioso en las que el toro jugaba un papel importante.

Tal vez existieron otras, con distintas denominaciones, en honor de estas mismas o diferentes divinidades, cuya celebración tuviera como escenario las mencionadas ciudades y otras, más o menos alejadas. Debemos insistir de nuevo en que, lamentablemente, carecemos casi por completo de noticias sobre los actos que en ellas se realizaban.

Solamente podemos suponer, sobre la base de los datos que poseemos del desarrollo de los *taurokathapsia*, conservados largo tiempo en ambientes ya profanos, que en ellos, como parte integrante, debieron ser muy comunes los juegos tauromáquicos que enfrentaban hombres y toros, con una uniformidad más o menos marcada o con muy diversas modalidades.

El toro, como víctima de sacrificio, es también una constante muy repetida en las ofrendas clásicas a las divinidades.

Toros y bueyes son inmolados a Helios/Apolo, Poseidón/Neptuno, Dionysos/Baco, Herakles/Hércules y a otros dioses y diosas, sobre todo a aquéllos, que

de un modo u otro, hemos visto ya relacionados con estos animales en múltiples ocasiones y por razones diversas. Pero, además de estos sacrificios en los que los bóvidos –no hay que olvidar que también con frecuencia son vacas o terneras en los ofrecimientos a Hera/Juno-, son muertos por los sacerdotes en ceremonias sacrificiales no determinadas; por otra parte, conviene señalar otros rituales con características propias.

Sin detenernos en las hecatombes (*hekatombia*), ofrecidas a diversas divinidades, principalmente a Helios, Athenea y Hera, palabra que en su origen significaba la inmólación de cien bueyes y que, con el paso del tiempo, se aplica a otros sacrificios, ni en las *suovetaurilia*, dedicadas sobre todo a Marte e incluidas siempre también en todas las *lustrationes*, en las que las víctimas son los tres animales principales del ganado: el cerdo (*sus*), la oveja (*ovis*) y el toro (*taurus*), pasaremos directamente a ocuparnos de los *taurobolia*.



**Relieve romano en el que se representa un sacrificio**

Aunque bastante antiguos, su imprecisa fecha de edición hay que situarla en la primera década del siglo XX; el estudio de E. Espérandieu, publicado como una voz en el *Dictionnaire* de Ch. Daremberg y E. Saglio, sigue siendo hoy una referencia obligada para el conocimiento del origen y evolución, así como del desarrollo y fines de los *taurobolia*; es por esto que en este apartado seguiremos en gran medida las opiniones vertidas por este autor en el mencionado escrito, cuya definición de *taurobolium* aquí transcribimos:

*Se designa por esta palabra el sacrificio de un toro; pero el taurobolium difería del sacrificium en que era, ante todo, un bautismo por la sangre.*

De origen geográfico y cultural incierto, el primero conocido, del año 134 de la Era, tres siglos después de la introducción en Roma del culto a Cibeles, fue dedicado a Venus *Caelestis* de Cartago, lo que, en opinión de M. Cumont, relacionaría esta ceremonia con la diosa irania Anahita, divinidad que se identificó con Afrodita/Venus, con Cibeles/Magna Mater e, incluso, con Artemisa/Diana.

Las ceremonias posteriores se integran en los misterios de Cibeles y Attis, de origen oriental, concretamente frigio, pudiéndose pensar también en alguna relación de esta práctica con Mithra, ya que la extensión del *taurobolium* y el mithraicismo son coincidentes.

Sí que podemos, en cambio, describir, basándonos sobre todo en los textos de Prudencio y en las inscripciones antiguas, la forma en que se practicaba.

La persona que debía recibir el *taurobolium*, vestida con una túnica de seda que se ajustaba a la cintura dejando toda la parte superior del cuerpo al descubierto, y tocada en su cabeza con una mitra y con una corona de oro, entraba en una fosa cubierta con una plancha perforada, sobre la que se sacrificaba el toro, adornado para la ocasión con una banda en la frente y guirnaldas y hebras de lana suspendidas de los cuernos, muchas veces dorados.

El toro era inmolado clavándole en el pecho un largo cuchillo, que se abría en dos hojas, una de ellas curva en forma de arpón.



***Cuchillo de taurobolium***

La sangre, que brotaba de la gran herida inferida al animal con este arma y que caía sobre el suelo agujereado, se colaba en la fosa, impregnando todo el cuerpo del devoto, que, de esta manera, era objeto de una regeneración purificadora, de un renacimiento místico, que recibía el nombre de *natalicium*.

Una procesión con las personas que iban a ser bautizadas y las víctimas, acompañadas de *apparitores*, músicos, adoradores de la diosa frigia, miembros del *ordo* municipal, funcionarios del emperador y de la ciudad -en todos los *taurobolia* públicos (los había también privados), las víctimas eran inmoladas por la conservación del emperador y la familia imperial-, sacerdotes, servidores, etc., así como el rezo de oraciones debían preceder al sacrificio.

Sabemos también que los *taurobolia* duraban largo tiempo, por lo que el desfile procesional, las plegarias y la muerte del animal con el consiguiente bautismo de sangre del fiel o de los fieles, no debieron ser los únicos actos.

Muchos de estos actos no los conocemos, pero sí tenemos referencias de una segunda ceremonia, la consagración de una parte del animal, designada con el término *vires*, cuya correspondencia anatómica no está clara: ¿la sangre, los cuernos, los testículos?, y de otra, llamada *mesonyctium* (*en medio de la noche*), cuya naturaleza queda hoy todavía por esclarecer.

Un detalle importante también a considerar es su muy general asociación con el sacrificio de un carnero, *el criobolium*, palabra que en su sentido propio designaba la

acción de cazar este animal, lo que, por analogía, hace suponer que originariamente el término *taurobolium* designara la persecución y captura del toro.

En las inscripciones se encuentra, frecuentemente, el vocablo *tauropolium* y también la forma *tauripolium* que, probablemente, no son más que una deformación popular del anterior, pero que, para el estudioso M. Cumont, habría que poner en relación con Artemisa *Tauropolos*.



**Altar taurobólico de Périgueux**

El análisis de las inmoluciones de toros en la Antigüedad grecolatina, que debe siempre hacerse tomando en consideración la divinidad en honor de la cual se ofrece la víctima, nos ofrece un dato de interés a tener en cuenta sobre todo, la existencia de dos mundos separados, el del animal víctima indiscriminada de cualquier sacrificio, especialmente a los dioses que lo tienen por símbolo, y el que, representado por las religiones místicas lo liga a la idea de la fertilidad, basándose en la concepción arcaica del valor mágico fecundador de la sangre.

El toro y el hombre siguen confluyendo en la vida religiosa de los griegos y romanos de la época clásica, siendo un encuentro en el que el punto de referencia no es la adoración del animal en sí mismo como depositario de la fuerza vital y la potencia generativa.

Ahora, si llevamos a cabo un análisis superficial, el panorama taurino en este campo se reduce, ayudado por un proceso mental mucho más elaborado, al considerar este animal como un símbolo de las divinidades o un producto de ellas, creado con algún fin concreto, cuando no una posesión, y al ser la bestia contra la que algunos héroes deberán enfrentarse. Ambos modos de ver al toro se reflejan en los episodios mitológicos, al mismo tiempo que se le relega a ser un personaje, de mayor o menor rango, que participa, siempre supeditado a los dioses y a los hombres, en las ceremonias y rituales como animal consagrado, celebrado o sacrificado.

Podíamos, de esta manera, decir que el toro ya no es *dios* e incluso muchas veces siquiera es *divino*, pero cometeríamos el error de haber atendido solamente a un momento cronológico avanzado, ya que si profundizamos en las leyendas, yendo más allá del relato, de las palabras, y en las actuaciones sacrales en las que interviene, por debajo de los convencionalismos impuestos por el tiempo y las normas, el fondo de pensamiento arcaico se muestra ante nosotros en dioses, ahora *humanizados*, que originariamente fueron toros, y en ritos mágicos que intentaban obtener para el hombre el beneficio de los principios naturales que este animal poseía.

Sobre este entramado de ideas primitivas se bordó, sin duda, gran parte de la religiosidad grecorromana con el hilo y los colores de un panteón cada vez más numeroso y antropomorfizado, y por ende, mucho más elaborado y complejo, y con la aguja de unas clases políticas y sacerdotales que habían avanzado a grandes pasos en su organización y poder, tomando de esta manera un carácter más terrenal y, por qué no decirlo, más profano.

En momentos más avanzados, la entrada y difusión de algunas creencias y prácticas orientales, representadas sobre todo por el mithraicismo y los *taurobolia*, despertaron algunos pensamientos dormidos, reavivando la llama de algunas antiguas concepciones que hacían del toro algo más elevado que un animal.

Pero la cultura clásica no fue solamente religión, literatura y arte, fue mucho más, una compleja sociedad cuya vida estaba hecha de la variedad de ocupaciones y costumbres, y así, junto con las fiestas religiosas, que hemos ya comentado, se celebraron con frecuencia otras profanas, alcanzando en la civilización romana los juegos de espectáculo, sobre todo por razones políticas de prestigio y propaganda, cotas elevadas de brillantez, magnificencia y asiduidad. Podemos con R. Auguet escribir que:

*... los juegos figuraban entonces entre los aspectos más corrientes de la vida pública. Podemos decir, incluso, que la invadieron. Determinan el vacío y la afluencia en la ciudad, el silencio y el alboroto. Imponen un ritmo a la existencia y suministran alimento a las pasiones. Todo el mundo espera el espectáculo con impaciencia, lo comenta, lo aplaude, lo abuchea con frenesí. Por costumbre, por ociosidad, por fanatismo, un pueblo entero se hacina en los graderíos del circo o del anfiteatro, como en un templo con ritual propio....*

Abandonemos ahora Roma, olvidemos por el momento la arena de los anfiteatros y circos de esta ciudad y de tantas otras que fueron parte de su imperio mediterráneo, silenciemos el clamor de los espectadores, el griterío de los vendedores y los lastimeros quejidos de los hombres y fieras agonizantes, cerremos los ojos a los lujosos vestidos y joyas de los poderosos, a la pobreza y suciedad de la muchedumbre plebeya y a la sangre derramada que, todavía caliente, empapa el albero de estos escenarios, dejemos de oler el aroma de los perfumes que exhalan la piel, pelo y ropa de los ricos, la fragancia de las plantas y flores que adornan el edificio, el hedor de los cuerpos y *trapos* de los humildes y el vaho que sube de la sangre.

Volvamos al mundo griego y asistamos a uno de los espectáculos tauromáquicos más antiguos, los *taurokathapsia* o las *taurakathapsia*, la utilización de los vocablos *τά ταυροκαθάψια* o *ή ταυροκαθάψια* son indistintas, y los *taurotheria*.

Estos términos designan unos ejercicios tauromáquicos que en época helenística y romana se celebraban en ciudades de Tesalia y Asia Menor sobre todo.

Los relatos de Heliodoro y de algunos otros autores describen su desarrollo. El ejercicio o juego, -tenía parte de los dos-, consistía en perseguir a caballo un toro a la carrera para después lanzarse a sus cuernos y, asiéndose a ellos y haciendo uso el hombre de todas sus fuerzas, echarlo a tierra.



**Relieve de un vaso de terra sigillata representando una escena de una venatio**

Su origen es incierto, tanto la época como el lugar de su creación, e incluso su carácter.

Tal vez se puede establecer un lazo de unión con los *juegos de toros* del ámbito egeo prehelénico, es decir, con las acrobacias que sobre este animal realizaban los saltadores de los frescos de Cnosos y de Tirinto, del vaso de Hagia Triada, de las tazas de oro de Vaphio, de los sellos encontrados en diversos lugares de Creta, pero la presencia del caballo hace diferentes estas manifestaciones, lo cual puede deberse bien a una simple evolución de las costumbres, ya que un ejercicio de destreza y fuerza muy semejante habíamos visto representado en la plástica minoica, o bien indicarnos un desligamiento absoluto de ambas manifestaciones, haciendo de ellas dos fenómenos totalmente independientes.

Su posible significación religiosa se apunta por la general raíz ritual de todos los juegos clásicos; baste citar como ejemplo el nacimiento de los combates de gladiadores como rito funerario o, al menos, inscritos en los juegos fúnebres con que tradicionalmente se cerraba el periodo oficial de luto en honor de un gran personaje fallecido. La inscripción de Larissa, les hace figurar dentro de las fiestas en honor de Zeus *Eleutherios*.

Este asunto de la sacralidad o no de las *taurokathapsiai* es una de las más controvertidas entre los estudiosos del tema, siendo la opinión más generalmente

aceptada la que habla de alguna relación, al principio, entre éstas y el culto a ciertas divinidades, sobre todo a Poseidón, relación que se va haciendo con el tiempo cada vez más tenue, hasta borrarse, pudiéndose explicar su inclusión en algunas fiestas en honor de dioses como tantos otros números y concursos profanos que encontraban su lugar en estos programas.

Al comentar los juegos cretenses hacíamos mención a las fuentes que nos los ilustraban y proponíamos la identificación de los personajes participantes en el espectáculo. Hagámoslo aquí también y además con la ventaja de ser mayor el número de datos que poseemos.

Textos de Heliodoro, Plinio, Palaephates, Suetonio y Artemidoro nos relatan de un modo más o menos extenso las características de los *taurokathapsia*; inscripciones de Larissa, Aphrodisias, Sinope, Ancyra, Caryanda y Atenas conservan datos sobre ellos en sus escritos y relieves, y monedas de varias ciudades tesalias utilizan como tipo un joven asiéndose a los cuernos de un toro a la carrera.



**Luchador de toros. Moneda de Larissa (Tesalia), 400-360 a. C.**

Los personajes que intervienen en la escena son los espectadores, cuyo carácter debió variar de fiel o devoto a simple admirador, al mismo tiempo que cambiaba también el de estos *agones* tauromáquicos, y los actuantes, caballos, toros y hombres. Estos últimos, que son los que nos interesan, si aceptamos la sacralidad original de los juegos, serían en un principio personas del ministerio sagrado; más tarde, cuando el ejercicio es ya meramente un espectáculo profano, los textos de los autores clásicos y las inscripciones nos hablan de los *taurokathaptai*, asimilados a los gladiadores y de origen servil, pero también de jóvenes ciudadanos dedicados a este deporte, y del *tauroferetes*, presidente nombrado de los juegos, encargado de suministrar los toros y repartir al pueblo la carne de uno de estos animales, que se mataba al finalizar los actos.

Este ejercicio gimnástico, en el que la destreza como jinete y luchador y la fuerza para vencer al toro serían aplaudidas, debió tener una fuerte implantación, gozando del favor popular en Tesalia y Asia Menor durante la época helenística. De allí se trasplantó al orbe romano entrando a formar parte de los *ludi*, que gobernantes de

la República y emperadores ofrecieron al pueblo en festividades religiosas, conmemoraciones victoriosas, etc., haciendo de ellos el instrumento de dominio que define Juvenal en sus palabras *panem et circenses*.

Entramos ya de lleno en el mundo de los juegos romanos, en la más perfecta conjunción de *crueledad* y *civilización* en expresión de R. Auget.

El panorama del espectáculo en época romana, sobre todo imperial, es amplio en cuanto a su variedad. Si conocidos son los combates de gladiadores y las carreras de cuadrigas, otros como las naumaquias, las representaciones teatrales y las *venationes* asombraron e hicieron las delicias de un gentío deseoso de diversión y muchas veces ávido de sangre.

El hombre, de una u otra raza, de cualquier pueblo, es protagonista de todos estos juegos: es el hoplómaco, el samnita, el tracio, el retiario que mata y muere, es el auriga que anima y fustiga los caballos hacia la meta, es el falso guerrero que lucha desde su nave, es el actor que, según el papel asignado, se convierte en dios o en héroe o sigue manteniendo su naturaleza humana, y es el cazador que acecha y da muerte a los animales.

Son el toro, doméstico o salvaje, y el uro que describe Julio César en sus *Comentarios a la Guerra de las Galias* en los siguientes términos:

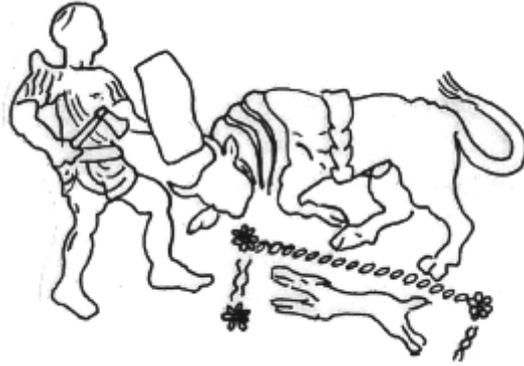
*Son un poco más pequeños que los elefantes, pero se parecen al toro por su aspecto, su color y su traza. Son rápidos y fuertes y atacan a los hombres y a los animales. Los germanos los cazan encarnizadamente colocando trampas en grandes fosos; así los jóvenes se adiestran y endurecen y, llevando los cuernos de los que han matado, adquieren por ello un gran prestigio. Estos animales, incluso capturados de poca edad, no se domestican nunca ni se acostumbran al hombre. Sus cuernos son muy diferentes de los de nuestros bueyes por sus dimensiones, su forma y su aspecto. Los indígenas los aguardan con aprecio para adornarlos con un borde de plata y utilizarlos como copas para beber en los festines ceremoniales.*

Solamente forman parte de tres de estos espectáculos: las *venationes*, donde se enfrenta con otros animales y contra el hombre, las ejecuciones de condenados y las representaciones teatrales que bien podíamos denominar *de sustitución*.

Las *venationes* que habría que incluir más dentro de los *munera* como las luchas gladiatorias que dentro de los *ludi*, hasta el punto que un *munus* imperial no parece completo y normal si no forma parte de él una *venatio*, podrían definirse como todos aquellos espectáculos de anfiteatro y circo en los que intervienen animales, ya que no solamente son las cacerías ficticias que, a imitación de las reales, se celebraban en la arena.

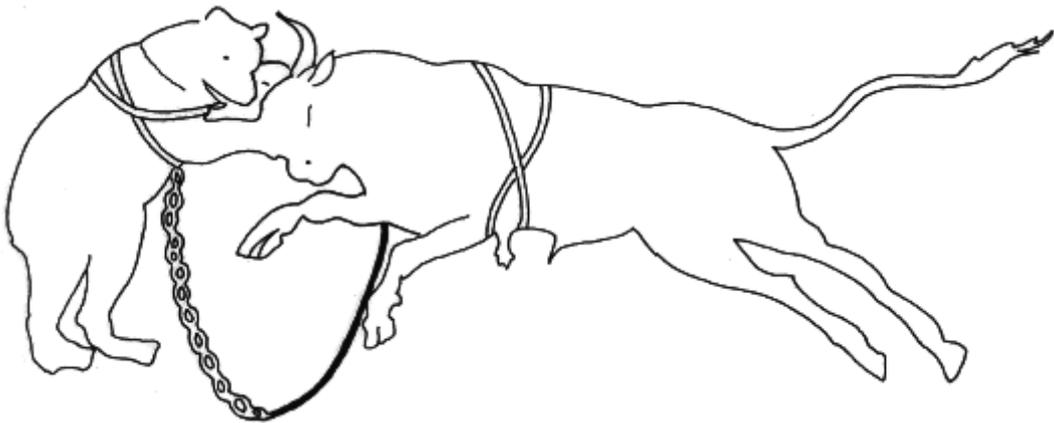
La primera conocida es la ofrecida en el año 186 a.C. por Marco Fulvio Nobilior para celebrar su victoria sobre los etolios; a partir de este momento, su número fue creciendo progresivamente, convirtiéndose en un divertimento frecuente y repetido en numerosas fiestas.

Están registradas tres formas de practicarla: la simple presentación de fieras extrañas y exóticas, capturadas en lugares alejados; la lucha entre animales de la misma o distinta familia, pudiendo estar los contendientes totalmente libres de movimientos o encadenados entre sí; y el combate entre bestias y hombres, bien por grupos, bien por parejas.



**Escena de una venatio. Relieve de un vaso de terra sigillata**

Los animales fueron muy diversos: jabalíes y osos de Centroeuropa, leones y elefantes africanos, cocodrilos e hipopótamos de Egipto, cabras hispánicas, etc. y, entre ellos, toros salvajes que suministraban sobre todo los bosques y praderas europeos y chipriotas.



**Mosaico de la villa de Zliten. Museo de Trípoli**

Ya en las *taurokathapsiai* helenísticas, tal vez anteriormente en los juegos minoicos y micénicos, y con seguridad en estos *munera* romanos, el toro está encuadrado en la esfera profana. Las razones de esta transformación son explicadas por A. Álvarez de Miranda de esta manera:

*Este tratamiento mágico del toro es de una radical degradación desde el punto de vista religioso. Si en las religiones nacionales el toro sólo puede perdurar como símbolo y en las místicas como víctima, en la magia popular el toro sólo puede mantenerse a condición de transformarse, de desaparecer como objeto religioso, introduciéndose en*

*la esfera profana. El germen lúdico que posee por naturaleza favorece este tránsito. Al no existir ninguna referencia a la divinidad, fenómeno frecuente en la magia, se llega a perder la conciencia del carácter religioso del antiguo rito, y esta pérdida de conciencia religiosa, unida al creciente descubrimiento del valor de su carácter lúdico, termina por encuadrar al toro en la esfera profana.*

La tauromaquia romana revistió varias modalidades, algunas de ellas herencia de ciertas culturas, otras, en cambio, originales.

De origen griego son los juegos que, a decir de algunos historiadores, fueron introducidos en Roma por Julio César, en los que los hombres demostraban su agilidad, destreza y fuerza saltando sobre el toro, que corría, desde un caballo al galope sobre el que montaban para, cogiéndose a sus cuernos, hacerle bajar la cabeza al suelo y derrumbarlo, o incluso romperle el cuello. Claramente se trata de una reproducción de los *taurokathapsia* helenísticos de Tesalia y Asia Menor.

Sin precedentes, al menos conocidos, son los combates entre animales a gran escala, -pequeñas luchas como las peleas de gallos que sí se registran en el mundo griego-, ya por grupos, ya por parejas, de la misma o distinta familia.

Estas tauromaquias, término que debió aplicarse en la antigüedad concretamente a estos enfrentamientos, oponían toros con toros o, más comúnmente, con otras fieras, sobre todo osos y felinos como la pantera o el tigre, aunque también se atestiguan sangrientas luchas de uros con rinocerontes y elefantes.

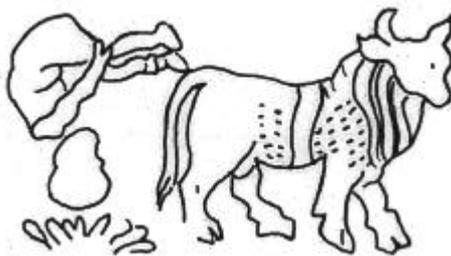
Los adversarios podían estar totalmente libres o atados entre sí para impedir que pudieran eludir el encuentro y dificultar sus movimientos.



***Representación de una lucha entre toro y oso. Decoración del disco de una lucerna romana del siglo I de la Era***

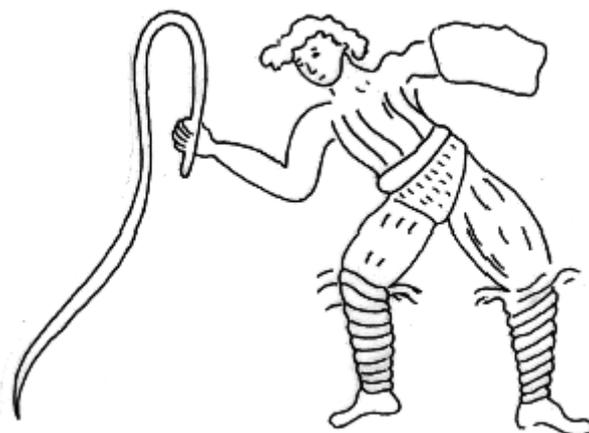
Otra modalidad, en la que los oponentes eran los toros y los *venatores* o *bestiarii*, que muchas veces reciben en concreto los nombres de *taurii* o *taurocentae*, puede muy bien tener sus precedentes en las cacerías que todos los pueblos practicaban para la obtención de alimentos y pieles y para llenar los momentos de ocio.

En estas *venationes*, muchas veces lujosas por la recreación del escenario natural con decorados complejos, el hombre debía demostrar su valor para enfrentarse a la fiera, su agilidad para eludir las embestidas de ésta y su vigor y fortaleza física para darle muerte. No reunir estas características significaba una cruel agonía hasta su final entre los cuernos de la bestia.



***Escena de venatio representada en un vaso de terra sigillata***

Una pregunta viene rápidamente a nuestra mente: ¿quiénes eran estas personas, de algunas de las cuales incluso conocemos su nombre?; tal es el caso del famoso Carpophorus, nombrado por Marcial, célebre por su fuerza y su habilidad en manejar la espada contra los toros negros de los bosques nórdicos. Y el correspondiente interrogante: ¿por qué arriesgaban su vida de esta manera?



***Relieve de un recipiente en terra sigillata representando un venator o bestiarius armado con un látigo***

Dos términos recogen los textos de los escritores de la época y la epigrafía: *venator* y *bestiarius*, cuya diferenciación, aunque no se puede afirmar con seguridad (para algunos estudiosos ambas palabras serían sinónimas), parece residir en que el primero es un voluntario asalariado que desempeña un oficio para el que está adiestrado y se enfrenta armado, mientras que el segundo es un condenado a muerte que combate con el animal sin previo entrenamiento y sin armas.

Pero también hemos nombrado otros personajes poco antes, los *taurii* o *taurocentae*, cuya función como luchadores, muy posible, no queda del todo clara, pero sí la de excitar al toro, ocupación que compartirían con los *succursores* y que permite describir, aunque sea brevemente, de la pluma de Marcial y de Cicerón, otra costumbre.

Estos dos autores, el bilbilitano Marcial en uno de sus *Epigramas* titulado *Liber spectaculorum*, y el romano Cicerón en su discurso *pro Caio Cornelio*, describen los modos en que estos animales eran enfurecidos e incitados a la lucha: perseguidos por perros, provocados con agujonazos, quemados con antorchas y engañados con trapos rojos y maniquíes hechos de paja y recubiertos de tela, los cuales eran llamados *pilae* u *homines foenei* y que se encuentran a veces representados en dípticos tardíos.

Otro método para estimular la violencia y fiereza del toro, no es mencionado por los autores clásicos, parece que debió emplearse como nos ilustran abundantes vasos con relieves a molde de *terra sigillata* de época imperial. En ellos, una banda rodea el cuerpo del animal y puede pensarse en un sistema semejante al usado en los rodeos americanos para encabritar al caballo; una faja de cuero que se coloca en el animal mojada y, al secarse y perder, en consecuencia, elasticidad y tamaño, oprime su cuerpo, produciéndole grandes molestias.



**Relieve de un vaso de terra sigillata con una escena de venatio**

Finalmente, hay que hablar de otros dos espectáculos romanos en los que interviene el toro, cuya característica más destacada y al mismo tiempo cruel es la indefectible muerte de la persona.



**Condenado. Relieve de un vaso de terra sigillata**

Se trata de algunas ejecuciones de condenados, que como castigo ejemplar fueron arrojados a las fieras. Desertores, cristianos y otros declarados *peligrosos enemigos de Roma* se vieron frente a leones, osos, panteras, toros, etc., inermes y sin posibilidad de defenderse, condenados a una muerte segura, lenta, infamante y cruel; ¿quién no recuerda a Blandina en Lugdunum (actual Lyon), aprisionada en una red, arrastrada y destrozada por un toro en un largo suplicio, en el año 177 de la Era, por el delito de ser cristiana? Mientras tanto, los espectadores en los graderíos disfrutaban con la vista de tan sangriento entretenimiento.

Si los hombres arrojados a las fieras en estas condiciones es una diversión que nos repugna y que no dudaríamos en calificar de sádica, ¿qué calificativo podemos dar para el refinamiento brutal que supusieron las representaciones en vivo de las leyendas mitológicas?

Muchas idealizaciones poéticas se plasmaron en sangrientas realidades, sustituyéndose el protagonista en el momento final en el que debía morir por un condenado. El rapto de Europa, y la unión de Pasiphae y el toro de Creta, fueron frecuentes en todo su realismo pero, sobre todo, la tortura de Dirce.



***El Toro Farnesio***

La leyenda narra como Amphion y Zethus vengan a su madre Antiope, encadenada y encarcelada por Dirce, la nueva esposa de su marido Lycus, quien la ha repudiado, por sospechar que éste sigue manteniendo relaciones con su anterior mujer, atando a Dirce a los cuernos de un toro salvaje, de la que existe una maravillosa representación en el conjunto escultórico que se guarda en el Museo de Nápoles, conocido como *Toro Farnesio*, obra de Apollonio y de Taurisco de Tralles, que fue a menudo la trama argumental de una impresionante tortura.

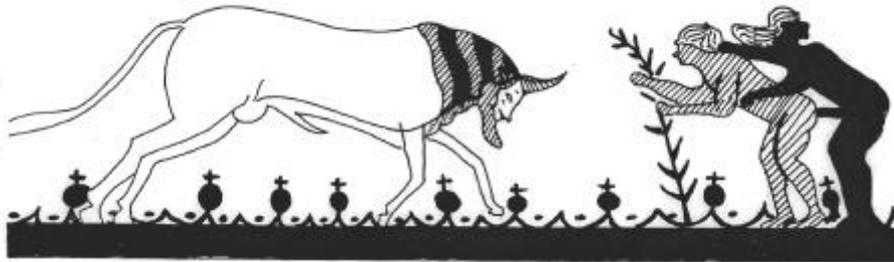
Durante milenios y con modalidades varias, el hombre veneró al toro como primera fuente de potencia y fertilidad, inspirándole este culto ritos mágicos complejos y sistemas religiosos, así como obras de arte de todo tipo.

Y, mientras esta idea primitiva iba perdiendo fuerza y quedaba cada vez más relegada ante una religión oficial que reducía el toro a símbolo de la divinidad, su mugido volvía a oírse cerca, en los lugares destinados a los espectáculos.

La tauromaquia ya no era la caza prehistórica en la que había que matar para no morir, ni la acrobacia cretense con una posible significación religiosa; era un juego, un deporte, en el que el hombre y el toro, o el toro y algún animal se enfrentaban.

Desconocemos si en los *taurokathapsia* los *taurokathaptai* daban muerte al animal como última demostración de sus cualidades; sí sabemos, en cambio, que en los *munera* romanos tenía que existir una víctima, el toro o el hombre, alguien debía morir, y, triste y brutalmente, ese alguien era a veces obligadamente el hombre, algún indeseable para la sociedad al que se le había destinado para tan cruel fin.

El mundo clásico, la cultura grecolatina, heredó de sus antecesores, minoicos, etruscos y orientales, sobre todo, la figura del toro en la magia, en la religión, en la caza y en el juego. Valga como ejemplo el ámbito etrusco en el que se testimonian también las cacerías de toros, y la idea de la asociación de la fecundidad a este animal, como ocurre en el vaso de Chiusi del siglo VI antes de la Era, y en algunas pinturas funerarias.



***Pintura en la Tumba de los Toros. Necrópolis de Tarquinia***

Paulatinamente, conforme sus esquemas mentales fueron variando, como siempre sucede en una sociedad en evolución, las ideas con respecto a este animal sufrieron importantes modificaciones.

El fenómeno experimentado puede resumirse en la progresiva pérdida de importancia de este animal en la esfera religiosa, con el consiguiente empobrecimiento de las manifestaciones taurólatras y en el imparable avance de su presencia en la esfera profana, en el terreno lúdico, que llevó consigo el enriquecimiento de las prácticas tauromáquicas.

Como acabamos de decir, el toro fue viéndose relegado a un papel cada vez menos destacado en el mundo sobrenatural. En la religión oficial no fue ya más que el símbolo o el acompañante de algunas divinidades; en el ambiente popular, en la magia de la fecundidad, debió pervivir como nos demuestran ritos y ceremonias que, cristianizadas, se han mantenido en Europa hasta nuestra época. Algunas de ellas, practicadas en España, como el *toro de San Marcos* o el *rito de Pina*, serán comentadas en el siguiente capítulo.

La tauromaquia, por el contrario, se engrandeció. El combate del hombre contra el toro encontró sus vías de expresión en las cacerías practicadas para la obtención de carne, pieles, hueso y asta, para la consecución de animales vivos para la arena y como divertimento, y en los espectáculos que, con gran variedad de actos y manifestaciones, utilizaron este animal como elemento lúdico y muchas veces, por desgracia, como verdugo.

Terminamos este capítulo desde el punto de vista del espectador con una anécdota de Trebellius Pollion que indica cómo se apreciaba mucho más, al igual que hoy, una muerte elegante por un solo golpe que una carnicería sangrienta, recogida por J. R. Conrad:

*La historia relata que en el curso de un combate en provincias, el venator había repetido diez veces para matar el animal. El emperador, informado de esta poco elegante hazaña, le habría otorgado no obstante, una corona, pero, habiendo protestado violentamente la multitud contra esta recompensa inesperada, el soberano habría hecho notar que la corona estaba bien merecida pues “es muy difícil fallar a un toro tantas veces”.*

## **ESPAÑA**



***La gran paradoja del toreo español consiste en que sólo cuando dejó de ser cuestión sacral comenzó a parecer sacrificio. (A. Álvarez de Miranda, Ritos y Juegos del Toro)***



***¿Escena de caza? Cerámica ibérica de San Miguel de Liria***



El último capítulo de este libro queremos dedicarlo a España, donde la tauromaquia, como arte de lidiar toros, se ha mantenido, y con gran potencia; aun sufriendo en determinados momentos históricos algunos altibajos, no ha desaparecido jamás. Esta es la idea que apunta J. R. Conrad al decir:

*La corrida está, sin duda, tan implantada en la tradición española que, a pesar de las críticas violentas y las presiones exteriores, ninguna tentativa seria se ha emprendido nunca para destruirla. Algunos han llegado incluso hasta decir que si un gobierno español fuera lo bastante insensato como para tomar medidas en su contra, sería rápidamente barrido de la escena política.*

Es la *fiesta* por excelencia, que ha llegado a convertirse en uno de los símbolos de este país tanto para nacionales como para extranjeros.

Ese ambiente especial, ese *algo* que ha trascendido de lo lúdico, ha calado tan hondo que se ha creado un vocabulario propio, amplio y rico, para designar los múltiples elementos que componen el espectáculo: *corrida, torero, banderillero, maletilla, espontáneo, traje de luces, verónica, tendido de sol*, etc., originando incluso expresiones comúnmente empleadas tales como *dar la puntilla, ser fuerte como un miura, salir por la puerta grande* y otras, siendo incluso tema de tonadillas populares como *El Relicario*.

Su significación le ha hecho ser consagrada por pintores como Francisco de Goya con sus célebres grabados de la *Tauromaquia*, Pablo Picasso con su serie de la *Minotauromaquia*, donde curiosamente el protagonista es el caballo del picador, o Marcelino de Unceta, uno de los pioneros más cualificados del género de los carteles taurinos, continuado por importantes artistas como Luis Calderón Jácome, también diseñador de carteles de la madrileña feria de San Isidro; por poetas de la talla de Federico García Lorca, autor del triste *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* con su fúnebre repetición de *a las cinco de la tarde*, o por novelistas renombrados como Prosper Mérimée, cuya *Carmen* inspiró la ópera homónima de Georges Bizet.

Estudios psicológicos, sociológicos, históricos, antropológicos, etc., han llenado numerosísimas páginas de libros, revistas y periódicos intentando responder a las cuestiones de su origen, evolución, significado, etc.

En las páginas que siguen, nuestra intención no va a ser contestar a todas las preguntas que plantea la tauromaquia española de tiempos pasados y la actual. Vamos a tener en cuenta muchos elementos que la conforman y muchas teorías e hipótesis que los estudiosos de distintas épocas han vertido sobre el tema, con el fin de posibilitar la comprensión de lo que ha sido y es la figura del toro en la cultura de este país.

Para ello, haremos un peregrinaje por nuestra historia observando el tratamiento dado a este animal.

Miraremos con detalle sus representaciones en las diversas parcelas artísticas, desde las pinturas rupestres levantinas hasta los actuales carteles taurinos, deteniéndonos sobre todo en las de las comunidades indígenas de época prerromana.

Leeremos meticulosamente los textos de historiadores, estudiosos y comentaristas desde Diodoro hasta los cronistas actuales.

Oiremos con atención los lejanos ecos de las leyendas populares y los cercanos debates de la polémica antitaurina.

Seremos invitados atentos a combates aristocráticos de la Edad Media, de corridas de nuestro tiempo y de juegos populares que tienen al toro como centro.

Asistiremos con interés a extraños ritos conservados en algunos pueblos, formando parte de procesiones, de disfraces en Carnaval...

Traspasaremos, movidos por la curiosidad, nuestras fronteras a la búsqueda de manifestaciones tauromáquicas de otros pueblos y así entraremos en las plazas americanas, admiraremos a los *forçados* portugueses y aplaudiremos a los luchadores franceses e italianos.

No nos preocupan aquí los tercios, las suertes, los muletazos, las innovaciones más o menos artísticas y espectaculares de algunas figuras del toreo, temas a todas luces interesantes y que no desdeñamos, pero que consideramos ajenos al propósito del estudio que en este caso nos ocupa; lo que nos interesa es el papel del toro en el mundo mágico, religioso y profano de España.

Dos enunciados, encabezamiento de otros tantos apartados, nos ayudan a estructurar el contenido de nuestro discurso sobre la relación entre el hombre y el toro en España: el primero, *la Prehistoria y la Antigüedad* y el segundo *desde la Edad Media hasta hoy*.

No se puede establecer ninguna diferenciación entre las actuaciones y modos de obrar de las sociedades prehistóricas de este territorio y del resto de Europa; sus componentes fueron cazadores y recolectores durante el y Epipaleolítico y ganaderos y agricultores en el Neolítico; además, fueron artistas, pintores, escultores y grabadores en el transcurso de estos milenios.

La taurolatría española de estos remotos momentos es la magia de simpatía y destrucción que colabora en la captura del uro, y la magia de fecundidad, vigilante de su reproducción y no extinción; la tauromaquia es la caza de supervivencia, de obtención de productos necesarios para el mantenimiento de la vida humana.

Todas las ideas expuestas para las comunidades prehistóricas europeas son aplicables a nuestros antepasados sin apenas distinción de lugar y tiempo.

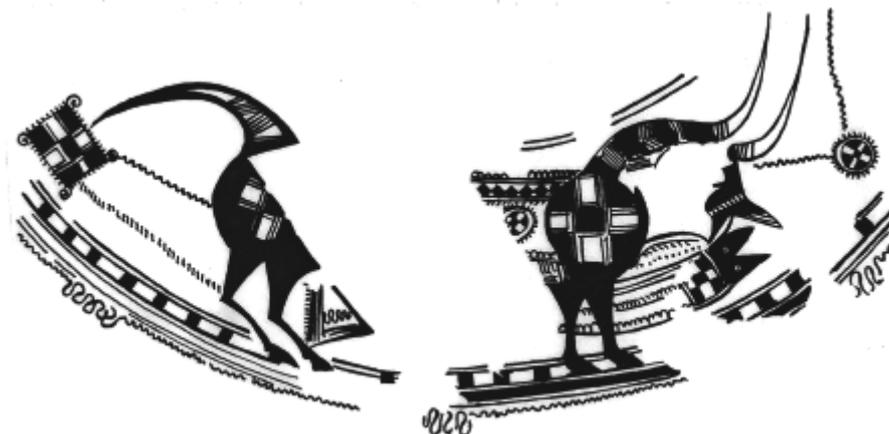
La España histórica, formada por un mosaico de pueblos y tribus, cuyas características son producto de la evolución de los pobladores autóctonos y de las influencias fenicia y griega, acaparará a partir de ahora durante algunas páginas nuestro interés.

Es tradicional la idea de la adoración del toro por los hispanos prerromanos basada sobre todo en la frase de Diodoro (IV, 18, 3): *τάς δέ βοῦς τηρουμένας συνέβη ἱεράς διαμείνειν κατὰ τήν Ἰβηρίαν μέχρι των καθήράς καιρών*, que alude a que los toros eran considerados como sagrados entre los iberos, y a la frecuencia de las representaciones de este animal sobre múltiples soportes; suelen citarse a este respecto algunas esculturas animalísticas, exvotos y pinturas de cerámica ibéricos, los toros de los vasos celtibéricos, las cabezas de bronce de Costig, en Baleares, y numerosas monedas que lo tienen como tipo, entre otros testimonios.

Esta documentación, pobre y dispersa, origen de la idea apuntada y de la expresión *culto al toro* para la totalidad de la Hispania prerromana, merece una revisión.

En el juicio ficticio que, a continuación, vamos a hacer a esta teoría actuaremos, en primer lugar, a modo de fiscal, exponiendo sus puntos negativos, sus *contras*:

- El texto de Diodoro que alude a la sacralidad de estos animales habla de *βοῦς* y no de *ταῦρος*, por lo que la traducción estricta sería *buey* y no *toro*, y es el único entre todas las fuentes que tratan de la religiosidad prerromana en España que, si bien no son abundantes, tampoco escasean. Por otro lado, quizás solamente podría aplicarse al Sur, poniéndose en relación con la leyenda de Gerión y Hércules.



**Decoración de una vasija celtibérica**

- Las figuraciones en cerámica ibérica -es reseñable un vaso de San Miguel de Liria, interpretado comúnmente como el enlazamiento de un toro salvaje, e incluso como una escena de doma o de juego (la ilustración, que hemos reproducido en la portadilla de este capítulo, podría describirse en los siguientes términos: frente a un toro aparece un hombre que lleva en su mano derecha un mango terminado en una pieza piriforme de la que se desenrolla un posible lazo, con el que trataría de enlazar la cabeza del animal; tras él, otro personaje lleva un artilugio como el descrito, pero sin

desplegar la lazada y que parece correr en ayuda del primero) y celtibérica –los toros se presentan asociados con signos astrales-, son escasas y, sin lugar a dudas, se ha exagerado su importancia; en el primer bloque solamente se constatan toros en la vasija liriense citada y en recipientes de Azaila y del Castellillo de Alloza; en el segundo, constituyen solamente un 7% de las figuras zoomorfas pintadas del conjunto cerámico de Numancia.

- Las esculturas ibéricas que representan toros, y algunas veces androcéfalos, tal vez deban interpretarse como influencias griegas y orientales asumidas por los artistas indígenas.



***Bicha de Balazote, toro androcéfalo***

- Elementos aislados como el bronce votivo del Instituto de Valencia de Don Juan, el carrito del Museo de Guimaraes, el bronce de Castelo, el mango de puñal votivo del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, en el que un bóvido marcha entre dos serpientes, la perdida estela de Clunia, las cabezas de Costig, los verracos meseteños, los exvotos ibéricos, etc., se inscriben en pueblos y contextos muy diferentes y con peculiaridades propias que impiden la elaboración de una teoría general para el fenómeno que nos ocupa. Así, por ejemplo, mientras los grandes animales en piedra del área vetona deberían ser puestos en relación con la actividad pecuaria de las gentes de la Meseta, la representación del citado puñal, cuya procedencia nos es desconocida, habría que incluirla en el mundo de los símbolos.

- La asiduidad con que es utilizado como tipo, sobre todo en el reverso en la numismática ibérica, puede en muchos casos explicarse como el traslado de una iconografía griega y púnica en la que se encuentran numerosos paralelos. En este sentido, los toros acompañados por elementos de simbología astral –crecientes, estrellas- de la mitad sur de la Península, remiten al mundo religioso semita y a personajes como Baal-Hammon, Melqart-Hércules y Tanit-Caelestis; los toros androcéfalos de Emporion (Ampurias) y Arse (Sagunto) son reproducción de las representaciones de divinidades fluviales griegas como Gelas o Aqueloo.

Queda, pues, clara, la errónea interpretación de algunas de las consideradas pruebas para la antedicha afirmación.

Pero, si ahora abandonamos el papel de abogado del diablo y nos vestimos con la toga del defensor, encontraremos también elementos que la apoyan, aunque quizás con otro significado. Son éstos:

- La utilización del término *βοῦς* en lugar de *ταῦρος* podría ser considerada como partícipe de la confusión entre ambos términos en época clásica, ya comentada.
- Las figuraciones de toros en el arte indígena peninsular anterior a la llegada de los romanos son, si no tan frecuentes como en múltiples ocasiones se ha dado a entender, sí lo suficientemente representativas en número y repartición como para indicarnos, en ocasiones, una cierta concepción religiosa del toro.
- Los términos rituales que pueden inferirse de algunos hallazgos arqueológicos como los depósitos de huesos de bóvidos de las cercanías de Numancia y los de determinados castros del Noroeste son indicativos de ciertas creencias.
- Las divinidades indígenas, algunas de las cuales conocemos ya asociadas a personajes del panteón romano y que se vinculan a este animal, son otro dato a considerar. Tal es el caso de Júpiter *Anderon* y *Dulovius*, dioses de los que se conocen dos aras dedicadas a ellos, ambas con la representación de un toro, y del galaico *Vestius Aloniecus*, figurado en un casco con cuernos.



***Estela anepígrafa de Sos del Rey Católico (Museo de Navarra)***

- La permanencia en aras y estelas de época romana tardo-imperial de la figura del toro con carácter uránico, es decir, como animal solar, con elementos astrales como discos y estrellas entre sus cuernos y vinculada a la idea de la fertilidad, así como algunas costumbres y leyendas cuya remota elaboración es patente, serían reminiscencias de una mentalidad arcaica.

Como jueces de este debate, oídas ambas partes, tanto detractores como defensores de esta teoría parecen tener al menos su parte de razón.

Podemos casi afirmar que la concepción religiosa del toro en la España prerromana existió, no pudiéndose considerar como pruebas todas aquellas

representaciones en las que este animal se encuentra, pero sí, innegablemente, parte de ellas, que nos remiten a un culto o a un simbolismo de carácter sobrenatural, los cuales, por otra parte, no tuvieron por qué estar unificados, ya que los documentos conservados se muestran bastante heterogéneos.

La procedencia varia de esta idea, su inclusión en distintos niveles de religiosidad y su influencia predominante en los estratos inferiores, nos inclinan a creer que es más ajustado a la realidad hablar de diversos cultos al toro, posiblemente diferentes según el área cultural, ligados sobre todo a una mentalidad mágica.

La *sentencia*, que en el año 1962, pronunciaba A. Álvarez de Miranda es la siguiente:

*... el papel del toro en las religiones antiguas de España es la de una difusa veneración del animal, como base común en todo el centro, este y sur de España. En algún lugar parece haberse producido, en épocas posteriores, una antropomorfización del toro, pero en el resto de la Península su figura parece estar ligada tenazmente a la magia del mundo vegetal, del animal o del humano. De su relación con el mundo uránico faltan en la actualidad testimonios (sic). El toro es siempre un ser ligado a la tierra, sobre la que se yergue su figura benéfica. No faltan indicios referentes a una valoración de su poder genético. El carácter eminentemente ganadero de toda la civilización del mediodía de España induce particularmente a explicar la presencia del toro como animal no sólo amigo, sino de gran importancia, aristocrático y familiar al hombre, cuyo máximo prestigio nace del hecho misterioso de su poder generativo.*

De este modo, la taurolatría queda demostrada entre estos antiguos pobladores del territorio peninsular que también practicaron el culto al ciervo, sobre todo los lusitanos.



**Estela de Clunia**

Otro problema presenta el atestiguar la tauromaquia en estas sociedades. La caza de toros salvajes, que enfrentaba al hombre y a este fiero animal, siguió siendo sin duda una práctica bastante cotidiana y común y, tal vez, la mencionada escena pintada en el vaso de San Miguel de Liria y el relieve de la estela de Clunia nos ilustran

dos modos diferentes del arte venatorio: la captura del toro mediante lazo y su muerte o el intento, con lanza, respectivamente.

Intentar trasponer ambas figuraciones a la esfera lúdica, al mundo de los juegos, rituales o no -la estela funeraria cluniense ha sido citada muchas veces por los historiadores del toreo como un remoto antecedente de las corridas-, aunque exista una posibilidad, presenta muchos más problemas y, en honor a la verdad, tenemos que decir que es pura elucubración, ya que carecemos totalmente de pruebas documentales que nos permitan afirmar este supuesto.

Teorías como la de L. Siret que, basándose en la idea de A. Schulten que hace del culto al toro en España el resultado de una influencia cretense, merecen ser recordadas no por su acierto, sino por su fantasía.

A continuación, exponemos la hipótesis de L. Siret de la pluma de A. Álvarez de Miranda, incluyendo la crítica que sobre ella hace este estudioso:

*... partiendo de una extraña etimología de λαβύνθος, como equivalente de espiral y de molinete, y relacionándola con la leyenda del nacimiento de Minos del agua (L. Siret), dedujo que el “baile del Minotauro recuerda los gestos habituales imitados por las figuras que trazan molinetes en el agua; Teseo, cuando venció y mató al Minotauro, enseñó a siete jóvenes y a las siete doncellas la danza llamada Ἰέναρος cuyos movimientos representaban los giros y las vueltas del laberinto que Teseo había debido recorrer en busca del Minotauro”, y añade: “los bailarines reproducen la planta del laberinto, es decir, el movimiento del agua. Tratándose de un baile adaptado a jóvenes de ambos sexos, no hay que maravillarse de la ausencia del toro; parece recordarlo el montón de cuernos en torno al cual tenía lugar el Ἰέναρος; la base misma de la leyenda es la corrida, con sus vueltas y revueltas hechas por Teseo y por el toro, prototipo de las danzas que nuestros modernos Teseos realizan y obligan a hacer a su toro, terminando por matarlo, como hace el mitológico torero”. Es necesario reconocer que en la historia de las opiniones sobre los orígenes de la tauromaquia ninguna puede competir, por su fantástica concepción, con esta coreográfica teoría de Siret.*

La paulatina penetración romana y posterior conquista del territorio peninsular –a la que valerosamente, aunque sin fruto, se opusieron los pueblos indígenas en renombradas gestas como la numantina-, con la consiguiente romanización, más o menos profunda, de sus gentes, introdujo nuevos elementos que se plasman para el tema que nos ocupa en la religión y en la costumbre social de los espectáculos, reflejadas ambas en los textos de los autores clásicos y en las grandes obras artísticas y objetos de uso cotidiano conservados.

En el terreno religioso, la difusión de nuevos cultos, con todo el aparato ceremonial que llevaban consigo, dio lugar a la asimilación de divinidades indígenas a romanas, como es el caso citado de Júpiter *Anderon*, y la muy posible vinculación de Vestius Aloniecus a Marte, como dios guerrero simbolizado por el toro, a la adopción de determinados ritos como los báquicos, en los que J. Caro Baroja encuentra la simiente de algunas costumbres como la extremeña del *Toro de San Marcos*, y los mitraicos y de Cibeles, de los cuales son buena prueba respectivamente el conjunto

escultórico del Mithra tauróctono de Cabra y la *fossa sanguinis* de la *Tumba del Elefante* de Carmona, que nos remite a los *taurobolia*, y a la reproducción de ciertos usos y representaciones; así, un tipo frecuente en algunas monedas iberorromanas del valle del Ebro será el llamado *toro mitrado*: la *mitra* o *frontal* es un elemento de forma triangular, generalmente metálico y muchas veces adornado, que se colocaba entre los cuernos del animal con el objeto de adornarle, sobre todo, para el sacrificio.



***Toros mitrados en monedas de Caesaraugusta y Calagurris***

El gran empuje romano quedó patente también en la implantación de ciertos usos sociales -los espectáculos entre ellos-, de los que son buena prueba los teatros, anfiteatros y circos que se levantaron por toda nuestra geografía y quedan como testigos de este pasado entre los restos monumentales de las antiguas Itálica, Emérita, Segóbriga y Tarraco, por citar tan sólo algunas ciudades, y también las múltiples representaciones musivarias, pictóricas y cerámicas, sobre todo, de estas manifestaciones.

Las *venationes*, como integrantes de los *munera*, con sus diferentes luchas, entre ellas las tauromáquicas ya comentadas, llegarían con ellos y ha sido opinión corriente entre algunos historiadores de los siglos XVI al XIX, -baste citar a Pérez de Guzmán o Gómez Quintana-, que éstas eran el origen de las corridas españolas, teoría que no parecería descabellada a no ser por la total inexistencia de evidencias de estos juegos entre la época romana y el siglo XI, centuria desde cuyos finales se cita en varios documentos la profesión de *matadores*.

Terminado así el análisis de la taurolatría y la tauromaquia en la España antigua, la primera conclusión que puede extraerse, es la existencia en el ámbito religioso de una serie de fenómenos, contemporáneos entre sí y en constante evolución tanto por desarrollo interno como por influencias exteriores, que sitúan al toro en un plano importante de la sacralidad, y sobre todo de la magia, si bien no con la uniformidad de creencias y manifestaciones teorizada por algunos estudiosos, papel destacado paulatinamente irá perdiendo al producirse las modificaciones de pensamiento ya comentadas para otras sociedades. La segunda conclusión, que afecta al mundo profano, es la constatación de combates entre hombres y toros en el escenario de las cacerías y de los anfiteatros y circos romanos, no habiendo llegado a nosotros testimonios de otros juegos o luchas tauromáquicas practicados por los pueblos y tribus indígenas peninsulares con fines rituales o sencillamente lúdicos.



**Monedas antiguas de Hispania con el tipo del toro**

El segundo encabezamiento anunciado *Desde la Edad Media hasta hoy*, será el tema que a partir de este momento nos ocupe.

De nuevo, dividiremos la exposición en dos apartados: el toro en la religión y el toro en el juego, si bien, como siempre ha sucedido, estos dos bloques no son dos mundos totalmente separados entre sí, sino que su interrelación es constante.

En el primero, debemos tratar una serie de mitos referentes al toro que han llegado hasta nosotros bajo la forma de relatos, mantenidos y transmitidos por la tradición oral, y de creencias y ritos, conservados tras haber pasado el tamiz del cristianismo.

La narración del oricuerno, en la que una joven que vivía como varón y cuya condición femenina iba a ser descubierta, es convertida en hombre por un toro; la leyenda del obispo Ataulfo, que relata la exculpación de éste, acusado del delito de sodomía, por la mansedumbre del toro destinado a ser su verdugo; y el cuento del toro de oro, cuyo argumento gira en torno a una princesa que permaneció escondida en el interior de una estatua hueca de oro representando un toro y da a luz un hijo, el cual adoptarán su hermano y esposa, matrimonio estéril, presentan un elemento en común: la asociación de este bóvido a la virilidad y a la fecundidad, -convirtiendo a la

mujer en hombre, descargando del pecado y delito de homosexualidad y dando un hijo a la pareja sin descendencia-. En este mismo contexto habría también que incluir las imágenes de Nuestra Señora de Nuria y de la Virgen de la Gleva, mediadoras contra la esterilidad, con el toro asociado a ellas, las cuales suponen en palabras de A. Álvarez de Miranda:

*.... Un atávico factor de magia basada en una fe naturalista (que) sobrevive tenazmente junto a símbolos de la religión superior.*



**Virgen de la Gleva. Cerámica del Museo de Vich**

Otras leyendas que hablan de toros de oro no presentan ningún componente mágico o religioso, sino que simplemente aluden a lugares misteriosos y tesoros ocultos, generalmente relacionados con los *moros*.

Por otro lado, costumbres como *el toro de San Marcos*, que el padre Feijoo describe en su *Theatro Crítico Universal* de 1736 en los siguientes términos:

*... la víspera de San Marcos, los Mayordomos de una Cofradía instituida en obsequio del Santo, van al Monte, donde está la Vacada, y escogiendo con los ojos el Toro que les parece, le ponen el nombre de Marcos, y llamándole luego en nombre del Santo Evangelista, el Toro sale de la Vacada, y olvidado no sólo de su nativa ferocidad, más aún al parecer de su esencial irracionalidad, los va siguiendo pacífico a la Iglesia, donde con la misma mansedumbre asiste a las Vísperas solemnes, y el día siguiente a la Misa y Procesión, hasta que se acaban los Divinos Oficios, los cuales fenecidos, recobrando la fiereza, parte disparado al Monte, sin que nadie ose ponerse delante. Entretanto que está en la Iglesia se deja manejar y hacer halagos de todo el mundo, y las mujeres suelen ponerle guirnaldas de flores y roscos de pan en cabeza y astas ...,*

el rito de Pina, que A. Beltrán pone en conexión con prácticas rituales paganas de primavera y madrugada o noche de San Juan, en el que el toro participa en la procesión de San Juan, llevado delante del Santo por los llamados *matutes*, quienes lo

han escogido entre varios a las tres de la mañana y lo han adornado profusamente, dotándole de un *colgullo* de campanillas, mientras cantan la copla:

*Matutes de Pina  
matutes serán  
que llevan el toro  
delante San Juan.*

Y los *enmascarados* o *vaquillas* de algunos carnavales españoles, deben ponerse en relación con un primitivo culto al toro que cuando menos puede remontarse a las celebraciones báquicas.

Entrando ya de lleno en la tauromaquia española medieval y moderna, nos ocuparemos, en primer lugar, de las corridas de toros, para después atender a otras suertes diversas que se han mantenido hasta hoy sobre todo en las fiestas populares.

La profesión de *matadores* que ya habíamos visto recogida en algunos manuscritos desde finales del siglo XI, será el punto de partida del resumen histórico de las corridas de toros españolas que vamos a exponer brevemente a continuación, remitiendo al lector para su ampliación a estudios más específicos y documentados como los muy meritorios de Bernardino de Melgar Abreu, marqués de San Juan de Piedras Albas, y José María de Cossío.

A partir de la fecha citada, los combates de toros, -el primero documentado es en Ávila, en el año 1080, con motivo de la boda del infante Sancho de Estrada y doña Urraca Flores-, fueron muy frecuentes en numerosas y variadas festividades y celebraciones, no impidiendo su práctica ni la bula del papa Pío V en 1567, quien prohibía a toda la nobleza cristiana y al clero, bajo pena de excomunión, su asistencia a este espectáculo y a cualquier persona luchar en la arena, totalmente ignorada y desoída, ni las críticas extranjeras acusadoras de crueldad y brutalidad, o de los grupos antitaurinos, ecologistas y pacifistas, con argumentos de lo más variado, que a unos convencen y a otros no.

R. Ford reproduce muy bien esta popularidad en la Edad Moderna al decir:

*Ningún santo era canonizado, ninguna iglesia consagrada, ninguna comunidad organizaba una fiesta, ningún monarca subía al trono, ningún príncipe nacía y ninguna victoria se ganaba sin que hubiera una corrida.*

Hoy, la lacónica frase *no hay localidades* en las ventanillas de La Maestranza, Las Ventas, o cualquier otro coso taurino enfurece a los *antitaurinos*.

Hasta llegar a la actual corrida, tanto a pie como a caballo, en la que hasta el más mínimo detalle está consagrado por el uso y la costumbre y previsto de antemano en una elaborada normativa, que tan sólo deja como sorpresa la faena, buena o mala, de toreros y cuadrillas, las cualidades de los animales y la posibilidad del salto de un *espontáneo* o de curiosas acciones del público, debió recorrerse mucho camino, muchos años que fueron modificando el modo de hacer de este arte, la tauromaquia.

De las primeras manifestaciones populares en las que el pueblo perseguía y hería al toro, que luego era muerto por el *matador*, se pasó a una fase en que la lucha era aristocrática y caballeresca.



*Dibujo de José Puente*

Esta fase, que puede llevarse cronológicamente desde el siglo XIII hasta la decimoctava centuria, con la decadencia producida por el advenimiento al trono de la dinastía francesa de los Borbones, no simpatizantes de esta fiesta, está determinada por las leyes promulgadas por el rey Alfonso X El Sabio en las que declaraba infame la profesión de *matador*, mientras que consideraba honroso el practicar esta lucha no por dinero sino como muestra de valor.

Los combates de hombres y toros serán durante aproximadamente quinientos años una diversión de la nobleza, tanto cristiana como musulmana, -para N. Fernández de Moratín estas corridas serían en la España cristiana una costumbre tomada de los árabes, sus iniciadores. Esta teoría, que durante los siglos XVIII y XIX fue aceptada, siendo algunos de los grabados de F. de Goya posiblemente sus más destacados difusores, hoy día no es aceptada, ya que los documentos más antiguos de corridas no son de esta cultura.

Nobles cristianos y moros lucharon con los toros a caballo, ansiosos por demostrar su valentía. El poema *Fiesta de toros en Madrid* del mismo autor de la teoría del origen árabe nos describe maravillosamente uno de estos enfrentamientos; la fantasía hace de Rodrigo Díaz de Vivar su protagonista y el siglo XI, en consecuencia, su momento. Transcribimos algunos párrafos:

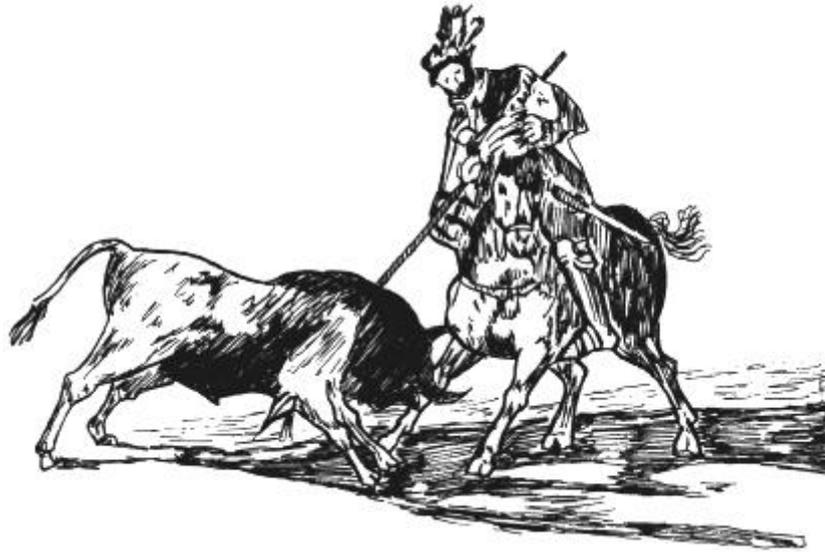
*Un caballero cristiano  
montado en un fiero alazán  
engalanado de bordados y de oro  
pide cortésmente permiso  
para combatir un toro*

...

*desde la llegada del Cid,  
el toro petrificado  
como cegado por una maravilla*

*le mira fijamente.  
Pasa entonces al ataque,  
rápido como una flecha  
mientras la afilada lanza del Cid vela  
y le hiere detrás de la oreja izquierda.  
Sorprendida la fiera ruge,  
y empapada de sudor y de espuma  
carga una segunda vez;  
y la lanza de punta de acero  
le golpea de nuevo*

...



**Grabado de la Tauromaquia de Goya. El Cid Campeador lanceando otro toro**

Hechos que merezcan recordarse en este periodo son su traslado al Nuevo Continente, donde la primera corrida recogida por las crónicas es la celebrada en Méjico el 13 de agosto de 1529, su implantación en Roma de la mano del papa Alejandro VI, el español Rodrigo Borgia, su ya comentada e ineficaz prohibición por Pío V y la posterior derogación de ésta por su sucesor Gregorio XIII. A éstos podrían añadirse gran número de corridas en las que participaron importantes personajes; basta citar como ejemplo que Carlos V mató un toro en la plaza de Valladolid en el año 1527 para festejar el nacimiento de su hijo Felipe II, tradición que recoge Moratín.

Durante este período de tiempo debieron celebrarse también corridas populares, cuyo origen estaría en las documentadas en los siglos XI y XII, germen de las características de la fase posterior, del toreo moderno y de las cacerías, como demuestran las practicadas por Felipe II con arcabuz en sus fincas y fuera de España, en Francia, el hecho de que en el siglo XVI, los uros, ya muy escasos, estuvieron reservados a las cacerías reales.

Una nueva dinastía, la borbónica, que no simpatizaba con estos combates, y una nobleza que se vio impulsada a convertirse en más cortesana para no perder su prestigio y su poder, fueron las causas inmediatas de la entrada en crisis de estas lides aristocráticas y caballerescas.

Pero la tauromaquia no desapareció. Los nobles fueron sustituidos por las clases populares, el toreo a caballo por el toreo a pie y el afán de diversión y demostración del valor por la profesionalización.

Si bien algunos miembros de las clases privilegiadas continuaron combatiendo toros a caballo, costumbre que desembocaría en el moderno rejoneo, y algunos reyes organizaron corridas, así Felipe V, Carlos III y Fernando VII, gran aficionado, que incluso fundó en 1830 una escuela de formación de toreros en Sevilla, el pueblo se convirtió en el protagonista y gran número de innovaciones a él debidas, y anónimas en su mayor parte, entraron a formar parte de la fiesta.

La *Tauromaquia* de F. de Goya, grabada entre los años 1814 y 1816, de la que se conocen cuarenta y cuatro láminas, es, dejando a un lado las ilustraciones de la *Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España* de N. Fernández de Moratín, el mejor escaparate de la fiesta de toros para un periodo de tiempo que podría llevarse, sobre todo, entre el último cuarto del siglo XVIII y el primero de la centuria siguiente, siendo de destacar los diversos lances que nos ilustra y la oportunidad que nos ofrece de conocer a famosos toreros de la época y sus habilidades: Martincho, Juanito Apiñani, José Delgado (Pepe Hillo), El Estudiante de Falces, Pedro Romero, La Pajuerela, etc.



**Dibujo de José Puente**

Las corridas, palabra cuyo origen habría que buscar en el ambiente popular, en el *correr del toro*, y no en el caballeresco, fueron evolucionando en sus métodos y normas, adaptándose a las posibilidades del pueblo e introduciendo variaciones, creadas muchas veces por la originalidad y el ingenio de algún torero (¿quién no recuerda a Curro Guillén, Lagartijo, Frascuelo, Guerrita, Joselito o Manolete, por citar a algunos entre los ya fallecidos y a otros muchos, todavía con nosotros, cuyos nombres no citaremos por temor a injustos olvidos?) sobre el esquema de tres tercios: el primero de varas o de quites, el segundo de banderillas y el tercero de muerte, que culmina en la *hora de la verdad o momento supremo*, ya especificados en la *Cartilla* de N. Rodrigo Noveli.

Pero si las corridas fueron y son los combates y juegos del toro por excelencia, la máxima expresión de la tauromaquia española desde época medieval hasta hoy,

otras prácticas fueron comunes sobre todo entre los estratos de población más bajos social, económica y culturalmente considerados, perdurando muchos de ellos hasta hoy como número en programas de fiestas populares.

Es en ellos, en estos *fósiles* costumbristas, donde con mayor fuerza se hacen patentes los elementos campesinos y rituales, o donde se han mantenido elementos lúdicos de siglos anteriores.

Encierros de toros y vaquillas que corren por las calles hacia el coso, toros ensogados, enmaromados o encintados que, con estas ataduras, cuyo fin es disminuir el peligro, se sueltan en las plazas de los pueblos, toros de fuego, embolados o enjubillados, con pelotas de brea encendidas en los cuernos, y suertes como la *del roscadero*, en la que un cesto manejado por una fila de mozos debe ser insertado en la cabeza del animal, o la *del tonel* o *de la tinaja*, consistente en un gran recipiente, hundido o no en el suelo, en cuyo interior se mete una persona que engaña al animal mediante su escondite, son los integrantes de este panorama tradicional.

Tras este escueto esquema, cuya parquedad se debe al seguimiento de unos cauces y al planteamiento de unos objetivos que claramente se traslucen en lo anteriormente escrito, creemos haber dejado claras y fundadas unas cuantas ideas principales.

Hemos obviado cuestiones técnicas que habrían hecho las delicias de los *entendidos*, hemos evitado la presentación de gran número de datos históricos más o menos relevantes y obras de arte de variados artistas, tipos y calidades siempre ilustrativas, ambos tan gratos a historiadores y eruditos, y hemos rehuido de apreciaciones sociológicas y psicológicas, las cuales, muchas veces intentan explicar lo inexplicable. Las razones son sencillas y pueden resumirse en dos principales: su inclusión hubiera dado como resultado una acumulación de noticias cuyo resultado hubiera sido una excesiva dispersión de datos y plumas más prestigiosas, y con justicia, los recogen y comentan haciéndolos asequibles al lector más curioso.

Dos comentarios restan por exponer: el entramado general que da cohesión y forma a la taurolatría y a la tauromaquia medievales, modernas y contemporáneas en España y la relación hombre-toro en este país, desde la aparición del ser humano hasta el último juego de toros celebrado antes de escribir estas líneas.

Nuestro primer comentario anunciado debe comenzar por la negación de la existencia de taurolatría en el territorio ibérico, en el sentido estricto de la palabra.

La adoración al toro, ya casi totalmente perdida en época romana, cuando solamente se vislumbraba por pequeños resquicios simbólicos, culturales y mágicos, perdió casi todo su poder y fuerza con el avance a pasos agigantados del cristianismo que desalojó de los templos y de las conciencias todas las señales de *paganismo* y entre ellas, las divinidades celestes, terrestres e infernales en sus formas más arcaicas y en sus elaboraciones posteriores.

La Cruz venció al Sol, a la Luna, al Trueno, etc. y al Toro. Un Dios, creador de todo, benefactor y juez era el eje, el centro exclusivo de la religión; sus símbolos y su culto los únicos lícitos y por ende autorizados; sus sacerdotes los auténticos poseedores de la Verdad; sus seguidores los destinados siempre a la Salvación.

La tarea no fue fácil y en algunos sectores sociales, sobre todo en las clases más bajas, más reacias siempre a los cambios, creencias ancestrales, pertenecientes sobre todo a la difusa esfera de la magia y de la superstición, perduraron y aún perduran (aunque en la actualidad lo hagan casi siempre vestidas con el ropaje del folclore). La Iglesia, impotente ante su arraigo y conservación y convencida de que las prohibiciones y castigos era un instrumento válido, pero parcial y no único, que, si bien hacía desaparecer esta práctica oficialmente, muchas veces no lo conseguía a título privado, encontró la solución asimilando muchos de estos cultos y ritos, o al menos algunos de sus aspectos.

Así, narraciones y leyendas, ecos de antiguos mitos, quedaron para siempre en la literatura popular como testigos de un pasado que concedía al toro determinadas cualidades, y procesiones, como las descritas de San Marcos y de Pina, que evocaban antiguas ceremonias, e imágenes, como la citada y reproducida de la Virgen de la Gleva en la que la Madre de Nuestro Señor se acompaña por el toro, no eran ni son otra cosa que la cristianización de viejos ritos.

Al mismo tiempo, la tauromaquia, hija posiblemente de la magia del toro, se difundía y popularizaba, perdiendo hasta la totalidad lo que en ella pudiera haber de rito; si todavía en época medieval, lo cual era posible en ciertos ambientes, quedaba algo que relacionara estos combates con un mundo más trascendente, éstos se disfrazaron de juego, -tal vez para pasar desapercibidos ante el cristianismo y la Iglesia-, hasta que la máscara tapó totalmente los rasgos de todo lo que tras ella se ocultaba. Haciendo coro con J .Rof podíamos decir que:

*El espectador de las corridas de toros asiste a un gran espectáculo, a un juego en el que resuenan armónicamente los más lejanos misterios.*

En todos estos siglos las luchas que oponían a los hombres y a los toros evolucionaron. Cambiaron los personajes y su motivación para combatir, el escenario y el público, las técnicas de enfrentamiento, las personas, animales y elementos de acompañamiento, hasta quedar fijadas las corridas actuales de a pie y de rejoneo. De esta manera, no veríamos lo mismo ni estaríamos rodeados de gente semejante si asistiéramos a un espectáculo tauromáquico popular del siglo XII, que si fuéramos espectadores de los juegos aristocráticos y caballerescos de la decimosexta centuria, o que si con Goya en las plazas de Zaragoza o Madrid aplaudiéramos a toreros como Pepe Hillo, o que si hiciéramos uso de una entrada o un abono en la Feria de Abril sevillana o en la madrileña de San Isidro del año 1987.

Muchos años ha costado llegar a la actual corrida de toros tal y como hoy se nos ofrece y podemos contemplar y también mucho esfuerzo de valerosos toreros, que día a día en la arena dejaron su arte, su ilusión, su sudor, su sangre e incluso su

vida, y grandes dosis de afición de un público que no ha faltado a su cita con su aportación económica, su aguante a las inclemencias del tiempo, su ánimo a los actuantes y su crítica a las malas faenas y a reses poco aptas para el espectáculo.



**Rejoneo. Dibujo de José Puente**

Y junto a la *gran fiesta*, pervivieron otras menores, más populares y de coste inferior. El pueblo, acostumbrado y amante de ellas, no las dejó morir y continuó su práctica con *devoción*, manteniéndolas como testigos de un pasado, que, en opinión de A. Álvarez de Miranda, pudo ser ritual por confluir en ella dos características: el final no era la muerte del animal, aunque generalmente hubiera derramamiento de sangre, y se celebraban tradicionalmente con ocasión de algunas bodas. Hoy son folclore y, perdido desde hace mucho tiempo su carácter mágico por la desaparición de la conciencia de este fenómeno y la mezcla con otras fiestas, son solamente un juego.

España, la Iberia griega y la Hispania romana, se nos ha mostrado como un país donde la relación toro-hombre ha sido siempre muy estrecha.

Hecha la excepción de fenómenos religiosos como el hindú o los de algunas tribus africanas donde los bóvidos siguen jugando un papel importante que trasciende lo terrestre y de algunos combates con toros portugueses, franceses e italianos, -no hacemos alusión a los americanos dado que o descienden directamente de las corridas españolas, o se inscriben en un mundo de características tan diferentes como el rodeo- es éste el país donde la citada relación se ha mantenido con mayor intensidad.

Desde el arte rupestre, sobre todo el levantino y principalmente el de las serranías de Albarracín y de Cuenca, hasta la *Minotauromaquia* de P. Picasso o las actuales ilustraciones de periódicos, revistas y carteles; desde las primeras noticias que nos transmite Diodoro hasta el voluminoso trabajo de J. M<sup>a</sup>. de Cossío o el análisis religioso de A. Álvarez de Miranda; desde la construcción de anfiteatros y circos romanos hasta la cubrición de la plaza de toros de Zaragoza; desde la prohibición de Teodosio a los *munera* y la bula condenatoria de las corridas de Pío V hasta las pintadas del Comité antitaurino; desde el aplauso y el abucheo de cualquier época a

las tertulias de café y al televisivo *Tendido Cero*; desde la religión y el rito al trabajo y al oficio; desde el uro hasta el toro de lidia y la vaquilla, el toro, aunque el hombre le haga variar su papel, su carácter y su significado, está siempre presentes en la sociedad española.



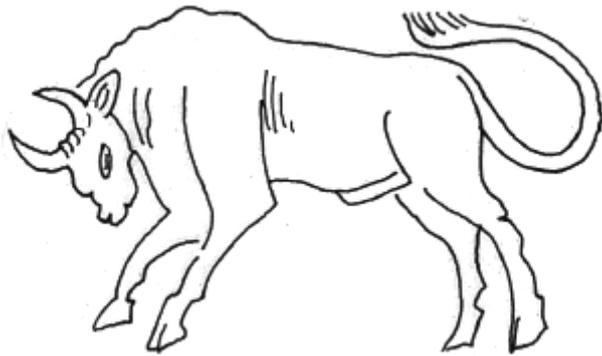
*Dibujo de José Puente*

Buscar el origen concreto de cada manifestación y el porqué de su nacimiento, de sus diferentes etapas evolutivas y de su permanencia ofrece grandes dificultades, muchas de ellas insalvables por entrar de lleno en el mundo sin reglas de la *Historia de las mentalidades*, historia que nuestro afán científico nunca podrá escribir con exactitud ante la imposibilidad de desentrañar sus motivaciones.

## **CONCLUSIONES**



***Toro y juego dos grandes enigmas. Dos misterios inexcrutables. Nada más fácil, a primera vista. Jugar con el toro*** (J. Rof, El juego del toro).



***Relieve de un vaso de terra sigillata***



Cazando y jugando hombre y toro fueron y, aún hoy, son protagonistas de la tauromaquia, participando en la magia y en la religión de la taurolatría.

Enemigos sin odio, pero también sin piedad, y amigos que se ayudan, su relación muy estrecha se manifiesta a lo largo de muchos, de todos los milenios de la historia de la Humanidad.

En nuestro viaje por el tiempo y por el espacio hemos sido impotentes árbitros de numerosos duelos entre ellos y escépticos conversos a religiones lejanas.

Nuestra asistencia a múltiples cacerías en lugares y momentos muy distintos nos ha enseñado cómo en Europa, Oriente, África, siempre hubo alguien que perseguía, acechaba, ponía trampas, hería y mataba al toro salvaje, al uro preferentemente, con el fin de darle muerte o capturarlo vivo para posteriores usos.

El ser humano, empeñado en dar caza a este animal, fue perfeccionando sus artes de lucha con la pretensión de salir siempre salvo de los embates de la bestia. De las armas de piedra de nuestros antepasados del Paleolítico, momento en el que se producen los primeros enfrentamientos, las primeras tauromaquias, a las de fuego, discurriría esta historia venatoria, marcada, al mismo tiempo, por una pérdida progresiva de *su arte* al ser sustituidos la astucia, la habilidad, el ingenio y otras cualidades del cazador por la mayor precisión y el mayor poder del nuevo armamento.

A esta actividad, que podría considerarse el primer escalón de la tauromaquia, se sumaron pronto otras lides, cuyo origen debe casi siempre situarse en el terreno de lo ritual.

En la Edad Antigua, tres destacan sobre todas ellas: los saltos cretenses, las *taurokathapsiai* griegas y las *venationes* romanas.

Si bien parecen poder atestigüarse otros juegos del toro entre estas mismas y otras sociedades, contexto en el que se inscribirían documentos como el fresco de Çatal Hüyük o algunos sellos hititas, sin lugar a dudas, son las tres citadas con anterioridad las competiciones taurinas más representativas de estos siglos.

Sus características, ya detalladas en el lugar correspondiente, fueron muy diferentes entre sí, exigiendo una muy distinta preparación al combatiente humano: coordinación de movimientos y agilidad serían las cualidades necesarias para salvar la vida en el saltador minoico; destreza como jinetes y potencia física deberían sin duda reunir los *taurokathaptai* tesálicos; fuerza y habilidad para esquivar las embestidas del enfurecido animal, así como un perfecto manejo de las armas, serían los requisitos ineludibles para un buen *venator* o *bestiarius*; ninguna característica en cambio, salvo su culpa y la sentencia, precisaban los desgraciados condenados sin ninguna oportunidad ante su verdugo. También los animales variaron: el gran uro salvaje era, a juzgar por las representaciones de la época conservadas, el soporte de las acrobacias de los muchachos y las muchachas de la isla de Creta; el toro, más pequeño, el de las

competiciones griegas y comúnmente en las romanas, en las que también, en ocasiones, se empleó el uro.

Hombres y toros cambiaban porque la lucha se modificaba buscando sobre todo satisfacer los gustos de un público desigual, que en última instancia era el destinatario. En un principio pudo incluso *ser divino*, -en el sentido de su dedicación a alguna divinidad-, y en última instancia era el destinatario.

La caída del Imperio romano, la dominación bárbara de estos territorios, puso fin, según parece, a estos espectáculos. Pero hubo algunos lugares donde revivieron; entre ellos, aunque de pasada hemos citado también otros países, es España a quien le cabe el honor, -si nos permiten utilizar esta expresión los antitaurinos-, o el deshonor, -que nos perdonen los *aficionados*-, de su mantenimiento con diversas elaboraciones y su traslado y difusión en el Nuevo Mundo, donde su implantación fue rápida y firme.

En este país, los juegos de toros, cuyo origen es uno de los aspectos de este tema más controvertidos, se documentan, al menos por lo que conocemos, a partir del siglo XI, momento desde el cual comienza su andadura para, tras numerosos avatares históricos y personales, desembocar en una tauromaquia que se divide en dos ramas: las corridas y los festejos que podríamos denominar *tradicionales* y *folclóricos*.

Los pasos que llevan a las corridas parecen ser los siguientes: del rito, -fase que nos es desconocida pero que nos atestiguan algunos detalles y rasgos conservados-, al juego popular con luchadores a pie, movidos unos por la diversión y el riesgo y otros por un sueldo, y de éste a la demostración de valor por parte de la nobleza a caballo. Posteriormente, de nuevo se vuelve a lo popular, como espectáculo de profesionales sin montura, manteniéndose el torero-jinete solamente de un modo marginal en la figura del picador y en el rejoneo. Los pasos de los otros festejos tendrían una evolución menos compleja con un mantenimiento de los elementos tradicionales más fiel a sus orígenes.

El futuro de la tauromaquia es incierto, como inseguro y desconocido es todo lo venidero. De todos modos, pese a los movimientos antitaurinos en cuya polémica intencionadamente hemos evitado entrar porque desborda claramente los objetivos de este trabajo, el porvenir parece halagüeño para los defensores y aficionados de la *Fiesta*; abundancia de corridas, plazas llenas, jóvenes figuras muy valiosas, salidas a hombros, etc., son los heraldos.

Otro mundo, tan cercano que se encuentra imbricado con el anterior, es el de la taurolatría. Ambos confluyen de tal manera en algunas sociedades y periodos históricos que se confunden entre sí y no puede estudiarse el uno sin el otro, ya que en múltiples ocasiones el origen del juego es con seguridad el rito.

Hemos incluido en el panorama taurolátrico no sólo la adoración y el culto al toro, sino también otros aspectos de la religiosidad en los que el toro está presente; son éstos, el simbolismo, la magia y el sacrificio.

En la esfera de la religión oficial hemos registrado dioses-toro en algunas sociedades antiguas, siendo éste un punto en común para muchos, o quizás la totalidad, de los pueblos que habitaron las áreas geográficas consideradas, constatando también este fenómeno como la fase más arcaica del pensamiento religioso, que pronto se vería superada por el antropomorfismo de las divinidades y el consiguiente desplazamiento del toro al papel de símbolo de los dioses, heraldo de ellos, instrumento de sus acciones, acompañante en sus avatares o posesión preciada.

El toro se encuentra aquí además como oponente de dioses y sobre todo de héroes en numerosas tauromaquias míticas, actuante en diversas ceremonias de índole variada y víctima de sacrificio, simplemente en función de animal inmolado a un ser superior, para el que es muchas veces el preferido, o también como depositario de fuerzas y poderes naturales, tal y como hemos visto en los *taurobolia*.

En la considerada inferior esfera de la magia es donde, con toda seguridad, el toro se destaca como algo más que un animal desde los tempranos momentos de la Prehistoria, en los que el hombre paleolítico intenta favorecer su caza mediante la posesión de su imagen y los agricultores y ganaderos neolíticos buscan el beneficio de la fecundidad, idea ésta última, la del poder generativo, que se mantendrá durante largo tiempo creando a su alrededor múltiples y variados ritos en los cuales la sangre del animal suele ser generalmente la otorgante de la buscada potencia, muchos de los cuales desembocarán de iniciales tauromaquias ceremoniales a tauromaquias lúdicas.

Tras esta redacción de conclusiones, planteada como un resumen diacrónico y diatópico de la taurolatría y la tauromaquia, solamente nos resta hacer un descargo de nuestras deficiencias ante el lector insatisfecho por no haber encontrado respuesta a todas sus preguntas.

Un fenómeno religioso y lúdico tan importante como el toro es, en consecuencia, de gran complejidad. Hunde sus raíces en los más lejanos días de la historia de la Humanidad, no siempre suficientemente y bien documentados y, por lo tanto, difícilmente interpretables muchas veces; pero, sobre todo, al ser el hombre su creador, modificador y destructor, su defensor y detractor, su beneficiario y víctima, solamente él, cada persona participante y cada sociedad celebrante, podría, y tal vez no siempre, encontrar las razones, explicarnos el porqué de su creación, modificaciones y destrucción, los motivos de su defensa y detracción, cuántos beneficios ha obtenido o esperaba conseguir y qué deudas ha satisfecho.

Si no partimos de la idea de que ningún estudio está nunca completo ni es merecedor de un punto final inamovible, y nos negamos a aceptar que los mecanismos mentales que mueven las actuaciones del hombre no son siempre comprensibles y medibles por sus semejantes, nuestro orgullo o nuestra insensatez nos hará falsear la historia, y manifiestamente seremos desconocedores de la naturaleza humana, de nuestro propio ser.

¿Acaso hay una sola respuesta a todas las preguntas?

¿Cuántas interpretaciones tendrá con el paso del tiempo el *Monumento a la Vaquilla del Ángel*, inaugurado en 1985 en el Paseo del Óvalo de Teruel, que está integrado por un toro ensogado, un vaquillero que le hace un quite, colocándole una estrella en la testuz y, en lo alto, un ángel custodio que, tirando de la cuerda, frena la embestida del animal? ¿Cuántas veces coincidirán con el significado que quiso dar a su conjunto el artífice, el escultor José Gonzalvo?

¿Cuántas razones pueden pensarse que hayan movido a unos científicos a recrear en una renombrable hazaña biológica y genética el desaparecido uro? ¿Cuántos juicios se harán sobre su futuro entre rejas (una pareja, regalada por Alemania, ingresó en el parque zoológico de Madrid el día 9 de mayo de 1987), sin oportunidad de luchar?

## **BIBLIOGRAFÍA**



***Siguiendo una vez más a Moratín, que afirma que los primitivos lidiadores eran siempre caballeros, que sólo toreaban a pie cuando algún accidente les forzaba a ello, Goya...***(A. E. Pérez Sánchez, Goya)



***Moneda de Gela con el tipo del dios-río Gélas (490-485 a. C.)***



Con seguridad, el lector de la obra, a medida que pasaba las páginas y simultáneamente cambiaba de época, de lugar, de gentes, de mentalidad, se ha ido interesando paulatinamente en el tema o en aspectos concretos del mismo.

Ésta era nuestra intención, no la de dogmatizar sobre la taurolatría y la tauromaquia, a las que grandes pensadores, estudiosos y escritores han dedicado centenares de páginas de reflexión, investigación e ingenio; esperamos haberlo conseguido.

Por ello, ofrecemos a continuación una, aunque no exhaustiva, sí amplia, reseña bibliográfica que permite al *curioso* ir más allá de lo aquí escrito, sumando datos, corrigiendo errores, extrayendo conclusiones.

ALMAGRO, M., Prehistoria. Madrid, 1970.

ÁLVAREZ DE MIRANDA, A., Ritos y juegos del toro. Madrid, 1962.

APRAIZ, R. de, "Representaciones bovinas de arte celtibérico en los museos de Soria". Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1953.

AUGUET, R., Los juegos romanos. Barcelona, 1970.

AYMARD, J., Essai sur les chasses romaines des origines à la fin du siècle des Antonins. París, 1951.

BAHADIR, U., Anatolia. Barcelona, 1972.

BATAILLE, G., Lascaux or the Birth of Art. Lausana, 1955.

BEDOYA, F. G., de, Historia del toreo y de las principales ganaderías de España. Madrid, 1850.

BELTRÁN, A.; GAILLI, R.; ROBERT, R., La cueva de Niaux. Zaragoza, 1973.

BEURLIER, E., "Les courses de taureaux chez les grecs et chez les romains". Mémoires de la Société Nationale des Antiquaires de France. 1887.

BLANCO, A., "El toro ibérico". Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina. Murcia, 1961-1962.

BLAZQUEZ, J. M., "Religiones primitivas de España". Biblioteca de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Madrid, 1962.

BUCHHOLZ, H. G.; JÖHRENS, G.; MAULL, I., "Jagd und Fischfang". Archaeología Homerica, 1973.

CARCOPINO, J., La vie quotidienne à Rome. París, 1939.

- CARO BAJORA, J., El Carnaval. Madrid, 1965.
- CARO BAJORA, J., Ritos y mitos equívocos. Madrid, 1974.
- CASAS, E., Ritos agrarios. Folclore campesino español. ("La lucha con el toro fue en sus orígenes un rito agreste"). Madrid, 1950.
- COLOMBET-LEBEL, A., "Les taureaux à trois cornes". Revue Archéologique de l'Est, 1953.
- CONDE DE LAS ALMENAS, El arte en la tauromaquia. Madrid, 1918 (catálogo).
- CONDE DE LAS NAVAS, El espectáculo más nacional. Madrid, 1897.
- CONRAD, J. R., Le culte du taureau. De la Préhistoire aux corridas espagnoles. París, 1961.
- COSSIO, J. M. de, Los toros. Tratado técnico e histórico. Madrid, 1943-1961, 4 vols.
- COTTRELL, L., The Bull of Minos. Londres, 1953.
- DAREMBERG, CH.; SAGLIO, E.; POTTIER, E., Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines. París, 1897-1904, 10 vols.
- DÍAZ, G., Libros y folletos de toros. Madrid, 1931.
- EVANS, A., The Palace of Minos. Londres, 1930, 2 vols.
- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, N., Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España. Madrid, 1777.
- FINLEY, M. I., La Grecia primitiva. Edad del Bronce y Era Arcaica. Madrid, 1983.
- FRANKFORT, H., Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza. Madrid, 1976.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., Les religions orientales dans l'Espagne romaine. Leiden, 1967.
- GÓMEZ QUINTANA, I., Apuntes históricos acerca de la fiesta de toros en España. Córdoba, 1897.
- GUILLÉN, J., Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos, II: La vida pública. Salamanca, 1980.
- IRIBARREN, J.M., "Los toros en Navarra", Príncipe de Viana, 1935.

- KARAGEORGHIS, V., Chypre. Ginebra, 1968.
- KENNA, V. E. G., Cretan Seals. Oxford, 1960.
- LEROI-GOURHAN, A., Las Raíces del mundo. Madrid, 1983.
- LÓPEZ PELEGRÍN, S., Filosofía del toreo. Madrid. 1842.
- MALTEN, L., “Der Stier in Kult und mythischen Bild”. Jahrbuch des deustchen archäologischen Institut, 1928.
- MAUGARD, P., “Tarvos Trigaranos. Du Taureau Primordial et de l’Arbre de Vie. À propos d’un conte pyrénéen”. Ogam, 1959.
- MELGAR, B. de (marqués de San Juan de Piedras Albas). Fiesta de Toro. Bosquejo histórico. Madrid, 1927.
- MELLAART, J., Çatal Hüyük. A Neolithic Town in Anatolia. Londres, 1967.
- MELLERSH, H. E. L., Minoan Crete. Londres, 1967.
- MONTEAGUDO, G., “El toro en la numismática ibérica e iberoromana”. Numisma, 1973-1974.
- NILSSON, M. P., The Minoan and Mycenaean Religion and its Survival in Greek Religion. Lundo, 1950 (2ª).
- ORTIZ, C., “El toreo español”. Folklore y Costumbres de España, I, Barcelona, 1934, pp. 377 ss.
- OTTO, E., “Beiträge zur Geschichte der Stierkultus in Aegypten”. Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Aegyptens, 1937.
- PEREDA, J., Los toros ante la Iglesia y la Moral. Bilbao, 1945.
- PÉREZ DE GUZMÁN, J., Origen e Historia de las fiestas de toros. S. L., S. D.
- PÉREZ-SÁNCHEZ, A. E., Goya, Caprichos, Desastres, Tauromaquia, Disparates. Madrid, 1979.
- PESTOLAZZA, O., “La Potnia Minoica, il toro, la bipenne”. Rendiconti dell’ Istituto Lombardo di Storia e Lettere, 1942-1943.
- PICARD, Ch., Les religions préhelléniques (Crète et Mycénes). París, 1948.
- PLATON, N., Créte. Ginebra, 1966.

REICHEL, A., "Die Stierspiele und die mykenische Kultur". Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts. Athenische Abteilung, 1909.

RENAULT, M., The Bull from the Sea. Londres, 1962.

ROF, J., "El juego del toro". ABC, Madrid, 25 de abril de 1987.

SCHULTEN, A., Tartessos. Madrid, 1921.

SICILIA, F., Las corridas de toros. Su origen, sus progresos. Madrid, 1873.

SIRET, L., "Origen y significado de las corridas de toros". Homenagem a Martins Sarmiento, Oporto, 1934.

SORIA, V., "El mito de los toros en Casas del Monte (Cáceres, Extremadura). Un capítulo de costumbres religiosas populares". Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares, II, Córdoba, 1971 - Zaragoza, 1974.

URANGA, J. E., "Vestigios del culto al toro en Sos". Boletín de la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de Navarra, 1926.

URANGA, J. E., "Escenas escultóricas de toros en la catedral de Pamplona". Vida Vasca, 1948.

URANGA, J. E., "El culto al toro en Navarra y Aragón". Symposium de Prehistoria Peninsular, IV, Pamplona, 1966.

V. V. A. A., La imagen del animal. Arte prehistórico. Arte contemporáneo. Madrid, 1983 (catálogo).

WAGNER, H., "Indogermanisch-Vorderasiatisch-Mediterranes". Zeitsch. vergl. Sprachf., 1957.

WINDEKENS, A. J. van, "Le taureau dans la pensée des Egéens". Minos, 1958.

YRIARTE, J. de, "Caballos y toros en la numismática hispana antigua". Archivo Español de Arqueología, 1943.

## **ÍNDICES**



## **1: Autores, artistas y personajes históricos**

Acusilaos	34, 58
Alejandro VI (Rodrigo Borgia)	91
Alfonso X El Sabio	90
Almagro	13, 14
Álvarez de Miranda	39, 68, 77, 84, 85, 88, 95, 96
Apiñani, Juanito	92
Apolodoro	34
Apollonio	72
Aristóteles	58
Artemidoro	66
Ataulfo, obispo	87
Auguet	64
Beltrán	88
Bizet	79
Blandina	71
Borbones	90
Cahen	3
Calderón	79
Carlos III	92
Carlos V	91
Caro Baroja	85
Carpophorus	70
César, Julio	67, 69
Cicerón	70, 71
Conrad	4, 74, 79
Cossío	89, 96
Cumont	61, 63
Daremberg	61
Delgado, José (Pepe Hillo)	92, 95
Díaz de Vivar, Rodrigo (El Cid)	90
Diodoro	80, 81, 96
Esperandieu	61
Estrada, Sancho de	89
Estudiante de Falces, El	92
Eurípides	49
Evans	33, 36, 37, 38, 39, 44
Feijoo, Padre	88
Felipe II	91
Felipe V	92

Fernández de Moratín	90, 91, 92, 107
Fernando VII	92
Festo	60
Flores, Urraca	89
Ford	89
Frascuelo	92
Fulvio Nobilior, Marco	67
García Lorca	79
Gómez Quintana	86
Gonzalvo	104
Goya	79, 90, 91, 92, 95, 107
Gregorio XIII	91
Guerrita	92
Guillén	51
Guillén, Curro	92
Heliodoro	65, 66
Hesiquio	59
Homero	43, 53
Joselito	92
Juvenal	67
Lagartijo	92
Leroi-Gourhan	7, 11
Malten	39
Manolete	92
Marcial	70, 71
Martincho	92
Melgar Abreu, Bernardino de	89
Mellaart	16
Mellersh	31
Merimée	79
Nilsson	39
Pajuerela, La	92
Palaephates	66
Pérez de Guzmán	86
Persson	39
Picard	39
Picasso	79, 96
Pío V	89, 91, 96
Platón	45
Plinio	66

Prudencio	62
Puente	90, 92, 95, 96
Renault	44
Rodrigo Noveli	93
Rof	44, 94, 99
Romero, Pedro	92
Saglio	61
Schliemann	52
Schulten	85
Servio	60
Siret	85
Suetonio	66
Taurisco de Tralles	72
Teodosio	96
Tito Livio	60
Trebellius Pollion	74
Unceta	79
Weisweiler	27
Windekens, van	43, 52

## **2: Personajes mitológicos y religiosos**

Adad	25
Aesón	57
Aetes	57, 58
Agenor	34
Agni	25
Ahriman	56
Ahura-Mazda	56
Amphion	72
Anahita	62
Antiope	72
Aphrodita/Venus	62
Aphrodita/Venus Caelestis	62
Apis	23
Aqueloo	55, 56, 58, 82
Ares/Marte	57, 61, 85
Argonautas	57
Ariadna	35, 36, 51
Artemisa/Diana	53, 54, 61

Artemisa/Diana Tauropolos	53, 54, 59, 60, 63
Athenea	61
Atiope	54
Attis	62
Augeas	53, 57
Baal-Hammon	82
Bata	24
Bukhis	23
Caco	57
Cadmos	34
Calirroo	57
Crisaor	57
Cronos	36
Dédalo	34, 36
Deyanira	55
Dionysos/Baco	49, 54, 55, 58, 60
Baco Hebon	55
Dii Inferi	60
Dirce	72
Dulovius	83
Dyaus	25
Egeo	35
Enkidu	21
Eros	54
Euristeo	35, 56
Europa	34, 36, 52, 58, 72
Fedra	54
Fénix	34
Gea	36, 55
Gela	55, 82
Gerión	53, 56, 81
Gilgamesh	21
Helios/Sol/ Apolo	34, 36, 53, 55, 57, 58, 60
Helios/Apolo Delphinios	35
Hephaistos/Vulcano	57, 58
Herakles/Hércules	3, 35, 36, 55, 56, 57, 59, 60, 81
Hermes/Mercurio	34, 36, 53

Hipólito	54
Indra	25
Iskur	25
Jasón	57, 58, 59
Krishna	25
Laomedonte	53
Lycus	72
Medea	57
Melqart-Hércules	82
Min	24
Minos	34, 35, 36, 85
Minotauro	34, 35, 36, 54, 85
Mithra	56, 58, 59, 61, 86
Mnevis	23
Morrigan	27
Nuestra Señora de Nuria	88
Océano	55, 57
Odiseo/Ulises	36, 53
Osiris	24
Parjanya	25
Pasiphae	34, 36, 54, 72
Pelias	57
Penteo	49
Poseidón/Neptuno	34, 35, 36, 54, 59, 60, 66
Rea Cibeles/Magna Mater	36, 61, 86
Rhadamante	34
Rudra	25
San Jorge	31
San Juan	88, 89
San Marcos	73, 85, 88, 94
Set	24
Siva	25
Tanit-Caelestis	82
Tarvos Trigaranus	27

Teschub	26
Teseo	35, 36, 51, 54, 85
Tetis	55
Urano	36
Vestius Aloniecus	83, 85
Virgen de la Gleva	88, 94
Visnú	25
Zethus	72
Zeus/Júpiter	34, 36, 52, 58
Zeus/Júpiter Anderon	83, 85
Zeus/Júpiter Dolichenus	52
Zeus Eleutherios	65

### **3: Nombres geográficos (se incluyen lugares mitológicos)**

Abidos	24
África	101
Albarracín	13, 14, 96
Alemania	104
Alfeo	57
Altamira	7, 11
Anaphe	59, 60
Anatolia	15
Ancyra	66
Aphrodisias	66
Araña, La	14
Arkhanes	39
Arse (Sagunto)	82
Asia Menor	3, 54, 65, 66, 69
Atenas	66
Atlántico	10
Atlántida	45
Ávila	89
Ayia Irini	43
Azaila	82
Baleares	81
Beocia	34
Cabra	86
Caesaraugusta	86
Calagurris	86
Caria	59
Carmona	86

Cartago	61
Caryanda	66
Castellillo de Alloza	82
Castelo	82
Centroeuropa	68
Cícladas	59
Cingle, El	14
Cizico	59, 60
Clunia	82, 84
Cnossos	33, 38, 39, 40, 43, 65
Cocinilla del Obispo	14
Cogul	15
Cólquida	57, 58
Costig	81, 82
Creta	3, 33-45, 65, 72, 101
Cuenca	14, 96
Çatal Hüyük	15, 16, 101
Chipre	43
Chiusi	73
Dirce	36
Ebro, valle del	86
Éfeso	54, 59, 60
Egipto	3, 23, 24, 59, 68
Elis	57
Emérita	86
Emporion (Ampurias)	82
Enkomi	43
Eritrea	57
Esmirna	60
España (Iberia, Hispania)	3, 73, 79-96, 102
Europa	73, 80, 101
Fenicia	26
Francia	92
Gasulla, barranco de	14
Grecia	43, 51, 56
Guimaraes	82
Guipúzcoa	12
Hagia Triada	39, 40, 41, 65
Halaya Hüyük	21
Harappa	25

Ida	36, 38
India	3, 23, 25, 27
Iolias	57
Irlanda	27
Islas Británicas	27
Itálica	86
Jaktarowska	9
Kition	44
Kumasa	42
Ladruñán	15
Larissa	54, 65, 66
Lascaux	7, 10, 11
Lena	10
Licto	36
Lugdunum (Lyon)	71
Madrid	82, 90, 95, 104
Marathon	35, 36
Mediterráneo	44
Méjico	91
Meniko	43
Meseta	82
Mesopotamia	3, 23, 24
Mohenjo-Daro	25, 26
Mylasa	59, 60
Nápoles	72
Navarra	83
Navazo, prado del	14
Niaux	7, 10
Nilo	23
Numancia	82, 83
Olimpo	34
Olivanas, barranco de	14
Oriente	101
Peloponeso	36
Périgueux	63
Phaistos	42
Pina	73, 88, 89, 94
Porti	42

Remigia, cueva	14
Roma	51, 56, 60, 61, 64, 69, 71, 91
San Miguel de Liria	77, 81, 84
Santorín	45
Segóbriga	86
Selinunte	35
Selva Pascuala	15
Sevilla	92
Siberia	10
Sidón	34
Sinope	66
Sos del Rey Católico	83
Sumer	25
Tarquinia	73
Tarraco	86
Taúride	53
Tebas	34
Teruel	104
Tesalia	65, 66, 69
Thera	45
Thrinacia	53, 58
Tirinto	36, 41, 43, 65
Tiro	34
Torre	12
Trípoli	68
Ulster	27
Ur	24
Vacada, La	14
Vafio (Vaphio)	33, 42, 43, 44, 65, 61, 62, 63, 98
Valladolid	91
Varsovia	9
Vich	88
Zaragoza	95, 96
Zliten	68

#### **4: Obras artísticas y literarias**

Bicha de Balazote	82
Carmen	79
Carta histórica sobre el origen y progresos	

de la fiesta de toros en España	92
Comentarios a la Guerra de las Galias	67
Copa de Lanuvium	56
Damas en azul	38
El Relicario	79
Fiesta de toros en Madrid	90
Fresco del torero	40
Heraion	52
Liber Spectaculorum	71
Libro de los Muertos	24
Llanto por Ignacio Sánchez Mejías	79
Mahabharata	26
Minotauromaquia	79, 96
Monumento a la Vaquilla del Ángel	104
Odisea, La	53
Parisiense, La	38
Pro Caio Cornelio	71
Rig-Veda	25
Tauromaquia	79, 91, 92
Theatro Crítico Universal	88
Toro Farnesio	72
Tumba del Elefante	86
Tumba de los Toros	73

## **5: Culturas, comunidades y sociedades**

Acadia	24
Aria	25
Asiria	24
Babilónica	24
Celta	27
Egipcia	23-24
Epipaleolítica	12, 14, 80

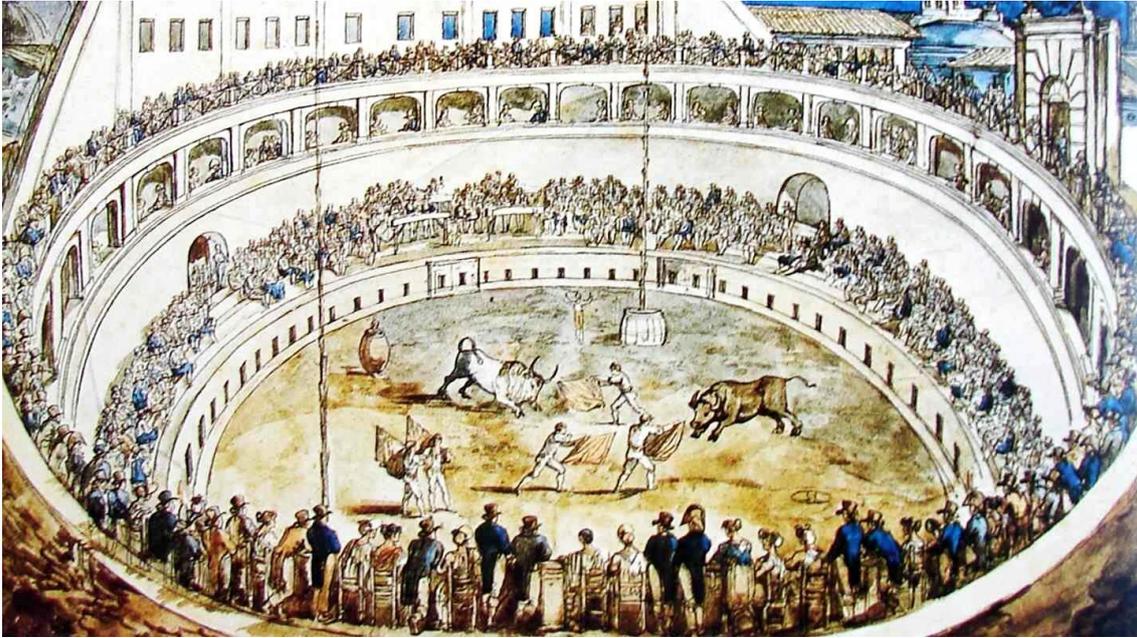
Etrusca	51, 73
Fenicia	23
Germana	68
Grecolatina (Grecorromana)	3, 36, 40, 51, 74, 101, 102
Hitita	23, 26, 27, 101
Ibérica	82
India (Hindú)	25, 26, 95
Lusitana	84
Mesolítica	12, 14, 17
Mesopotámica	23, 24
Micénica	42, 43, 44, 52
Minoica (Cretense)	16, 31-45, 52, 57, 73, 101
Neolítica	12-17, 24, 80, 103
Oriental	51, 59
Paleolítica	3, 9-14, 17, 80, 101, 103
Prehelénica	51, 65
Prehistórica	80, 103
Preitálica	52
Romana	3, 51-74
Semita	26
Sumeria	24



## **ÍNDICE GENERAL**



INTRODUCCIÓN	1
PREHISTORIA	5
ORIENTE Y OTRAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS	19
CRETA	29
MUNDO CLÁSICO, GRECIA Y ROMA	47
ESPAÑA	75
CONCLUSIONES	97
BIBLIOGRAFÍA	105
ÍNDICES	113
1: Autores, artistas y personajes históricos	115
2: Personajes mitológicos y religiosos	117
3: Nombres geográficos	120
4: Obras artísticas y literarias	123
5: Culturas, comunidades y sociedades	124



**Pintura de B. Pinelli de 1810 con espectáculos de toros en el Mausoleo de Augusto<sup>4</sup>**

---

<sup>4</sup> PIANTADOSI, G.M. *El español que se arruinó para llevar las corridas en Roma*. EL INDEPENDIENTE. 5 de mayo de 2018. <https://www.elindependiente.com/tendencias/2018/05/05/espanol-corridas-roma/>. Consultada el 29 de mayo de 2024.

